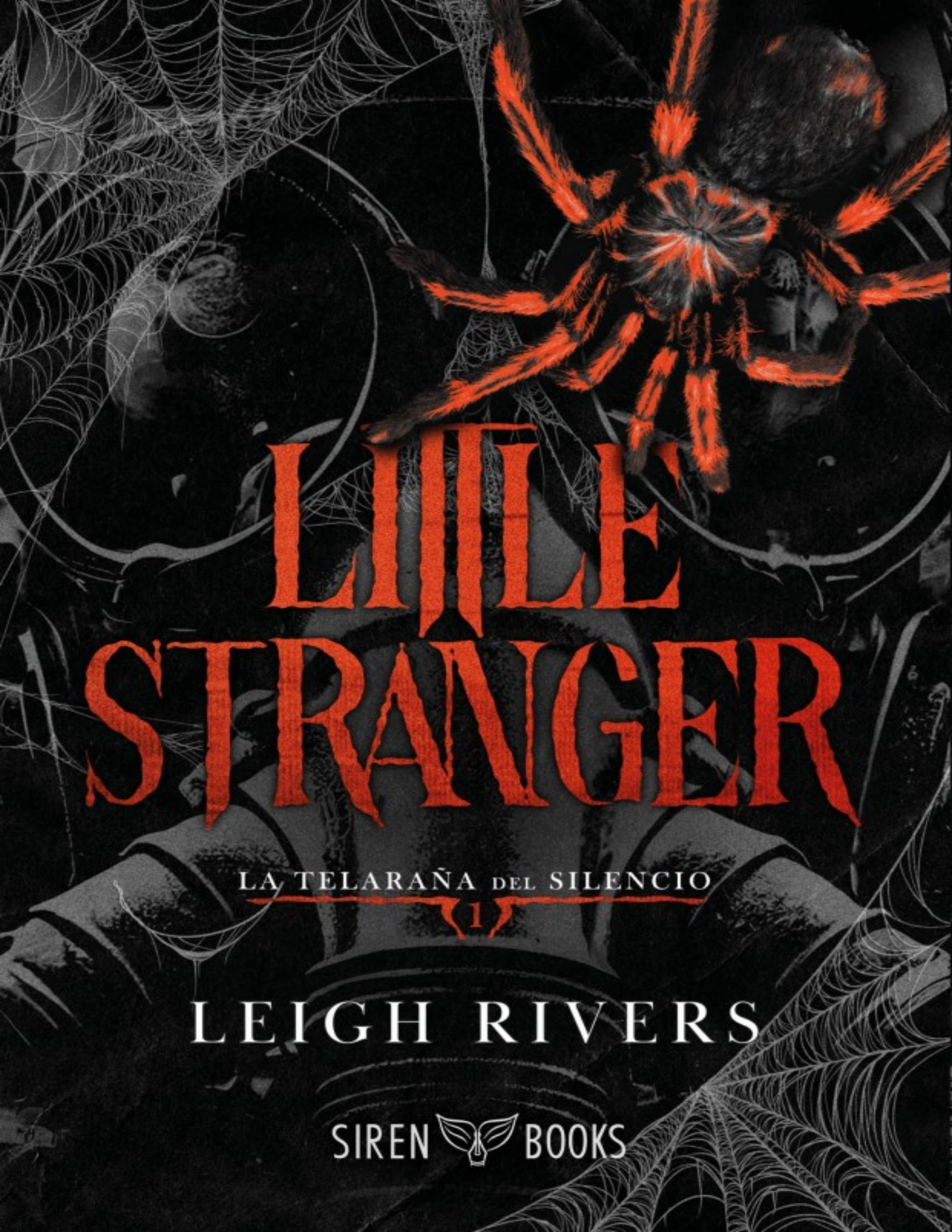

LITTLE STRANGER
LA TELARAÑA DEL SILENCIO
1
LEIGH RIVERS
SIREN BOOKS

LITTLE STRANGER

LA TELARAÑA DEL SILENCIO
1

Traducción de
Andrea Carnicero Sacristán

LEIGH RIVERS

SIREN BOOKS

Primera edición: noviembre 2025
© *Little Stranger* by Leigh Rivers, 2023
© de la traducción: Andrea Carnicero Sacristán, 2025
© de la corrección: Patricia Sevillano Mateo
© diseño de cubierta: JAB Design Studio
© imágenes de interior: Freepik
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-10-1
IBIC: FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LA AUTORA

No te dejes engañar por la parte uno. Este es uno de los libros más oscuros que he escrito y contiene temas muy fuertes que pueden resultar perturbadores, así que, si lo tabú no es lo tuyo, por favor, te recomiendo encarecidamente que pares aquí y no sigas leyendo; piensa primero en tu salud mental y devuelve este libro al mismísimo infierno de donde salió.

En este libro encontrarás:

somnofilia, sexo no consentido consensuado (CNC), sexo con consentimiento dudoso, BDSM, administración de drogas, acoso, marcas durante el sexo, asfixia, sexo sobre un cuerpo moribundo, fetiche hermano-hermana (de acogida), juegos sexuales con cuchillos, con un destornillador, con sangre, con arañas, juegos sexuales de persecución, sexo sin protección, sexo anal, dolor, secuestro, mención de abuso a menores, mención de histerectomía casera.

Si estos temas no te incomodan…, Malachi Vize —mi nuevo psicópata mudo favorito— te está esperando.

Si un extraño enmascarado te pone un destornillador en el cuello y te dice que corras, ¿qué haces?

PARTE I

OLIVIA

1

Siete años

Mamá me sujeta la mano mientras doy saltitos emocionada sobre mis brillantes bailarinas rosas. Hay mucho ruido en el aeropuerto por toda la multitud que corre apresurada de un lado a otro, ¡y muchas personas que van preparadas con sus maletas para subir a un avión enorme!

—¿Ha llegado ya? —pregunto con una enorme sonrisa, tirando de la mano de mamá y dando más saltitos.

—Todavía no, cariño —me responde, mirando de refilón a papá. No parece estar tan emocionado como ella o como yo, pero los he oído hablar esta mañana y sé que está deseando conocerlo por fin.

A mi nuevo hermano. Tiene un año más que yo, y por lo que les he escuchado comentar a escondidas, ha sufrido malos tratos, dos palabras que también usaron cuando me adoptaron.

Papá me pone una mano en la cabeza para hacer que pare de saltar.

No le gusta que haga eso. Normalmente me da un azote en el culo y me manda a mi habitación.

—Deja de moverte. ¿Prometes portarte bien, ángel?

Asiento con entusiasmo y sonrío levantando el meñique.

—Lo prometo.

No entrelaza su dedo con el mío, así que bajo la mano y hago un puchero.

Pero entonces mi mamá chilla y se inclina hacia mí.

—Cariño, ese es tu nuevo hermano. ¿Recuerdas cuando papá y yo te sacamos de ese lugar tan horrible? ¡Pues hemos hecho lo mismo con él!

Un niño camina hacia nosotros con una bolsa de plástico. ¿Dónde está su maleta? Es más alto que yo, tiene el cabello negro y rizado y los ojos azulísimos, como el color del pelo de mi muñeca favorita.

La señora que lo lleva de la mano pone los ojos en blanco, le dice «Buena suerte» a mamá sin hablar, solo moviendo los labios, y luego le da unos papeles a papá.

—Fírmelos todos. La última página es sobre su terapeuta; por favor, quédesela y escanéela una vez que haya terminado de leerla y haya aceptado que asista a cada sesión.

Papá resopla.

—¿Estás segura de esto? ¿Has tenido en cuenta su informe?

Está mirando a mamá, que lo observa con los ojos entrecerrados.

—Sí, Jamieson. Tú fuiste el primero que me enseñó su caso, así que, o sonríes, o seré yo quien hará que lo hagas.

Papá obedece.

Muevo el tul del vestido de princesa que me he puesto para sorprenderlo. Quiero que esté tan feliz como yo, pero no sonríe ni aplaude a diferencia de mí. Parece… triste. Mamá dice que la alegro cuando le hablo, así que doy un paso adelante.

—¡Hola! —Lo saludo con una enorme sonrisa—. Me llamo Olivia. ¡Tengo siete años! —Levanto siete dedos—. ¿Crees que parezco una princesa? —Señalo mi vestido.

El niño me mira fijamente y se acerca, haciendo que levante la vista hacia él. Es como el bombero que me sacó de la casa en llamas: ¡una gran torre humana andante!

¿Por qué no me dice hola? ¿No le gusta mi vestido? En lugar de hablar, ladea un poco la cabeza, observándome.

Dejo de sonreír.

—¿No te gusta mi vestido? Tiene brillos rosas a juego con las cintas de mi pelo. Mamá incluso me ha dejado ponerme un poco de su *gloss* de labios para que los míos brillen como estrellas centelleantes.

Hace algo con las manos y yo entrecierro los ojos y luego miro a mamá. Está hablando con la señora y mi padre está escribiendo en

unos papeles. Me giro hacia el niño y vuelve a hacer lo de las manos.

—¿Te ha dado miedo ir en avión? ¡Yo siempre lloro cuando va muy rápido y sale disparado hacia el cielo! Papá siempre nos hace ir en uno. ¡Ahora él también es tu papá!

Se me queda mirando, se lleva la mano a la nuca y se revuelve el cabello.

Voy a girarme de nuevo hacia mis padres y pego un grito ahogado en el momento en que el chico me coge de la muñeca, haciendo que vuelva a clavar la mirada en él. Mueve las manos otra vez y yo parpadeo.

Confundida, inclino la cabeza como él ha hecho hace un minuto, provocando que mi pelo castaño me tape los ojos.

Señala las puertas giratorias y me tiende la mano. Mamá y papá siguen hablando con la señora, así que dejo que agarre mi mano y corremos hacia las puertas. A lo mejor quiere jugar al escondite. Se me da muy bien encontrar buenos lugares para esconderme.

Suelto una risita mientras mis bailarinas chocan contra el suelo y se me alborota el pelo con el movimiento.

Cuando estaba en la otra casa, siempre jugaba con las otras niñas y los otros niños a que los chicos nos perseguían y, si nos pillaban, teníamos que ir a la cárcel. Éramos muchos. ¡Tenía un montón de amigos! Pero entonces mamá y papá vinieron, me encontraron y me llevaron a su casa.

Es muy grande, y mamá me dijo que me regalarían un perro por mi cumpleaños si me portaba bien. Será el primer cumpleaños que pase con ellos y tengo muchas ganas de recibir mi primer regalo.

—¿A dónde vamos? —le pregunto al ver que sigue tirando de mí por el aeropuerto, esquivando todo el ajetreo de personas mucho más altas que nosotros. Tropiezo y chillo al caer hacia delante, pero el niño me atrapa y me levanta antes de que me dé con el suelo, poniéndome de pie.

Volvemos a correr y empiezo a reírme otra vez. Se detiene ante una puerta, mira a nuestro alrededor y me arrastra dentro. Jadeo e intento volver a salir cuando me doy cuenta de que estamos en un baño lleno de chicos.

Me agarra para que lo mire, vuelve a hacer algo con las manos y luego se señala a sí mismo. Al final se da cuenta de que todavía no tengo ni idea de lo que está haciendo, así que se señala la boca y sacude la cabeza, luego señala la mía y asiente.

—¿No puedes hablar?

Vuelve a negar con la cabeza y mis ojos se abren de par en par.

—No pasa nada. ¡Yo tampoco pude hablar durante mucho, mucho tiempo! Te puedo enseñar.

Pone los ojos en blanco, enfadado. ¡Qué maleducado!

Me señala de nuevo y después se lleva la mano al pecho, y hay algo que da miedo en sus ojos cuando se acerca a mí; quiero volver con nuestros padres. Pero antes de que pueda preguntarle qué está haciendo o gritar muy fuerte, papá abre la puerta de un tirón y mamá me coge en brazos.

—¡Te he dicho que no causaras problemas! —me grita papá.

Cierro los ojos y espero a que chille más, pero no lo hace.

—Y en cuanto a ti —le espeta al chico—, este es tu primer aviso, jovencito. Dos más e irás derechito a *otro* nuevo hogar. Ahora eres Malachi Vize, y los Vize no se pasan de la raya, así que vete acostumbrando.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Yo también soy una Vize. No le tenemos miedo a nada. Excepto a las arañas, me dan mucho repelús.

El chico baja la cabeza y hace un círculo con el puño contra su pecho.

—Está diciendo que lo siente, cariño —me susurra mamá—. Se comunica mediante lengua de signos.

—¿Qué es eso? ¡Yo también quiero hacerlo!

Ella se ríe y me da un beso en la frente.

—Te enseñaré. Enseñaremos a todo el mundo en casa.

—¿Incluso a los ayudantes?

Asiente y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí. Nos aseguraremos de que los cocineros, las empleadas domésticas y los guardias de seguridad sepan hablar por señas. Malachi estará cómodo en nuestro hogar. Ahora es uno de nosotros.

Mi nueva mamá es simpática. Nunca me grita ni me asusta

como papá. Siempre me trenza el pelo y me pinta las uñas y canta conmigo en el coche.

Me gusta mi mamá.

En el coche, Malachi se sienta a mi lado y me mira fijamente durante todo el trayecto. Es un poco raro y me pone un pelín nerviosa. Le sonrío de todos modos, pero él solo ladea la cabeza, como si me estuviera analizando. No aparta la vista de mi pelo. Quizá le gustan mis lazos.

Una vez llegamos a mi habitación, la que ahora compartimos, porque nuestra mamá cree que será la mejor forma de que «creemos un vínculo», se sienta en su cama frente a la mía y me observa mientras le enseño mi nueva casa de muñecas. No se ríe cuando hago un chiste, o cuando hago que mi Barbie le hable, y en el momento en que le doy una para que juegue conmigo, le arranca la cabeza y eso hace que abra mucho los ojos.

—¡No! —grito, arrebatándosela—. ¡Eso no se hace, Malachi!

Me señala de nuevo y luego se apoya una mano en el pecho.

—¿Qué significa eso? —pregunto, volviendo a ponerle la cabeza a la muñeca y escondiéndola en la casa de madera—. ¿Me puedes enseñar?

Lo único que hace es sonreír. Luego me coge un mechón de pelo y lo frota entre sus dedos.

—¿Quieres olerlo? ¡Huele a fresas!

Se lo lleva a la nariz e inhala, cerrando los ojos. Me quedo muy quieta cuando me abraza. Es un abrazo muy fuerte. Me aprieta contra su pecho, sujetándome por la nuca, y me huele el pelo. Suelto una risita al sentir que lo acaricia con los dedos.

Se echa hacia atrás y vuelve a hacer algo con las manos, y yo cojo algunos folios y le doy un paquete de lápices de colores.

—¿Sabes escribir? Si no, también te puedo enseñar.

Veo que coge la pintura negra y escribe una palabra que no tiene sentido.

«Mía».

2

ONCE AÑOS

—Y si presionas las teclas juntas, pasa esto.

El piano suena mientras mi profesora me muestra cómo tocar *Cumpleaños feliz*. Lleva dos semanas haciéndolo, le pregunté si me podía enseñar la canción para tocársela a Malachi.

Hoy cumple doce años, pero no quiere una fiesta ni pasar el día fuera con la familia. De hecho, parece triste. Mis abrazos suelen hacerle sentir mejor, o que me tumbe a su lado en la cama y veamos películas juntos, pero se lo he propuesto antes y me ha dicho que no.

Bueno, hizo la seña de «No», porque todavía no habla. Mamá dice que es selectivo: elige no hacerlo y así ha sido desde que tenía cinco años. No estoy segura de por qué; mi padre dijo que me lo explicaría cuando fuera mayor.

A veces, mientras estamos tumbados en la cama o en la tienda de campaña que montamos en el salón, intento convencerlo o engañarlo para que hable, pero eso solo hace que se enfade y me ignore durante días. Mis amigas piensan que es raro porque no habla y se ríen cuando me hace señas, aunque yo les digo que se callen.

Seguimos compartiendo habitación. Mamá quería que tuviera su propio cuarto, pero Malachi le suplicó que lo dejara quedarse. Le da miedo la oscuridad y a veces duerme a mi lado. Y me da la sensación de que no le gusta mucho papá. El otro día, salió corriendo de su despacho con un ojo morado.

Levanto la vista del piano cuando él entra. Va vestido con una sudadera negra con capucha, la cual lleva puesta y prácticamente

cubre su pelo negro rizado. Se sienta en el sofá frente al instrumento y me observa mientras termino mi lección.

Mi profesora va a hablar con mamá, algo sobre tener que reprogramar mi próxima clase, y se ponen a conversar. Las oigo hablar del cumpleaños de Malachi, de que mi padre no vendrá porque va a quedarse trabajando hasta tarde a propósito.

Mi hermano viene a sentarse a mi lado en el taburete.

«¿Me enseñas?», me dice mediante señas.

Observa mis dedos mientras le muestro lo que acabo de aprender, y sus ojos se iluminan al darse cuenta de qué melodía es.

Sonrío y me encojo de hombros.

—Feliz cumpleaños —murmuro—. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

«Gracias», signa, y luego vuelve a hacer un gesto hacia el instrumento. «Toca».

Esta vez, meto la pata y él se ríe de mí en silencio cuando resoplo y me cruzo de brazos. Entonces empieza a pulsar las teclas que tiene delante, haciendo que suenen más agudas, y yo intento no soltar una carcajada por su pésima habilidad para tocar el piano.

—¿Te ha gustado el regalo que te he hecho? Mamá me ayudó a elegirlo.

Asiente y me besa la mejilla.

«Gracias».

Giro la cara, me señalo la otra mejilla y me da un beso. Luego indico mi frente y también me besa ahí. En el momento en que apunto a mi nariz, me besa los labios y me quedo congelada.

Me aparto y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá me dijo que no dejara que los chicos me besaran! ¡Y tú eres un chico!

«Soy tu hermano, así que tengo permiso».

—¿De verdad?

Él asiente, con los ojos brillantes. Tras observarme durante un largo segundo, se gira y presiona de nuevo las teclas del piano.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a mi madre en la puerta, con cara de preocupación, sosteniendo la tarta de cumpleaños de Malachi, cuyas velas ya se están derritiendo.

Esa misma noche, papá llega a casa y saca a Malachi de la cama. Intento preguntarle qué le pasa, pero tan solo me grita que vuelva a dormir.

Horas más tarde, Malachi vuelve a nuestro dormitorio, temblando visiblemente. Me pide disculpas con las manos, y yo lo abrazo hasta que se queda dormido.

3

DIECISÉIS AÑOS

Me cepillo el pelo frente al espejo, me hago una coleta alta para despejarme la cara, me pongo un poco de máscara de pestañas y después busco mi brillo de labios favorito. Si no me doy prisa, voy a llegar tarde al entrenamiento de animadoras, y como soy la capitana necesito ser responsable e intentar estar allí al menos veinte minutos antes que las demás.

Mi tocador tiembla cuando cierro de golpe el cajoncito y suelto un largo suspiro de fastidio.

—¿Dónde está? —murmuro, buscando de nuevo en mis neceseres de maquillaje. Arrastro mi mochila por el suelo y después examino el resto de la habitación.

Me agacho para comprobar de nuevo en mi mochila y justo en ese momento llaman a la puerta.

Malachi está allí, sosteniendo mi brillo de labios.

—¿Qué haces tú con eso? —le pregunto, frunciendo el ceño. Luego suavizo la expresión—. ¿Me lo he dejado en la cocina otra vez?

Asiente y entra silenciosamente, cerrando la puerta detrás de él. Me lanza el *gloss* y se quita la gorra, dándole la vuelta para intentar acomodarse el cabello ondulado.

En el último año, Malachi ha pasado de ser un niño a un hombre. Pese a que tiene diecisiete años, aparenta veinte, con una mandíbula cincelada, largas pestañas y unos ojos azules que brillan como diamantes. Se le empiezan a marcar los músculos a través de la ropa y le encanta hacer *running*. Una vez me dijo que lo ayudaba a despejarse.

A veces, salimos a correr juntos. Nos ponemos la misma canción —normalmente Taylor Swift si elijo yo, o Bad Omens si lo hace él— y más tarde nos sentamos junto al lago a ver el amanecer antes de volver a casa y prepararnos para ir al instituto.

Todas mis amigas quieren besarlo. Es Malachi Vize, el chico reservado y misterioso con el que todo el mundo quiere tener algo. Me da asco, sobre todo cuando en el chat de grupo entran en detalles sobre ciertas cosas que preferiría no leer. No es popular, es el «bicho raro silencioso», pero se lo dicen a sus espaldas porque tienen miedo de decírselo a la cara.

Malachi se inclina y me huele el pelo, como todos los días, y luego se sienta en mi cama.

«¿A dónde vas?», me dice por señas.

—Abigail va a celebrar una fiesta de pijamas. Papá me ha dicho que puedo ir.

Sus ojos se oscurecen un poco y aprieta la mandíbula.

Es algo que también suele hacer mucho.

—¿Vas a salir? —me intereso, y él niega con la cabeza.

Por salir, me refiero a irse con la moto que le regaló mamá por su decimoséptimo cumpleaños. Conduce como un loco y cree que nuestros padres no saben que fuma, pero todos podemos detectar el olor que sale de su dormitorio, al otro lado de la mansión Vize.

Mamá nos separó de cuarto después de que me besara en los labios delante de ellos. Fue de manera inocente. Acabábamos de ganar una partida de un juego de mesa juntos y lo estábamos celebrando. Aparentemente, de la manera equivocada.

Ver cómo dejaban vacío su lado de la habitación fue el peor día de mi vida, y lo más probable es que también de la suya. Nunca me he sentido sola, no desde que mamá y papá me adoptaron; Malachi siempre estaba ahí, haciéndome compañía, sobre todo en las noches de tormenta.

Mis pesadillas han vuelto y, a veces, cuando no puedo ni respirar por culpa de ellas, me escabullo a su dormitorio. Nunca me rechaza: él también echa de menos compartir habitación conmigo.

Solíamos acercar nuestras camas y tomarnos de la mano, y a veces se sentaba en el borde de mi colchón hasta que me quedaba

dormida. Es un hermano muy protector. Siempre se asegura de que esté bien. Incluso aunque hayan pasado ya varios años, odio que esté al otro lado de la casa.

«Quédate. Ve una película conmigo».

—Ya he dicho que iría. Podemos ver una película mañana por la noche —respondo, echándome el brillo en los labios y frunciéndolos ante el espejo del tocador. Le hago un mohín a través del cristal—. Ay, ¿me va a echar de menos mi hermano mayor?

Se levanta de la cama y jadeo cuando me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

Apoya la otra mano en mi mejilla y me unta el pegajoso producto en la boca con el pulgar. Estira mi labio inferior hacia abajo y observa cómo vuelve a su posición al soltarlo. Parece… ¿fascinado?

Y, por alguna razón, yo también me quedo en trance mientras me sujeta de la barbilla y me tira del pelo con tanta fuerza que siseo, pero no me resisto ni le digo que pare. Una parte de mí quiere que lo haga más fuerte, que haga… algo.

¿Qué está pasando?

Me suelta y retrocede, con el pecho agitado como si estuviera tratando de controlarse. Se mira fijamente el pulgar, que brilla por el *gloss* de mis labios, y después observa mi cabello, ahora despeinado.

Mi respiración se acelera mientras me limpio la boca, con el corazón a mil por hora, confundida sobre cómo me siento y por qué me he ruborizado.

La silla en la que estoy rueda hasta su posición original frente a mi tocador. Malachi me quita el coletero, coge mi cepillo y comienza a pasarlo por mi cabello como si no hubiera pasado nada.

Tres días después, al entrar en la cocina, me encuentro a mamá cortando verduras y tarareando una canción que suena suavemente en la radio. Papá está trabajando, como siempre. Si no tiene la nariz metida en algún documento del trabajo, está en una conferencia telefónica o en el juzgado, representando a algún loco que intenta que no lo condenen a cadena perpetua por asesinar a seis personas en una noche.

Los Vize son famosos por los casos que suelen aparecer en los canales de noticias y las redes sociales de todo el mundo. Papá es abogado penalista y mamá, jueza. Sin embargo, desde que nos adoptó a Malachi y a mí, mamá cada vez trabaja menos y se dedica a pintar en su sala de arte aprovechando el tiempo que estamos en el instituto.

No recuerdo mucho de mi vida antes de estar aquí, pero sí cómo me sentía cuando pasaba días sin comer; cuando la drogadicta de mi madre dejaba entrar y salir hombres de casa; la forma en que mi hermanito dejó de llorar para siempre. Estuvo varios días en su cuna hasta que los servicios sociales irrumpieron en nuestro domicilio y me encontraron acunando su cuerpo putrefacto entre mis brazos, sin dejar de pedir disculpas una y otra vez por no haberlo salvado.

Me llevaron a urgencias y, una semana después, los Vize se presentaron y prometieron que se asegurarían de que nunca volviera a saber lo que era pasar hambre.

Cumplieron su palabra.

Incluso a pesar de que mi padre me da un poco de miedo, lo quiero. Es más autoritario con Malachi y maldice como un marinero, pero está intentando ser más tranquilo, mejor. Ya no consume alcohol y se mantiene ocupado. No puedo decir que mi hermano reciba de él el mismo trato que yo. La única razón por la que sigue bajo este techo es porque mamá y yo lo queremos y, a pesar de todo, forma parte de nuestra familia.

Dicho hermano entra en la cocina detrás de mí, rozando su hombro contra el mío. Después se pasa una mano por el pelo, despeinándolo, mientras observa fijamente la nevera y coge un zumo de naranja. Su mirada se desliza hacia mamá y luego hacia mí, y algo brilla en sus ojos.

La otra noche fui a casa de mi amiga, pero me escabullí de allí cuando todas se habían dormido y, en lugar de colarme en mi habitación, lo hice en la de Malachi.

Aunque eso es algo normal que hacen los hermanos, ¿no?

4

Dieciocho años

—Creo que te odio.

Malachi parece ofendido mientras salimos de la tienda en la que acaba de comprar su araña y abraza la caja de cartón con agujeros contra su pecho. Quito el seguro de mi coche y hago una mueca al ver que la coloca en el asiento trasero.

Esta se agita un poco, y sacudo la cabeza.

—Vale, no lo creo; te odio. Si la devuelves, no te retiraré el carné de hermano mayor.

«Deja de tener miedo».

—No. Que te den. ¿Por qué, de todos los animalitos tan monos que hay, has tenido que comprarte una tarántula? ¡Cuando me dijiste que querías tener una mascota, pensé que te referías a un gatito o a un maldito perro!

Mi hermano me mira con los ojos entrecerrados. Yo pongo los míos en blanco y enciendo el motor, rumbo a casa. Nuestros padres seguirán fuera: tienen una reunión sobre un nuevo niño de acogida que podría vivir pronto con nosotros.

Espero que no sea otro hermano. Adoro a Malachi, pero a veces da mucho trabajo, sobre todo por lo posesivo que es. Empezó a notarse más en cuanto cumplí dieciséis años y me invitaban a fiestas de pijamas, quedaba con mis amigas o incluso iba al gimnasio. Cada vez, sin falta, me bombardeaba con mensajes, porque obviamente no puede llamar, ya que todavía no habla.

Una vez, Abbi y yo nos emborrachamos en casa de sus padres, así que lo llamé, arrastrando las palabras, y le envié mi ubicación antes de perder mi teléfono. él me buscó con su moto durante

horas.

Al final, se vio obligado a rendirse y volvió a casa, donde me encontró dormida en su cama. Me desperté por la mañana excesivamente cerca de él, con la cabeza sobre su pecho y las piernas enredadas entre las suyas. Una vocecilla en mi cabeza me dijo que me quedara, pero yo sabía que estaba mal, así que salí a hurtadillas y me fui a mi habitación.

Si hubiera otro como él en casa, me volvería loca. Lo quiero, de verdad, pero a veces tengo pensamientos extraños sobre él. Cuando mis dedos se deslizan entre mis muslos o cuando estoy besando a otra persona, me avergüenza la cantidad de veces que su cara ha aparecido en primer plano en mi mente al alcanzar el orgasmo.

Luego tenía que sentarme a desayunar, cenar o picar algo todos juntos en familia y fingir que no me había corrido pensando en él.

—Necesito echar gasolina —anuncio cuando me percato de que el depósito está casi vacío. Giro hacia la estación más cercana, miro la caja por encima del hombro y me pregunto si Malachi se daría cuenta si la dejara por accidente en el techo del coche de otra persona.

Las arañas me dan escalofríos. Las arañas pequeñas que corren por el suelo de tu habitación, cuelgan del techo o se quedan quietas casualmente en tu cara mientras duermes ya son bastante malas, pero la cosa de esa caja no es solo pequeña: es roja, negra y peluda, y tiene pinta de que podría comerme.

Llueve a cántaros y el agua está formando charcos en el suelo a medida que me peleo con la manguera y el tapón de la gasolina. Malachi termina desenroscándolo por mí y se sienta en el capó mientras lleno el depósito. Me mira fijamente, cruzado de brazos, y yo entrecierro los ojos.

—¿Qué?

«No llevas brillo de labios».

Me los froto. Me los he pintado de rojo con el carmín que me compré hace unos días.

—Me gusta más este.

«A mí no. Pareces una prostituta».

Le doy una palmada en el brazo y se ríe en silencio.

—Mamá quiere que me eche un novio porque al parecer necesito un hombre que me cuide. —Pongo los ojos en blanco—. Me ha dicho que me van a juntar con el rarito de Parker.

La mirada de Malachi se oscurece y aprieta la mandíbula.

«Solo tienes dieciocho años».

Suelto una carcajada.

—¡Díselo a ella! —Aprieto el tapón de la gasolina y le doy una palmadita en el hombro—. Considérate afortunado de que papá piense que los hombres son los que tienen el poder, o también te verías obligado a casarte a una edad temprana.

Antes de que pueda apartarme, me coge la muñeca y la suelta para signar una respuesta.

«No, no te vas a casar».

Suspiro.

—De verdad, te aconsejo que no pelees con nuestros padres por esto. Su tradición es que tengo que ser pura e inocente hasta que me case. Tú puedes hacer lo que quieras. Así que disfruta de tu libertad.

Antes de darle tiempo a responder —probablemente algo enfadado, dada la expresión de sus ojos— me doy la vuelta, bloqueando la comunicación, y me dirijo al interior para pagar y coger algo de picar.

Mientras espero en la cola, un golpecito en el hombro me hace dar un respingo y me giro, dejando caer las bolsas de patatas fritas que llevo al suelo. Esa persona y yo nos arrodillamos para recogerlas y mi mano se posa en la suya. Alzo la mirada y me encuentro a Adam, un chico junto al que solía sentarme en Cálculo, sonriéndome.

Hace meses que no lo veo. Abandonó los estudios y desapareció, lo cual fue una sorpresa, ya que era uno de los mejores deportistas, inteligente y me atrevería a decir que hasta guapo.

Una voz en el fondo de mi cabeza me grita que coja las patatas y me vaya, pero acabamos hablando durante casi diez minutos en tanto que la cajera espera, aunque termina interviniendo en la conversación cuando comentamos lo terrible que ha sido el tiempo para ser junio. En ese momento el timbre de la puerta suena y

Malachi irrumpe en el lugar.

Sus ojos están puestos en el chico con el que he estado hablando, y parece cabreado. No. Furioso.

—Oh, lo siento, estaba hablando con…

Golpea la cabeza de Adam contra la pared con tanta fuerza que me estremezco al oír el crujido. Una, dos, tres veces. La sangre salpica y Adam se queda inerte en el suelo. Abro mucho los ojos y me quedo boquiabierta sin ser capaz de hablar mientras la cajera corre a llamar a la policía.

Las fosas nasales de Malachi se dilatan, se gira hacia mí y me agarra de la mandíbula.

«No», me dice.

—No he hecho nada —susurro—. ¿Por qué… por qué has hecho eso? —Mi mirada se posa en Adam, desmayado, con un corte en la cabeza del que brota sangre, y levanto la vista—. Malachi…

Sacude la cabeza y dirige sus ojos furiosos hacia el chico, que se está despertando e intenta levantarse del suelo. Luego, me tira de la muñeca, me saca de la gasolinera, me mete en el coche y cierra la puerta.

Yo me quedo paralizada, sin apenas pestañear mientras él se sienta al volante. Me hace señas, pero no lo miro, y mi corazón se acelera cuando resopla y sale a toda velocidad de la gasolinera, en dirección a casa.

Voy todo el camino en silencio, observando de vez en cuando su mano derecha, la que acaba de usar para agredir a Adam. Él agarra el volante, temblando, y trago saliva al ver las venas abultadas de sus brazos, sintiendo entre las piernas una sensación que definitivamente no debería.

No debería excitarme verlo atacar a alguien. Su violencia debe ser castigada. Tendría que estar gritándole por sus acciones; en cambio, me lo imagino agarrándome y…

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, intentando mantener un tono tranquilo y sereno. Pero fracaso.

¿Por qué mi voz suena entrecortada y necesitada?

¿Por qué están empapadas mis bragas?

Esto es enfermizo. Enfermizo, enfermizo, enfermizo. Y

vergonzoso.

Malachi me ignora y conduce más deprisa.

—Era un amigo del instituto. Chocó conmigo por accidente, y solo estábamos hablando. No estaba siendo un capullo ni nada de eso.

«Cállate», signa.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—La policía va a venir a por ti. Papá se va a enfadar mucho, y entonces mamá se peleará con él. Déjame en casa de Abbi.

«No».

—Malachi, déjame en casa de Abbi o gritaré.

Sus ojos se posan en mí y pisa el acelerador.

«Entonces, grita».

Sacudo la cabeza y miro por la ventanilla. No me lleva a casa de mi amiga, sino a la nuestra. En cuanto entra en el garaje, abro la puerta de golpe y corro a mi habitación.

Mamá y papá llegan a la vez que la policía y les informan de que Adam no quiere presentar cargos. Malachi permanece imperturbable todo el tiempo, encorvado en una silla con las piernas separadas y los ojos clavados en un punto de la pared, evadiéndose del resto del mundo.

Recibe una advertencia: que se comporte lo mejor posible y que busque ayuda.

Mamá tiene los ojos húmedos y no deja de mirar a Malachi como si este fuera a defender lo que ha hecho, pero él enciende su mechero y los ignora.

—¿Qué demonios te pasa? —le grita papá—. ¡Tienes suerte de que el chico no quiera más problemas o harías quedar a nuestra familia como un puto desastre!

Mamá se reacomoda en el asiento.

—La familia de Adam ha dicho que retirarían los cargos bajo ciertas condiciones.

—¿Cuáles? —inquiero.

Ella me dedica una cálida sonrisa.

—Bueno, solo es una. Prometer a Olivia en matrimonio con Adam.

Malachi aprieta las manos en puños y los ojos de papá se abren de par en par.

—Pensaba que tenía un acuerdo con Parker.

Mamá se encoge de hombros.

—Siempre es bueno tener más de una opción, Jamieson.

—¿Y cuántas opciones planeas darle a nuestra hija, Jennifer?

Cuando dicen sus nombres con ese tono, las cosas suelen explotar. Trago saliva y bajo la mirada a mi regazo. La vergüenza me recorre a medida que discuten.

Me dan una patada en la espinilla y alzo mis ojos llorosos para ver a Malachi observándome fijamente. Tiene el ceño fruncido y, mientras nuestros padres se pelean, me habla por señas.

«Mataré a cualquiera que te toque».

Lo creo.

Sin embargo, esto es culpa suya.

Los gritos continúan, aunque a él no le importa. Ni siquiera se inmuta cuando papá golpea la mesa con frustración. Entonces mamá empieza a chillarle, y cuando la situación se convierte en una competición por ver quién levanta más la voz, Malachi señala la puerta y ambos nos escabullimos de allí.

—Gracias —espeto, apartándome de la mano que ha posado en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia la gran escalera principal—. Por tu culpa, mamá me va a obligar a salir con él también. Espero que estés orgulloso, *hermano mayor*.

Me alejo de él y salgo corriendo hacia mi habitación.

—¿Estás despierta, cariño?

Pauso la televisión y me incorporo.

—Sí. Entra.

Mi madre abre la puerta y la cierra en silencio tras de sí, con los ojos hinchados. Después de la gran bronca que han tenido antes papá y ella, es obvio que acaba de dejar de llorar.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Habéis estado discutiendo durante horas.

—A tu padre no le ha hecho gracia mi sugerencia de que

tuvieras una cita con Adam, pero es la condición que han puesto los padres de ese chico para no presentar cargos contra Malachi.

Aprieto los labios.

—Así que, para evitar que lo acusen, debo tener una cita con él. Eso es chantaje, y, sinceramente, me enferma que hayas aceptado.

—Si no vas, Malachi se meterá en muchos problemas. —Cuando me quedo mirándola fijamente, añade—: ¿Sabes por qué tu hermano ha hecho eso hoy?

Niego con la cabeza.

—No. Solo estaba hablando con Adam. No quiere decirme por qué lo ha hecho.

Mi madre suspira y se sienta al borde de mi cama, pasándose las manos por el pelo, rubio dorado, abundante y sin una sola cana, a pesar de que el de papá es más blanco que la nieve.

—No quiere hablar con nosotros. Hace tiempo que no lo hace; incluso cuando le rogué que hablara conmigo, solo se quedó observándome. Pero seguro que contigo sí lo hace.

Alzo un hombro.

—Sí. Estamos muy unidos.

—Perdóname por preguntarte esto, pero puedes decirme la verdad, cariño. ¿Alguna vez… te ha hecho daño?

Mis ojos se abren de par en par y me siento más erguida.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué lo haría?

—Malachi no es como nosotros, Olivia. No sé por qué pensamos que podríamos manejar a alguien como él, tan problemático y tan… no sé. Las tendencias controladoras y posesivas que ejerce sobre ti son peligrosas. Incluso cuando es tu padre quien te da un beso en la frente, Malachi lo mira como si quisiera degollarlo. No quiere hablar con un terapeuta ni tomar medicación, y me temo que necesita ambas cosas.

—¿Por qué los necesitaría?

Se muerde el labio y luego los frunce.

—Malachi tiene… problemas. Además de todos los traumas de su vida antes de venir aquí que desencadenaron su mutismo, no es mentalmente normal. ¿Has oído hablar alguna vez del trastorno de la personalidad antisocial?

—Claro, pero Malachi no es un psicópata ni nada por el estilo. Solo es reservado y tiene mal genio.

Mamá niega con la cabeza.

—Se lo diagnosticaron a los quince años, cariño. Y… tu padre y yo hemos pensado que, tal vez, deberíamos pedirle que se vaya ahora que tiene diecinueve años y está en edad de valerse por sí mismo.

Me rechinan los dientes mientras retiro el edredón.

—No —le suelto—. Si él se va, yo también.

—No seas estúpida, Olivia. ¿Por qué harías eso? Malachi necesita espacio y no tener ninguna restricción, y si vive bajo nuestro techo, tiene que acatar nuestras normas. Tu padre ni siquiera puede estar en la misma habitación con él sin sentirse incómodo. No puedes irte, tienes… un vínculo con nuestra familia. Eres una Vize.

—Mamá, te prometo que si Malachi se va, *yo* me iré con él.

—Muy bien. —Encorva los hombros y clava la vista en el suelo durante un largo minuto—. Si mete la pata una vez más, no me importa cuáles sean las repercusiones: le diremos a Malachi que se vaya. Lo criamos, lo vestimos y le dimos de comer. Hemos hecho nuestro trabajo. Ya es mayor y no avergonzará a esta familia.

—¿Es eso lo que sientes por mí también? ¿Que, como has hecho tu trabajo criándome, ya no necesitas actuar como una madre? ¿Me vais a vender para que me case con el hijo de otra familia como esta y así os aseguréis de tener más dinero?

—Dios, no, Olivia. Eres mi hija y siempre lo serás. No te tengo miedo y no me incomoda traer a nuevos chicos de acogida aquí si tú estás. Pero ¿Malachi? Atacó gravemente a alguien solo por hablar contigo. ¿Qué pasará si uno de los chicos nuevos que vengan quiere ser tu amigo?

Lágrimas ardientes resbalan por mis mejillas.

—Malachi es tu hijo.

—Sí, y lo quiero, todos lo hacemos, pero es peligroso, inestable e impredecible. No puede sentir remordimientos, ni empatía, ni arrepentimiento, ni siquiera amar a alguien como es debido. Es una bomba de relojería.

—Fuera —le ordeno, apretando los dientes—. Vete y no vuelvas a hablar así de *tu hijo*.

—Solo quiero lo mejor para todos, cariño. Si puedes hablar con Malachi y comentarle lo de la medicación y la terapia, podremos ayudarlo a que no acabe en la cárcel o, peor aún, muerto por meterse en una pelea con la persona equivocada. Ni siquiera tuvo en cuenta las cámaras o los testigos cuando estampó la cabeza de ese pobre chico contra la pared. —Intenta poner una mano sobre la mía y yo la aparto—. He estado hablando con la madre de Adam por teléfono. Está dispuesto a ir a cenar contigo este fin de semana. Puedo reprogramar tu cita con Parker al fin de semana siguiente.

—Qué considerado por su parte. —Rechino los dientes.

—Podemos ir a comprar vestidos mañana. Elegir algo bonito y favorecedor.

No le doy la satisfacción de responder mientras sale de la habitación y me abrazo las rodillas contra el pecho, oyendo sus palabras una y otra vez en mi mente. Parte de lo que ha dicho es verdad: Malachi es un poco… inestable a veces, pero no es el monstruo que ella intenta pintar.

Saco mi portátil y busco «trastorno de la personalidad antisocial» en foros e informes médicos. Cuanto más leo, más me doy cuenta de que, a pesar de todo lo que siento por Malachi —preocuparme por él, querer pasar tiempo a su lado y sentir mariposas cuando dormimos en la misma cama—, puede que mi hermano no sienta lo mismo por mí.

Pero luego me golpeo a mí misma en mi fuero interno, porque es mi hermano, así que obviamente no va a sentir lo mismo que yo. Es posesivo conmigo porque soy su hermana, no porque quiera follarme como un animal.

¿Cómo ve la vida? Si no puede sentir ciertas emociones, ¿cómo es vivir en su piel? ¿Acaso le interesa vivir?

No importa lo que digan los rasgos y descriptores sobre el diagnóstico de Malachi, si es un psicópata o un sociópata u otra cosa, es mi hermano mayor y *nunca* me alejaré de él.

Horas después, cuando todos duermen, salgo por la ventana y hago equilibrios por la cornisa hacia el lado de la mansión donde

está su habitación. La primera vez que lo hice hace años, me aterrorizaba la caída. Las alturas y yo no nos llevamos bien, pero me he acostumbrado a esta.

Malachi nunca cierra el balcón, así que me deslizo por la puerta y me cuelo en su cuarto.

En su altavoz suena *Archangel* de MEJKO lo suficientemente bajo como para que nadie más en la casa pueda oírlo. El tintineo del metal, las bocanadas de aire que suelta cada vez que levanta la barra por encima de la cabeza tumbado en el banco de pesas, el sudor brillante que le recorre el pecho y la cara… La combinación me produce un escalofrío y permanezco en silencio, observando, igual que él cuando me ve animar en el patio de casa.

Vuelve a dejar la pesa sobre el soporte del banco y se sienta, jadeando en silencio y pasándose la toalla por la cara empapada. Solo lleva pantalones cortos, así que puedo ver sus abdominales, que brillan por el sudor. Después se pone en pie, tira la toalla, se pasa los dedos por el pelo ya despeinado y mira a un lado.

Sus ojos se encuentran con los míos, y yo muevo los dedos nerviosamente detrás de la espalda.

—Hola. No puedo dormir.

Me observa, con la respiración agitada, y acorta la distancia que nos separa. Se detiene frente a mí y coge una de mis trenzas. Me quita el coletero y me desenreda el pelo. Frota los mechones entre sus dedos y se los lleva a la nariz, inhalando y cerrando los ojos.

La normalidad para nosotros desapareció hace un tiempo, porque me gusta cuando hace esto. Lo tranquiliza y, por alguna razón, a mí también me calma saber que lo hace. Una vez intenté cambiar mi champú con aroma a fresas y Malachi tiró el nuevo a la basura y llenó mi mueble del baño con un suministro del que a él le encanta.

—¿Por qué has hecho eso hoy? —susurro, con la voz entrecortada mientras lo miro a través de las pestañas. Esa altura imponente, junto a sus músculos y hoyuelos… Odio el hecho de que sea mi hermano. ¿Por qué no puede ser simplemente el de una amiga, o alguien que conocí por casualidad?

Empiezo a darme cuenta de que puede que esté sintiendo algo

por Malachi. Ojalá me tragase la tierra y desapareciera para siempre porque ¿qué coño me pasa?

Su silencio es ensordecedor y su respiración empieza a calmarse tras su intenso entrenamiento.

—Mamá me ha pedido que hable contigo de algo.

Me suelta el pelo y retrocede.

—Cree que necesitas ayuda. Ver a un terapeuta y que te mediquen.

Se lame el sudor salado de los labios, coge una toalla limpia y se la echa al hombro. Se da la vuelta y mis ojos se centran en su bonita y ancha espalda. Tiene un tatuaje en las costillas que le sube por ella y le cruza los hombros.

Todavía está reciente: hace unos días lo acompañé a que se lo hiciera. Me dediqué a leer un libro durante las casi seis horas que duró, y en todo ese tiempo él no me quitó los ojos de encima. Le pregunté si le dolía, pero negó con la cabeza.

Preferiría clavarme alfileres en los ojos que hacerme un tatuaje. ¿Quién quiere que le pinchen con agujas una y otra vez? No, gracias.

Esa noche, mientras veíamos una película, me dijo que iba a buscar una máquina de tatuar y me iba a grabar su nombre en el muslo, y luego siguió agarrándomelo, haciéndome chillar al empezar a hacerme cosquillas. Acabé frustrada y apretando las piernas lo que quedaba de cinta.

Un comportamiento totalmente normal entre hermanos.

Quiero a ese Malachi juguetón, no al que se aleja de mí y va al cuarto de baño para abrir la ducha. Vuelve a entrar y se inclina sobre el terrario de cristal para ver cómo está su tarántula.

Levanta la vista.

«Ven aquí».

Vacilante, obedezco y observo cómo la bestia de ocho patas se escabulle hacia su guarida. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, Malachi se agacha para cogerla y deja que se arrastre hasta la palma de su mano. Yo intento dar un paso atrás, pero él me sujeta por la muñeca para mantenerme en mi sitio.

La oscuridad de sus ojos me deja inmóvil, y mi cuerpo tiembla a medida que me gira la mano hacia arriba.

«¿Vas a salir con ese gilipollas?», me pregunta, con la araña sobre el dorso de su mano.

Me muerdo el labio.

—Tengo que hacerlo. Mamá nos ha organizado una cita para cenar el fin de semana.

Sus fosas nasales se dilatan.

«¿Y el otro tío?».

Mi resoplido es más fuerte de lo previsto.

—Ya sabes que tengo que hacerlo. Al parecer, es lo que hacen las mujeres Vize. No puedo negarme.

Aprieta la mandíbula y grito cuando me agarra la muñeca otra vez.

—Por favor, no —le ruego, apenas capaz de quedarme quieta mientras la araña se arrastra por su antebrazo y se posa en su palma—. Por favor, por favor, por favor, no.

Malachi intenta ponerme esa cosa horrorosa en la mano. Me aparto justo a tiempo y cae al suelo. Se dirige a mis pies y suelto un chillido que retumba en mis oídos en tanto que corro al otro lado de la habitación y me arrojo sobre su cama.

Sigo gritando cuando Malachi se sube encima de mí y me tapa la boca con la mano, clavándome los dedos en la mejilla. Se lleva uno a los labios, indicándome que guarde silencio, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en su cuerpo sobre el mío, en su miembro presionándose contra el interior de mi muslo.

Está… empalmado. Excitado.

Su polla está dura y presionada… contra mí. Su hermana.

Trago saliva sin atreverme a respirar, tensando todo mi cuerpo para no moverme al sentir cómo se estremece. Aprieta todavía más la mandíbula y me mira fijamente con los ojos entrecerrados.

Intento decir algo contra su palma, pero solo me sale un gemido ahogado.

¿Se está poniendo más duro?

Oh, Dios mío.

Como no quiero señalar lo obvio, porque puede que ni siquiera se haya empalmado a propósito, ni sienta cómo sube la temperatura entre nosotros, ni que la energía de la habitación se altera a medida

que mi propia excitación moja mis bragas —y porque tengo la boca tapada—, levanto las manos para signar.

«No voy a gritar».

Vuelve a temblar y, antes de apartarse de mí, presiona sus caderas hacia abajo para que su pene roce mi clítoris. Me muerdo la mejilla para reprimir un gemido.

Joder, estoy enferma. Muy enferma. No es la intención de Malachi, pero aquí estoy, cachonda y deseando que mi hermano vuelva a apretar su polla entre mis piernas. Y por lo que parece está bien dotado, eso está claro.

Me incorporo y me dispongo a decirle que dormiré en mi habitación si él quiere, pero enmudezco cuando veo el grueso contorno de su miembro a través de los calzoncillos. Ni siquiera intenta ocultarlo mientras la música sigue sonando de fondo y su tarántula le trepa por el brazo hasta el hombro.

Levanto los ojos hacia su cara y creo que me ha pillado mirándole la polla. Acaba de cazar a su hermana pequeña salivando por su tamaño. ¿Puede empeorar más esta noche?

Inclina la cabeza a un lado y se lleva las manos a los costados antes de levantarlas.

«Métete en la cama. Estaré ahí en un minuto».

Hace un gesto hacia mi lado del colchón y se da la vuelta, vuelve a colocar su araña en el terrario y se dirige a la ducha.

Siento un hormigueo en la piel y las mariposas se vuelven locas. Froto los muslos uno contra otro, tumbándome bajo las sábanas, y espero. Huelen a él, y tal y como me siento, eso solo lo empeora. Deslizo la mano entre mis piernas y suelto un suave gemido al tocar mi humedad. Sin apartar la vista de la puerta del cuarto de baño, donde está desnudo y mojado, me lo imagino de nuevo sobre mí mientras hundo dos dedos en mi interior.

El picaporte se mueve y yo los saco rápidamente. Necesito seguir, pero me detengo cuando él sale vestido con unos calzoncillos limpios, secándose el pelo con una toalla antes de dejarla caer en el cesto de la ropa sucia.

Se mete en la cama a mi lado, coge el mando a distancia y enciende la tele. Su rodilla choca con la mía y no la aparta,

presionando su muslo contra mi pierna, y me pregunto si sabe que mis dedos aún están húmedos, o que mi coño lo necesita.

A él.

Me dan ganas de darme una bofetada.

—Prométeme que no le darás una paliza a nadie más.

«No».

Me cruzo de brazos y me alejo de él, pero chillo cuando me agarra de la rodilla y me acerca de nuevo.

«Deja de comportarte como una mocosa».

—Cada vez que ataques a alguien, probablemente mamá intentará organizarme una cita. Está desesperada porque me case joven, como lo hizo ella.

Gira bruscamente el cuello para mirarme.

«¿Cuántas citas te ha organizado?».

—Hasta ahora he ido a cuatro. Me faltan dos. Yupi.

Se endereza.

«¿Hasta ahora? ¿Ya has tenido alguna?».

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Tengo dieciocho años.

«¿Y? ¿Te los has follado?».

Suelto un grito ahogado.

—¡No voy a hablar de este tema contigo!

Intenta hacer señas, pero le agarro la mano y entrelazo nuestros dedos.

—Vamos a ver la película, Malachi, o me voy a mi habitación.

Me quedo dormida y, unas horas después, me despierto con Malachi pegado a mi espalda. Sus fuertes brazos me envuelven mientras su suave respiración me roza el cuello, provocando que vuelva a sentir ese cosquilleo prohibido entre las piernas.

No puedo volver a dormirme, sobre todo porque su pene está duro como una piedra, presionado contra mi culo, y sus brazos me rodean con fuerza, así que finjo moverme y lo restriego contra él.

Entonces me detengo y me quedo paralizada con los ojos muy abiertos. ¿Acabo de… refregarme contra la polla de mi hermano dormido?

Se mueve y su mano desciende hasta el interior de mi muslo, lo

aprieta y yo reprimo un gemido cuando sus dedos se clavan en mi piel.

Quiero deslizar su mano hacia arriba, presionar sus gruesos dedos contra mi clítoris, sentir su tacto… ¿Estoy loca?

Miro por encima del hombro y me pongo rígida cuando me doy cuenta de que tiene los ojos abiertos y me observa fijamente.

—¿Te he despertado? —pregunto, tratando de ignorar su mano, su polla erecta o el hecho de que acabo de restregar el culo contra ella.

Niega con la cabeza.

—¿Estás bien?

No debería mencionar el hecho de que está empalmado. Hemos dormido en la misma cama desde que éramos niños y creo que esto no ha pasado nunca. Claro, de vez en cuando tenía una erección matutina, y una vez me desperté con la mano en su paquete; nunca he retirado la mano de un sitio tan rápido como aquella mañana. Pero, ahora mismo, ambos estamos despiertos y ninguno de los dos se mueve.

Sigo mirando por encima del hombro, con la respiración entrecortada, mientras él me agarra de la cara interna del muslo y tira de mí para apretarme con más fuerza contra él, haciendo que su miembro se presione con más ímpetu entre mis piernas. Las separo un poco y, oh, siento el glande muy cerca de mi clítoris. Que esto me excite tanto es una locura. Quizá soy yo quien necesita ver a un terapeuta.

Aparta la mano de mi muslo y sus dedos aferran la parte superior de mi pijama, haciendo saltar un botón.

De repente me suelta y rueda sobre su espalda, con el brazo aún debajo de mí. Se frota la cara con la palma de la mano y vuelve a mirarme antes de cerrar los ojos.

Me giro hacia él, pegada a su costado, y él no me aparta… Y cuando subo la pierna hasta su muslo, la mantiene ahí.

Llevar pantalones cortos para dormir ha sido una mala idea… O tal vez buena: el contacto de mi piel contra la suya hace que se disparen fuegos artificiales, y mis terminaciones nerviosas arden y provocan que tenga que luchar para mantener mi respiración

estable. Parece estar pensando, con el ceño fruncido y los labios entreabiertos, y se pasa la punta de la lengua por el labio inferior antes de atraparlo con los dientes.

Entonces me suelta la pierna y me coge la mano, sin mirarme mientras me acerca aún más. Mis ojos se abren de par en par cuando la coloca sobre su polla por encima de los calzoncillos.

—Malachi… —titubeo, a pesar de que mis dedos se enroscan en torno a su grosor.

No responde, ni siquiera me mira, pero su pene palpita contra mí, y cuando vuelvo a decir su nombre, necesitando que sus ojos se claven en mí, que me hable para confirmar lo que está pasando, siento que se le pone más grueso, más duro, a medida que lo empuja un poco en mi mano.

Intento apartarla, pero abre los ojos y me detiene.

—Soy tu hermana —intento razonar—. Nosotros… No, Malachi. Querer hacer algo y hacerlo de verdad son dos cosas distintas.

Cierra los ojos y levanta un poco las caderas, haciendo que nuestras manos se rocen contra su miembro mientras vuelve a enroscar mis dedos a su alrededor y mueve las caderas una vez más.

—Somos hermanos —le insisto, pero no me escucha, solo arrastra mi mano con la suya hasta su cintura, presionándola contra los músculos tensos de sus abdominales, haciendo que sienta el calor de su piel suave, antes de volver a deslizarlas hacia abajo.

Por mucho que quiera tocarlo, complacerlo, me recuerdo a mí misma que está prohibido y que el mundo nunca permitiría que pasara algo así. Estoy enferma, y si hacemos esto, haré que él también lo esté.

Me aparto antes de alcanzar esa zona restringida de su cuerpo.

—No podemos —digo con firmeza—. Sabes que está mal.

«No frotes tu culo contra mi polla y no aceptaré la invitación».

Me quedo boquiabierta y soy incapaz de hablar durante un largo minuto, incluso cuando él cierra los ojos, dobla el brazo para apoyar la cabeza en la mano y se mete la otra dentro los calzoncillos, recolocándose el pene. Todavía puedo ver su silueta y se me hace la boca agua.

Ladea la cabeza y me sorprendo mirando su miembro otra vez.

Aprieto los labios y me tumbo.

—¿Me ves como tu hermana?

Sin mirarme, levanta la mano que tiene libre y signa una última cosa antes de quedarse dormido.

«Eres mía».

5

Los arrumacos en la cama cambian después de esa noche.

La forma en que me mira sigue siendo la misma, pero ahora hay algo más, algo así como una profunda necesidad o hambre, o tal vez repulsión por lo que estuvimos a punto de hacer. No estoy segura de si está enfadado o confuso por lo ocurrido, o arrepentido de sus actos.

A ver, intentó meter la mano de su hermana en sus calzoncillos. Aunque, claro, fui yo la que me restregué contra él primero.

Me echo las manos a la cabeza cuando pienso en aquella noche de hace dos meses.

Seguimos pasando mucho rato juntos, aunque sigo negándome a acercarme a su araña peluda. Cuando nos dormimos, ya sea en mi cama o en la suya, nos abrazamos de manera más cariñosa, con las piernas entrelazadas. Siempre descanso mejor cuando estoy con él.

Ambos sabemos que está mal visto. A nuestros padres les daría algo si supieran que tenemos una relación tan cercana.

Malachi también lo sabe. Una mañana, mamá llamó a mi puerta y él tuvo que salir rodando de la cama y esconderse debajo. Ella volvió a hablarme de intentar convencerlo para que fuera a terapia, como si estuviéramos conspirando contra él. Luego me dio las gracias por haber tenido citas tanto con Adam como con Parker y me preguntó con cuál de los dos me sentía más a gusto.

Tuve ganas de abofetearla cuando dijo que me había visto besándolos.

Malachi no me habló durante casi dos semanas después de eso, y fue horrible, me sentí muy sola y aburrida.

Hasta que un día me fui a dormir a casa de Abbi y me desperté en mitad de la noche para encontrarme a Malachi trepando por su ventana. Me tapó la boca con la mano y me obligó a irme con él.

Acabamos en mi cama, y él se durmió, pero yo me quedé despierta durante horas, sintiendo más ganas de tocarlo que nunca y un cosquilleo incesante entre mis piernas mientras él roncaba ligeramente en mi oído.

Como nadie me miraba, le besé la mejilla aprovechando que dormía, entrelacé nuestros dedos y, cuando dejé que me ganara la curiosidad, permití que mi mano se deslizara con delicadeza por su pecho, bajando por sus definidos abdominales, hasta meter los dedos bajo la cinturilla de su ropa interior.

No lo toqué, no realmente. Le rocé la suave piel con los dedos, sentí cómo su miembro palpitó cuando rodeé su grosor y me aparté en cuanto se movió. Sin embargo, quería tocarlo más. Quería tocarlo y no preocuparme por las consecuencias.

¿Eso es malo? ¿El hecho de que tocara a mi hermano mientras dormía? ¿Me estoy pasando de la raya y estoy demasiado apegada a él?

Me suena el móvil y resoplo al ver de quién se trata.

Parker
¿A dónde te vas de viaje? ¿Crees que puedes escabullirte unas horas?

Estoy a ocho horas de allí.

Parker
¿Cuándo vuelves?

El lunes. Pero estaré ocupada toda la semana.

Parker
Supongo que te veré cuando se pueda.

Apago la pantalla, sacudo la cabeza y miro por la ventanilla, observando cómo las luces de la ciudad y los edificios se convierten en árboles y bosques.

Malachi está sentado a mi lado. Todo el material de acampada

está guardado en el maletero, pero los sacos de dormir están enrollados entre nuestros asientos. Nos vamos a pasar el fin de semana a un sitio en las montañas que papá está deseando visitar, y no hemos tenido más remedio que venir nosotros también. Tiempo en familia y todo ese rollo.

Uno pensaría que como nuestros padres son ricos y tienen una casa lujosa y numerosos coches, tendrían una autocaravana o al menos se llevarían una furgoneta para meter todas las cosas, pero no, papá quiere probar eso de acampar de la manera tradicional, aplastándonos con las cosas en la parte trasera del coche en el proceso.

Estoy agotada; anoche no dormí bien porque Malachi salió con sus amigos y no ha vuelto a casa hasta esta mañana. Entró por mi ventana a las seis, oliendo a alcohol y cigarrillos y con los ojos inyectados en sangre, tambaleándose hacia mi cama.

Encendió la lámpara y me hizo señas, pero de manera tan confusa que no lo entendí. Se quedó de pie en medio de mi habitación, balanceándose y pasándose los dedos por el pelo con fastidio a la vez que seguía intentando comunicarse conmigo y fracasaba.

Simplemente lo ayudé a quitarse la sudadera y los pantalones, le di un vaso de agua y me dormí sobre su pecho mientras me rodeaba con los brazos. Cuando me desperté horas más tarde con los golpes de papá en la puerta exigiéndome que hiciera las maletas para pasar un largo fin de semana de campada, se había ido.

Vaya. Mierda.

Mi teléfono vuelve a vibrar y me quedo boquiabierta.

Malachi
Dame la mano.

Lo releo tres veces y luego lo miro, pero tiene la vista en la pantalla.

Malachi
Pero hazlo disimuladamente.

¿Por qué quieres darme la mano?

Malachi
¿Necesito un motivo? Dame la mano o le diré a mamá que me has tocado la polla mientras dormía.

Me atraganto y papá me mira por encima del hombro.
—¿Estás bien, ángel?
—Sí —respondo—. Estoy perfectamente.

¿Estabas despierto?

Malachi
Siempre estoy despierto. Dame la puta mano.

No, podrían vernos.

Malachi se mueve a mi lado y yo lo observo para ver cómo se quita la camisa de franela y la pone entre nosotros.

Se me corta la respiración cuando me mete la mano por debajo de la prenda y entrelaza nuestros dedos, sin que nuestros padres se den cuenta.

Me sonrojo y se me seca la garganta.

Aprieta los dedos alrededor de los míos y yo le devuelvo el apretón y aparto los ojos cuando mamá baja el volumen de la radio.

—¿Has guardado los sándwiches que dejé encima de la mesa? —me pregunta.

—Sí. Están en la mochila de Malachi.

—¿Y el rollo de papel higiénico?

—Sí —responde papá—. Lo tenemos todo. Deja de darle tantas vueltas.

—Pero es que estamos muy lejos de casa. ¿Y si recibimos una acogida de emergencia?

—Entonces, nos volvemos. Tendremos cobertura, así que no te agobies por eso tampoco, amor.

Siempre la llama «amor», y eso me pilla desprevenida todo el

tiempo. No recuerdo mucho de mi vida antes de que los Vize me adoptaran, pero ese apelativo me incomoda continuamente; creo que podría ser un desencadenante, así que me alegro de no tener recuerdos del pasado más allá de tener miedo a la oscuridad y a los gritos.

Mamá suspira y se gira para mirar a mi hermano.

—¿Dónde estuviste anoche?

Él la observa fijamente, sin soltarme la mano.

Cuando mamá se da cuenta de que no va a responderle, pone los ojos en blanco y dirige la mirada hacia delante otra vez.

—A veces es como hablarle a una pared. No estaba en su habitación. —Se vuelve a girar—. ¿Saliste con esa rubia?

Me estremezco e intento soltarle la mano, pero él me agarra con fuerza, ignorando a mamá.

—No, nunca salió con ella, ¿recuerdas? —interviene papá—. La chica le tenía demasiado miedo.

Siento una sensación de alivio en mi interior y observo a Malachi, que está estudiando mi reacción.

—No hace falta que te comportes como un imbécil con ellos —le digo entre dientes—. De todos modos, ¿a dónde fuiste anoche? —Bajo la voz—. Antes de que vinieras a mi cama.

Echo de menos el contacto de su mano con la mía en cuanto la retira para hacerme señas.

«Estaba fuera con mis amigos. Ya te lo he dicho».

Como papá sube el volumen de la radio, le contesto de la misma manera.

«¿Te lo pasaste bien?».

«La verdad es que no».

«¿Por qué?», me intereso.

Sonríe y vuelve a apartar la mirada, metiendo la mano bajo la camisa que nos separa…, esperando. Su sonrisa crece cuando yo también meto la mía, y nos las damos en silencio mientras mamá canta una canción de Isabel LaRosa.

Vuelve a teclear en su teléfono y el mío suena.

Malachi

Te has enfadado. ¿Por qué?

No sé a qué te refieres.

Malachi
¿Está celosa mi hermanita?

Hago una mueca y apago la pantalla; después, miro en su dirección y lo veo riéndose en silencio, con los hoyuelos asomando.

«Imbécil», le digo moviendo los labios cuando nuestros ojos se encuentran.

No estoy segura de en qué momento me quedo dormida, pero me despierto sobresaltada cuando el coche se detiene bruscamente en medio de la nada y el pulgar de Malachi recorre el dorso de mi mano, ahora apoyada sobre su muslo, con la camisa de franela todavía ocultándolas de la vista de mamá y papá.

Nos soltamos y me hace señas.

«Te he oído roncar. Incluso por encima del ridículo canto de mamá».

Entrecierro los ojos.

—Yo no ronco.

—Sí, sí roncas, ángel —dice papá, soltando una risita.

—No es algo propio de una dama, querida —añade mamá.

Todos los de este coche se pueden ir a la mierda.

—Vale —empieza a hablar papá, desabrochándose el cinturón y girándose hacia nosotros, y yo me siento más erguida—. Tenemos dos tiendas de campaña para dos personas. Malachi, ¿quieres compartirla conmigo o con tu hermana?

Es un poco extraño que lo pregunte. ¿Por qué iba a compartirla con el padre con el que no se lleva bien? No suelen hablar mucho, por no decir que no lo hacen nunca, así que, en lugar de hacer señas, o incluso levantar la vista del teléfono, me señala y vuelve a teclear con el pulgar.

—Vale. Los niños compartirán una y tú y yo, la otra —le indica a mamá.

—¿Por qué no has comprado una tienda grande? —cuestiona

ella.

Luego se enzarzan en un debate sobre tiendas de campaña mientras yo intento mirar el chat de grupo en el que está hablando Malachi, aunque desde mi asiento solo veo emojis y un meme que ha enviado uno de sus amigos.

Resulta un poco aterrador hablar con ellos. Una vez fui a buscarlo cuando estaba borracho y estaban escuchando *heavy metal*. Tenían el pelo de punta y *piercings* por toda la cara.

Me quedé en la entrada con mi uniforme de animadora y me miraron como si fuera yo la que no encajaba, a diferencia de cuando estábamos en el instituto, donde ellos eran los marginados.

Malachi le dio un puñetazo a uno de ellos cuando intentó ligar conmigo aquella noche; ahora todos se mantienen alejados de mí como si tuviera una enfermedad. Mi hermano puede ser bastante… violento.

¿Es raro que me guste cuando se enfada y golpea a la gente por mí? Excepto Adam… No hizo nada malo y ha sido muy amable en nuestras citas. Nervioso pero amable. Sigo sin tener ni idea de por qué Malachi lo atacó.

En cuanto están montadas las dos tiendas, con una pequeña hoguera encendida entre ellas y las zonas de aseo organizadas, nos calentamos alrededor de las llamas mientras la oscuridad se cierne sobre nosotros y las estrellas brillan. El crujido de la madera llena el silencio. Mamá lleva un saco de dormir sobre los hombros; sonríe al observarnos a Malachi y a mí intentar tostar malvaviscos en el fuego, sin conseguirlo.

Su muslo está pegado al mío, y soy muy consciente de ello. Me pregunto si nuestros padres también pueden verlo. Pero si lo hacen, no dicen nada: se limitan a charlar entre ellos mientras Malachi coge el malvavisco más grande y me ayuda a ponerlo en la punta del palo.

—¿Quién quiere dar un paseo? —pregunta papá, y mamá levanta la mano—. Vamos. Creo que veremos mejor las estrellas cerca del acantilado. ¿Os apuntáis, niños?

Tenemos dieciocho y diecinueve años, y aún nos llama «niños». Ambos negamos con la cabeza. En cuanto desaparecen, Malachi

saca sus cigarrillos y enciende uno. Expulsa el humo, formando una nube sobre nuestras cabezas, y apoya los codos en las rodillas separadas.

«No te voy a dar uno, así que no preguntes», signa cuando me ve mirar el cigarrillo que tiene entre los labios.

—No lo quiero. Fumar es malo para la salud —replico, como si no hubiera fumado durante los últimos dos años—. Es como pagar para morir.

Se ríe y da una larga calada.

Nos quedamos en silencio y entonces, como si algo cambiara en su interior, apaga el cigarrillo a medio fumar y se levanta. Lo sigo con la mirada y no me da ni un segundo para pensar o moverme antes de cogerme de la mano, ponerme en pie de un tirón y arrastrarme hacia la tienda que compartimos.

Casi tropiezo, pero su agarre me mantiene en pie.

Sigue sujetándome de la mano mientras abre la cremallera de la tienda y la deja abierta para que yo entre primero.

—¿Qué pasa? —inquiero, mirando a mi alrededor para ver si vienen nuestros padres.

«Entra o te arrastraré dentro».

Resoplo y me cruzo de brazos, arqueando una ceja ante su amenaza.

—No, no lo harás.

Cumple su palabra, me tira de la parte delantera del jersey y me mete dentro, dejándome caer sobre el saco de dormir.

—¡Jesús, Malachi! ¿Tienes que ser tan brusco?

«Sí. Nunca escuchas, cabezota».

—Qué borde. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Todavía tienes resaca y necesitas dormir?

O a lo mejor quiere que nos acurruquemos juntos. Siempre quiere que lo hagamos para quedarse dormido. Creo que nunca he oído que el hermano de nadie sea tan dependiente y tenga que dormir constantemente al lado de su hermana, pero nuestra dinámica cambió de manera drástica cuando puso mi mano sobre su polla, la misma contra la que había restregado mi culo.

Dios mío. Se me sigue olvidando que eso pasó y cuando

recuerdo cómo disfruté de la fuerza de su agarre sobre mi mano para que la mantuviera sobre su miembro, de una longitud impresionante, siento que me ruborizo y las mejillas me cosquillean.

La linterna está encendida, así que puedo verlo arrodillarse frente a mí.

«¿Puedo verte?».

—¿Es que no me ves?

Niega con la cabeza, se acerca y tira del cuello de mi jersey.

«Sin esto». Y luego baja la mano hasta mi muslo, pellizcando el material de mis pantalones. «Y esto».

Abro los ojos de par en par.

—¿Por qué? —pregunto, sintiendo su aliento en mi cara por lo cerca que está.

«Quiero verte. Te prometo que no voy a tocarte».

—Seguro que has visto a muchas chicas sin ropa. —Gruño para mis adentros. ¿Por qué tenía que sonar como una loca celosa?—. No necesitas verme a mí.

Pero dudo mientras sacude la cabeza.

«No».

—¿No?

«No. Además, es tu cuerpo el que quiero ver. ¿Por qué no me lo enseñas?».

Jugueteo con la cremallera del saco de dormir.

—¿Y si nos pillan papá y mamá? Sabes que está mal.

«No nos pillarán. Los oiremos llegar».

—Pero… yo… ¿En serio? —Me mira de manera inexpresiva—. Soy tu hermana.

«Y eso es algo que no dejas de recordarme. Quítate la ropa, Olivia».

Me muerdo el labio.

—Lo haré, pero con una condición.

Me observa fijamente, esperando.

—Que sea un juego. —Sonrío e inclino la cabeza, recostándome sobre los codos como si el corazón no estuviera a punto de salírseme del pecho—. Te hago preguntas y, si respondes con sinceridad, me quito una prenda. Si no contestas, o sé que estás

mintiendo, entonces serás tú quien se la quite.

«Vale, pregúntame algo».

Me siento, abrazándome las rodillas.

—¿Tomaste drogas anoche?

Suspira en silencio.

«Sí. Algunos de mis amigos las estaban probando, así que yo también lo hice». Me tira de la manga del jersey. «Quítate esto».

—Creo que puedo decidir qué prenda me quito primero, muchas gracias —respondo, quitándome un zapato—. Y no tomes drogas. Son malas para ti, mucho peores que fumar cigarrillos.

Se ríe sin hacer ruido.

Ojalá pudiera oír su risa. Estoy segura de que sería profunda y sonora. A juzgar por su sonrisa, sé que me derretiría el corazón o haría que me tuviera que ir al bosque a meterme la mano entre las piernas.

—¿Recuerdas cómo se habla? —le pregunto—. ¿Sabes pronunciar palabras y esas cosas?

«Un poco. Hace mucho que no hablo en voz alta».

Pone los ojos en blanco cuando me quito otro zapato de una patada.

—¿Tienes la voz grave?

Ladea la cabeza a ambos lados.

«Creo que sí».

Me quito el jersey, dejando al descubierto mi camiseta ajustada, y sus pupilas se dilatan; me observa como si no me hubiera visto antes solo en camiseta. A veces duermo en camisón, así que ¿por qué me mira como si quisiera comerme?

Se ríe.

—¿Puedo oírla? —Tentando a la suerte, me arriesgo a añadir—: Incluso aunque solo digas mi nombre. O algo así.

«No».

Me quedo quieta y él se inclina, dándome un empujón con el hombro.

«Tienes que quitarte algo».

—Has dicho que no, eres tú quien se tiene que quitar algo.

«He respondido a tu pregunta con sinceridad».

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza, quitándome un calcetín. Él entrecierra los ojos y yo tiro la prenda.

—¿Me ves como una hermana? Porque muchas de mis amigas tienen hermanos y tienen… una relación diferente de la nuestra. No me los imagino acurrucándose en la cama o jugando a esto, por ejemplo. Así que, bueno, ¿soy una hermana de verdad para ti?

Se muerde el interior de la mejilla, se remueve en su sitio y se quita la camisa de franela, dejándola caer sobre mi jersey. El contraste del color rosa claro de mi prenda con el negro de la suya es como un símbolo que nos representa: la animadora inocente y el fumador alto y misterioso cuya ropa siempre combina con su pelo, la persona a la que todo el mundo evita o se queda mirando cuando estamos en público.

Si nuestros padres están con nosotros, parecemos hermanos que son dos polos completamente opuestos, pero cuando estamos solos, parecemos dos personas que son raras juntas.

Lo miro embobada, con incertidumbre.

—¿No vas a responder a mi pregunta?

«No». Gira los anillos alrededor de sus dedos y luego hace señas. «Tus preguntas son aburridas».

Pongo los ojos en blanco a pesar de que se me revuelven las tripas ante su negativa a responder a mi pregunta. O cree que ha sido inapropiada, o él también tiene un secreto.

—¿Tienes algún *piercing*? —Es una pregunta tonta, teniendo en cuenta que no tiene ninguno en la cara ni en las orejas, y no creo que tampoco tenga uno en el pezón.

«Sí».

Frunzo el ceño, recorriéndolo con la mirada.

—¿Qué? ¿Dónde?

Se lleva la mano a la nuca, se quita la camiseta, despeinándose cuando lo hace, y sin intentar arreglarse el pelo, me la tira a la cara. El fuerte aroma de su colonia de sándalo me inunda las fosas nasales e intento que no se note que me vuelve un poco loca, a pesar de que siento las mejillas cada vez más calientes.

No puedo evitar que mi mirada recorra su pecho: los abdominales tensos por la forma en que está sentado, los tatuajes.

«¿Por qué me miras?».

Chasqueo la lengua.

—No te estoy mirando.

«Mentirosa».

—Mamá y papá van a flipar si entran y nos pillan así.

Se encoge de hombros.

«Pregúntame otra cosa».

Su pasotismo ante la posibilidad de que nos descubran me fastidia un poco. Puede que a él no le importen las consecuencias, pero yo sí tengo conciencia y me preocupo por lo que piensen.

Sobre todo porque mamá quiere que elija entre Adam y Parker como pretendiente. A ver, para mí cualquiera de ellos son un gran no, pero necesito elegir a uno.

—¿Por qué quieres verme sin ropa?

«Ya te lo he dicho. Quiero ver tu cuerpo».

Mi cara se calienta con un rubor que es definitivamente muy visible.

—¿Por qué? Me has visto en bikini, y hubo una vez que me pillaste en la ducha.

Grité, pero él no pareció inmutarse, cogió una de mis toallas y se apoyó en el lavabo, esperando a que terminara. Él tenía su propio cuarto de baño, pero acabábamos de despertarnos y estábamos cubiertos de sudor al haber tenido nuestras extremidades entrelazadas toda la noche, y no se molestó en ir a su propia habitación.

«Quiero verte entera».

Esas tres palabras hacen que mi cuerpo se acelere y que mi cerebro entre en cortocircuito, con la sangre latiéndome en los oídos. Tímidamente, me quito la camiseta y la dejo caer junto a la suya, odiándome por llevar un sujetador deportivo y no uno rojo de encaje que me realce un poco más el pecho.

Sacude la cabeza.

«Otra. He contestado dos».

Lo lógico sería quitarme los pantalones para quedarme en ropa interior, pero parece que decido escoger un camino peligroso cuando me quito el sujetador deportivo por encima de la cabeza y me lo

acerco al pecho para cubrirme los senos.

«Dámelo». Intenta quitarme la prenda que me oculta, pero yo la sujeto con más fuerza.

Tengo los pezones duros, y no estoy segura de si es por el frío que hace en las montañas o si simplemente me excita mucho desnudarme delante de mi hermano. Si le doy mi sujetador, se dará cuenta de eso y verá el rubor que se extiende por mi pecho, y por mucho que *desee* que mire, podría estar malinterpretando la situación.

Podría asumir al instante que estoy cachonda y asustarse. Sí, quiere verme, pero quizá solo sienta curiosidad por la anatomía femenina. O tal vez está tratando de vacilarme.

He leído que a las personas con trastorno de la personalidad antisocial les gusta jugar con la mente de la gente. ¿Es eso lo que Malachi está haciendo conmigo?

—¿Me prometes que no te vas a reír?

«¿Por qué demonios me reiría?».

—Es que son… pequeñas.

«Enséñamelas», signa bruscamente. «O haré que me las muestres».

Creo que eso me gustaría.

—Deja de ser un cavernícola.

Mi sujetador deportivo cae sobre mi regazo y desvío la mirada, manteniéndola fija en la linterna que cuelga de la parte superior de la tienda, con la cara probablemente muy roja, como una fresa o un tomate.

Está justo delante de mí y mis pechos están al descubierto. Tengo los pezones muy duros y empiezo a temblar, pero no creo que pueda culpar al frío. Siento una molestia entre las piernas y, cuando vuelvo a posar los ojos en los suyos, miro hacia abajo y veo su dureza a través de los pantalones, cada vez más apretados.

«Pregúntame algo más».

Le tiemblan las manos casi tanto como a mí mientras me hace señas.

Quiero cubrirme, subir las piernas para abrazarme las rodillas —algo que hago mucho cuando estoy nerviosa—, pero me clavo las

uñas en las palmas de las manos e intento pensar. Mi mente no funciona en absoluto, sobre todo por la forma en que su pecho desnudo sube y baja a la luz de la linterna.

«Pregúntame algo, joder», insiste.

Si le pregunto algo fácil, estaré casi desnuda, así que busco una difícil, sabiendo que no contestará y que tendrá que quitarse otra prenda, quizá los pantalones de chándal.

—¿Por qué atacaste a Adam en la gasolinera? —Mi voz me traiciona y se quiebra al formular la pregunta—. Solo estábamos hablando, y tú entraste como un torbellino y te volviste loco.

«Estaba intentando quitarme lo que es mío».

—No soy tuya —respondo, y me arrepiento al instante cuando su rostro se ensombrece—. Soy tu hermana, eso es todo —añado para empeorar las cosas, para enfadarlo aún más—. Somos los hijos de los Vize.

«No. Eras mía cuando éramos niños y eres mía ahora. Siempre serás mía».

—¿Me ves como a una hermana? —repito.

«No hagas trampas con tus propias reglas. Ya he respondido a una pregunta».

El corazón me da un brinco.

—De acuerdo —susurro.

Sus fosas nasales se dilatan y tensa la mandíbula cuando baja la vista a mis pantalones. Engancho los dedos en la cinturilla y me los quito, felicitándome interiormente por haberme ido a hacer la cera con mamá hace unos días.

Me quedo solo con un tanga rosa pálido, con las tiras apenas visibles sobre mi piel desnuda. Aprieto los muslos; la temperatura en la tienda sube y estoy a segundos de arruinar este juego y nuestra relación y lanzarme sobre él.

—Creo que ahora te toca a ti empezar a preguntar —digo, tragando saliva con nerviosismo—. Estoy a una respuesta de quedarme desnuda y eso no es justo.

Alza el hombro.

«Si te pidiera que te tocaras, ¿lo harías?».

Parpadeo y aprieto más los muslos; su pregunta me ha pillado

totalmente por sorpresa.

Si no respondo con sinceridad, tendré que quitarme el tanga, y si no respondo, acabaré desnuda igualmente.

La única manera de que vea más de su piel es si soy honesta.

«Te he observado antes», hace señas con las manos rígidas. «Te masturbas mucho con los dedos con las cortinas abiertas».

—¿Me has espiado por la ventana?

«Y con las cámaras de tu habitación».

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Has puesto cámaras en mi habitación?

«Sí. Deja de cambiar de tema. No has respondido a mi pregunta. Si te pidiera que te tocaras ahora mismo, ¿lo harías?».

—¡Primero quita las cámaras!

Niega con la cabeza y le doy una palmada en el hombro.

«Responde».

—Creo que haría cualquier cosa que me pidieras —confieso, mordiéndome el interior de la mejilla, esperando no sonar como una idiota—. Con la condición de que sea un secreto.

Oh, Dios. ¿He tomado una mala decisión al decirle eso? Me cago en todo.

No dice nada, ni siquiera parpadea mientras me mira.

Su silencio hace que mi ansiedad se dispare. ¿He dicho algo que no debería? ¿Está asegurándose de si lo quiero como algo más que un hermano? ¿Y si me está poniendo a prueba? ¿Y si mamá tenía razón y es un psicópata que intenta manipularme?

Pero el psicópata acaba de decir que ha puesto cámaras en mi habitación y que me ha visto masturbarme, así que ¿por qué es todo tan confuso?

Me agacho para recoger mi ropa, pero él me aparta la mano de un manotazo y se pone de rodillas, se baja los pantalones de chándal, dejando ver el creciente bulto de sus calzoncillos, se sienta y los aparta de sus piernas tatuadas de una patada.

¿Debería mirar la polla de mi hermano como si fuera mi comida favorita? Probablemente no.

Me relamo los labios, imaginando su grosor deslizándose por mi garganta, provocándome arcadas mientras la empuja a la fuerza en

mi boca, acallando mis gritos, robándome el aire mientras me abofetea y me gruñe para que me trague cada centímetro.

Quiero que me haga de todo.

—¿Nos vestimos?

«Todavía no. Y esa es otra pregunta a la que he respondido».

Me sobresalto cuando engancha su dedo corazón bajo el hilo del tanga en mi cadera, y siento que la zona entre los muslos me arde cuando me arranca la ropa interior del cuerpo.

Jadeo.

—¡Malachi!

Me tapa la boca como hizo cuando grité en su habitación, pero esta vez no me aprieta contra él, sino que me empuja hasta dejarme tumbada y me separa las piernas.

«Quédate quieta», me hace señas, poniéndose de rodillas entre mis piernas y con los ojos fijos en mi coño, que está empapado y palpita. Intento cerrar las piernas, pero él me las abre con fuerza, sin apartar la mirada de mí.

—Dijiste que no me tocarías —digo con voz suave, a pesar de que estoy excitadísima.

¿Me va a follar?

¿Me va a follar mi hermano mayor?

Estoy expuesta, muy expuesta y necesitada, y me encanta que Malachi parezca borracho mientras me planta un suave beso al lado de la rodilla, haciéndome estremecer.

«¿Puedo probarte?».

Me quedo boquiabierta y siento el corazón a mil por hora.

—Dijiste que no me tocarías —repito, con los dedos de los pies ligeramente curvados por la intensidad de su mirada y sintiendo un hormigueo que va desde el lugar que ha besado al lado de mi rodilla hasta mi entrepierna.

«Pues tócate».

Lo miro fijamente, abriendo y cerrando la boca.

—¿De verdad? —musito al final.

«Sí».

—¿No estarás intentando tomarme el pelo? —inquiero—. Si estás burlándote de mí, Malachi, te pegaré.

Sonríe satisfecho.

«Si no me permites tocarte, entonces tienes que hacerlo tú».

—¿Y si me niego? —Me clava los dedos en el interior de los muslos y suelto un gemido desvergonzado—. Vale, vale, vale. Pero prométeme que no vas a tocarme. —Levanta el meñique y sonrío, enroscando el mío alrededor de él—. Y no se lo cuentes a nadie. Esto no es lo que hacen los hermanos. Nos meteremos en un buen lío.

«No lo haré. Será nuestro secreto, hermanita».

Arrugo la nariz y aparto sus manos de mis piernas.

—Por favor, no me llames hermanita ahora.

Sonríe y el hoyuelo se le marca profundamente.

«Pero eres mi hermana. Mi pervertida hermanita que va a masturbarse delante de mí. Enséñale a tu hermano mayor cómo gimes cuando te corres».

Todo el oxígeno de la tienda se desvanece y el aliento se me queda atrapado en el pecho. Mis paredes internas se contraen y creo que me mojo aún más solo por sus sucias palabras.

Tragándome los nervios, deslizo la mano por mi torso, separando un poco más las piernas. Los ojos de Malachi siguen el recorrido, la forma en que las yemas de mis dedos separan con cuidado los labios de mi coño. Mi espalda se arquea en el momento que mi dedo corazón se sumerge en mi humedad, lo llevo hasta mi clítoris y comienzo a moverlo en círculos. La uña acrílica recién pintada de rojo araña mi zona más sensible y me muerdo el labio.

Me he masturbado miles de veces, pero el hecho de que él me esté mirando hace que sea más intenso. Nunca había tenido tantas ganas de sentir una polla dentro de mí.

Muevo el dedo más deprisa, sintiendo la sensación arrolladora subir por cada vértebra de mi columna, y mis ojos se cierran mientras me pierdo en mi propio tacto e imagino que es el de otra persona.

Alguien que no debería estar mirándome.

Alguien que debería estar muy avergonzado de que esté haciendo esto.

Abro un poco los ojos y veo a Malachi inclinado sobre mí,

observándome mientras me doy placer.

«¿Puedo tocarte?».

—No. —Jadeo—. Por favor, no lo hagas.

«¿Por qué?».

Me meto dos dedos, ignorándolo, y bajo la otra mano para dibujar círculos en mi clítoris sin dejar de follarme delante de él.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, se me entrecorta la respiración al ver que su mirada sigue clavada en mi coño y en la forma en que me estoy dando placer, levantando las caderas mientras busco más, y que se está agarrando la polla con la mano por encima de los calzoncillos. Casi quiero gemir su nombre, pero me detengo a medio camino y hago que suene como un grito ahogado.

Mis paredes internas se contraen alrededor de mis dedos repetidamente y respiro con rapidez, con una ligera capa de sudor sobre la piel. Si le digo que me penetre, ¿lo hará?

¿Quiero que lo haga? ¿Me haría daño?

Si le digo que quiero que me persiga, me inmovilice y haga lo que quiera conmigo, en contra de mi voluntad o no, ¿lo haría?

La insensatez corre por mis venas en este momento, porque quiero que mi hermano me folle y quiero que lo haga lo bastante fuerte como para que me duela.

Ese pensamiento basta para llevarme al orgasmo, y me muerdo el labio inferior mientras gimo, arqueando la espalda sobre el saco de dormir mientras me corro, temblando y convulsionando debajo de él.

Veo estrellas alrededor de Malachi, que tiene los labios entreabiertos y respira con fuerza mientras se acaricia a sí mismo por encima de los calzoncillos.

—¿Aún quieres probarme? —pregunto jadeando, con los dedos todavía dentro de mí.

Asiente, y sus pupilas se dilatan cuando los saco, brillantes por mi excitación, los acerco a sus labios y los deslizo sobre ellos. Él me sujeta la muñeca, se los mete en la boca hasta los nudillos y los chupa con fuerza. Los deslizo contra el calor de su lengua y tiemblo cuando los muerde ligeramente. Si hubiera usado su voz, sé que lo oiría gemir ahora mismo por la forma en que sus ojos se cierran y se

agarra el miembro con la otra mano.

Saco los dedos de su boca y él se abalanza sobe mí. Antes de que pueda atrapar mis labios con los suyos, poniéndose encima de mí, le cubro la boca con mi palma.

—No —digo con la voz entrecortada—. ¡Esto no es lo que hemos acordado!

Frunce el ceño. La dureza de su pene me roza el muslo mientras él sujeta mi muñeca y me aparta la mano de su boca. Luego me agarra de la cara y trata de besarme de nuevo, pero cuando sus labios están a punto de posarse sobre los míos, giro la cabeza.

—No, Malachi.

Sí, Malachi.

Continúa, Malachi.

Hazme tuya, Malachi.

¿Por qué soy así?

Se sienta, cabreado y todavía duro como una piedra, y justo cuando va a hacer señas, me incorporo también y me alejo de él.

—Vamos a dormir. —Apago la linterna para quedarnos a oscuras —. Obviamente no estamos pensando con claridad.

Sin embargo, la luz se enciende de nuevo, y me quedo congelada cuando Malachi me agarra por el cuello y me pone de rodillas delante de él. Me corta la respiración; siento una presión detrás de los ojos y mis pulmones luchan por conseguir oxígeno. Me suelta, pero no me muevo, temblando por el orgasmo, el miedo y la necesidad de que me haga suya.

«No me silencies así», signa con furia. «Maldita sea, no vuelvas a silenciarme, Olivia».

Frunzo el ceño por la confusión.

—No… no lo he hecho.

Señala la linterna.

«No puedo hablar contigo si no puedes verme, joder».

Suavizo mi expresión.

—Oh —respondo, frotándome la garganta—. Perdón. No me he dado cuenta. Es que… no podemos besarnos. Eso no es lo que hacen los hermanos, independientemente de lo que acaba de suceder. Por favor, no hagas que esto sea incómodo.

Me tira del pelo y dejo que me acerque a su cuerpo, presionando mis pechos contra su torso desnudo.

«Solías besarme siempre».

—Cuando éramos pequeños, y los besos eran inocentes. Tú… Nosotros… No, Malachi.

«¿No? Acabas de…». Se detiene, confundido, y deja caer las manos, sin saber qué más decir.

—Mamá me está organizando citas con los chicos para que me *case* con alguno de ellos, Malachi. No puedo arriesgarme a que me pillen besándote.

«No te vas a casar con nadie, joder».

Por mucho que desee besarlo, sería un error colosal. Me cosquillean los labios por el suave roce de su boca contra la mía, y la forma en que me ha agarrado la cara y luego la garganta hace que una corriente eléctrica me recorra todo el cuerpo, pero si no lo hubiera detenido, habríamos cometido una *gran* equivocación.

—No podemos —susurro—. Eres Malachi Vize y yo soy Olivia Vize. Somos hermanos.

«Deja de decir eso. No estamos emparentados por sangre. No eres mi verdadera hermana, ¿cuál es el maldito problema?».

Por alguna razón, esas palabras me duelen, y me escuecen los ojos mientras tiro del saco de dormir para tapar mi desnudez.

—Esto ha sido un error.

—¿Ya están durmiendo?

Oigo la voz de mamá acercándose, y me apresuro a agarrar mi ropa y a ponérmela. Malachi solo me mira y no se molesta en vestirse cuando los pasos se acercan.

Me meto en el saco de dormir presa del pánico, con el corazón a punto de estallar mientras finjo estar en el quinto sueño.

—Niños, ¿estáis dormidos?

Le echo un vistazo a mi hermano en tanto que ella intenta bajar la cremallera de la tienda; no me he dado cuenta de que Malachi ha puesto un pequeño candado ahí para evitar que se abra. Tiene los ojos puestos en mí; puedo notar que está enfadado, incluso si la luz de la linterna está en la intensidad más baja y solo ilumina la mitad de su rostro. Tiene las manos apretadas en puños y las mejillas

rojas, y la longitud rígida entre sus piernas indica que todavía está medio empalmado.

Acaba de intentar besarme y lo he rechazado. Ya me estoy arrepintiendo de esta noche.

Los pasos se van otra vez.

—Deben de estar dormidos. ¿Desde cuándo somos nosotros los que nos quedamos hasta tarde? ¡Pilla las cervezas!

Papá se ríe con ganas, y pongo cara de asco cuando los oigo besarse. Luego suena la cremallera de su tienda cerrándose y todo se queda en silencio de nuevo.

Miro a Malachi. Levanta las manos, luego las deja caer y sacude la cabeza, dándome la espalda.

6

Malachi lleva semanas sin hablarme.

Cuando está enfadado conmigo, me castiga sin dirigirse a mí. A la hora de desayunar, comer o cenar, no me mira, y si organizamos una salida familiar, ya sea por el día o por la noche, o bien cancela el plan, o bien mantiene la vista en su teléfono.

La puerta de su balcón está cerrada todas las noches, y no se escabulle en mi habitación para nada. No sé qué hacer.

Invité a Parker a casa, pensando que al menos se colaría en mi dormitorio para estrangularlo, pero me limité a sentarme junto a mi invitado, un poco incómoda, y fingiendo que disfrutaba de su compañía mientras el cabrón arrogante hablaba de su negocio familiar y prácticamente se vendía a mí, ya que sabe que todavía tengo que elegir entre él y Adam.

Malachi no apareció. De hecho, ha estado más ausente.

Abbi quería que fuera a una fiesta el fin de semana pasado, pero me quedé en casa con la esperanza de que mi hermano se emborrachara y me escribiera, necesitara que lo abrazara en la cama o incluso que me viera fingir que dormía… Pero, aunque no salí, él no vino.

A mi mente le gusta jugarme malas pasadas. Esa vocecilla traicionera me dice que se arrepiente de lo que pasó en la tienda, que siente repulsión por haber visto a su hermana masturbarse antes de intentar besarla.

Sin embargo, esta noche, mi peor pesadilla está sucediendo. Malachi tiene una cita.

Mi hermano, que jamás ha tenido el más mínimo interés por nadie, que nunca ha tenido novia ni novio y que se pasa todo el tiempo en su habitación, fumando en su moto o en fiestas con sus amigos y tomando drogas, está ahora mismo con una chica.

No me considero una persona posesiva, pero el hecho de que él abrace a otra persona me inquieta. Intento imaginármelo viendo a otra chica masturbándose con los dedos y se me revuelve el estómago.

¿De qué hablarán? ¿Sabe ella lengua de signos? ¿Serán capaces de mantener una conversación? ¿Será amable con él, a diferencia de la gente del instituto, que hablaba de él a sus espaldas cuando aún iba allí?

Quizá ni siquiera vayan a hablar mucho…

Hundo la cabeza en la almohada para intentar hacer desaparecer la imagen de mi hermano besando, tocando o acostándose con otra persona. Sé que está en una edad en la que se hacen ese tipo de cosas. Ya no está en el instituto. Yo estoy a punto de graduarme; la gente de nuestra edad hace cosas.

Nosotros técnicamente hicimos cosas.

Cosas por las que nuestros padres nos pondrían de patitas en la calle.

Gruño para mis adentros y cojo el móvil para ver los mensajes de mis amigas. Todas están, o estudiando, o con sus novios. Sin embargo, yo estoy aquí, en mi cama a las nueve y preocupada por Malachi.

Abro su chat. No ha respondido a ninguno de los mensajes que le he enviado desde la noche de la acampada. Incluso cuando estaba tumbado en el saco de dormir a mi lado y le envié un mensaje diciéndole que lo sentía, me ignoró.

¿Cómo va tu cita?

Me doy una palmada en la frente. Está en una cita, ¿por qué iba a mandarle un mensaje? Mamá me lo contó en confianza, ya que lo vio vestido más elegante de lo normal y le preguntó a dónde iba.

Él le dijo que tenía una cita y ella se puso muy contenta. Primero, porque le había contestado por primera vez en meses. Y segundo, porque su hijo iba a tener su primera cita.

Me quedé descompuesta cuando vino a mi habitación a

decírmelo con una sonrisa de oreja a oreja. Creo que Malachi se lo dijo a propósito. Para joderme.

Pero estoy siendo hipócrita, ¿no? Mamá lleva seis meses obligándome a tener citas con chicos que, o quieren que les chupe la polla, o quieren echar un polvo.

Salgo de la cama, resoplo y echo un vistazo a mi habitación. Ya la he limpiado para desestresarme. Mi uniforme de animadora está listo y mi bolsa del gimnasio, preparada. Incluso mi tocador está impecable.

Entro en el cuarto de baño y lleno la bañera, asegurándome de que tenga muchas burbujas. Luego busco en mi estantería un libro erótico y me decido por un *monster romance* al que Malachi puso mala cara cuando lo vio una noche en mi mesilla.

Me quito la ropa, me sumerjo en el agua caliente, apoyo la cabeza contra la almohada de la bañera y voy a la página a la que accidentalmente le doblé la esquina.

Paso una hora preocupándome en silencio por cosas que no deberían preocuparme antes de salir y envolverme el cuerpo con una toalla.

Coloco el libro de nuevo en mi estantería y casi se me cae la toalla cuando me doy la vuelta y encuentro a Malachi sentado junto a mi ventana abierta, con la capucha puesta y un cigarrillo en la boca.

—¿Qué demonios…? —susurro—. ¡Me has asustado!

Separa aún más las piernas, apoya los codos en los muslos y me mira mientras da una calada.

—Mamá está en la habitación de al lado preparándola para la nueva acogida. Olerá el humo —le advierto.

No hace caso y se pone en pie. Inhala una bocanada de humo, sin apartar la mirada de mí, arrastrando los ojos por mi cuerpo mientras el extremo naranja del cigarro arde. Se me calienta la piel, y no sé si es por el susto que me he llevado o porque es como una sombra en mi habitación a oscuras, pero me invade una oleada de excitación. Me recuerda a cómo me observaba mientras yo…

No puedo sentirme así en absoluto. Nop. No hacia él.

La noche de la acampada fue un error.

—Por cierto, encontré tus cámaras y las tiré a la basura. Pervertido.

«No todas».

—¿Qué?

Se apoya en mi ventana, ignorándome y expulsando más humo. No puedo evitar pensar en cómo ha ido su noche.

¿La ha besado? ¿La ha tocado? ¿Sabe cómo hacerlo, teniendo en cuenta que no tiene habilidades sociales y rara vez intenta comunicarse con alguien que no sea yo?

No me tocó íntimamente, pero quiso, y trató de besarme. Quizá sí sepa hacerlo.

Maldita sea, cerebro.

Cierro los ojos y me llevo la mano a la frente.

—Tienes que irte a tu habitación. Tengo que vestirme. —Luego dejo caer la mano—. No puedes ignorarme durante semanas y luego volver como si nada a mi vida, Malachi. No es justo.

En lugar de irse, inhala otra bocanada, esta vez expulsando el humo directamente en mi dirección. No me inmuto, ni siquiera cuando da un paso hacia mí… pero trago saliva con dureza mientras respiro de manera entrecortada.

—Ya no me interesan tus idas y venidas. No puedes elegir cuándo hablarme. Coge el resto de tus cámaras ocultas, vete a tu cuarto y déjame en paz.

Apenas percibo la leve inclinación de cabeza, pero está ahí cuando da otro paso, haciéndome retroceder. Luego da otro, y otro, y la parte trasera de mis rodillas choca contra la cama. Me siento en el colchón sin apartar la mirada de él.

El calor que siento entre las piernas es inapropiado. No debería gustarme cómo me mira, ni cómo se acerca aún más, ni cómo su colonia llena mis sentidos, haciendo que mis pensamientos estén fuera de control.

No me hace señas y tampoco estoy segura de que lo vaya a hacer mientras se baja la capucha, dejando al descubierto su cabello desordenado; después se quita los guantes de la moto y los tira al suelo, con el cigarrillo todavía en la boca. Yo no fumo —lo odio—, pero por algún motivo me gusta cuando él lo hace.

No lleva la ropa elegante con la que se fue.

Apaga el cigarrillo en mi tocador, se moja los labios y mira hacia la puerta del dormitorio.

Me ciño la toalla alrededor del cuerpo.

—Está cerrada. Nadie puede entrar —digo, sin saber muy bien por qué.

Mis pezones se endurecen. Puedo oler el sándalo de su ropa, mezclado con el humo del cigarrillo y el aire del exterior. Sus mejillas están un poco rojas por el frío que hace fuera, y siento el impulso repentino de envolver su cuerpo con el mío para hacerlo entrar en calor.

Me estoy traicionando a mí misma, porque estoy enfadada con él por haberme echado de su mundo, y sin embargo quiero que vuelva a mi vida; lo recibiría con los brazos abiertos y…

Pero entonces se quita la sudadera e inclina la cabeza hacia mis almohadas.

—¿Quieres que me tumbe?

Malachi asiente lentamente, quitándose las botas, sin apartar la mirada de mí. Me muerdo el labio y alterno la mirada entre él y la almohada.

—Solo llevo una toalla.

«Podrías quitártela».

Tragando saliva, niego con la cabeza.

Lo único que hace es encogerse de hombros y moverse al lado opuesto de la cama como si durante las últimas semanas no hubiera sido un fantasma en mi vida; es el lado en el que siempre dormía cuando solía colarse en mi habitación para abrazarme. A veces solía fingir que tenía pesadillas, o le enviaba un mensaje para que viniera a acurrucarse conmigo hasta que me quedaba dormida, o iba a su habitación y dormía contra su pecho, mientras él olía mi pelo como si fuera una droga.

Antes de que me dejara fuera de su vida.

¿Está mal sentir que me ha traicionado al ir a esa cita? No creo que a ninguna de mis amigas les pase eso con sus hermanos.

Definitivamente, no fantasean con follárselos.

Sin embargo, por alguna razón, no me importa. No me importa

que esté prohibido querer tumbarme en sus brazos y sentir el calor de su cuerpo, querer mirarlo cuando no lo está haciendo él, sentir mariposas al oír cómo se sube la ventana o cómo cruje la puerta al empujarla.

Enferma. Estoy enferma por desear a mi hermano.

Malachi aparta el edredón y yo me meto debajo, sin quitarme la toalla. Mis piernas desnudas están suaves bajo la tela y el corazón me late cuando se quita el cinturón y se baja los pantalones de motorista, quedándose solo en calzoncillos.

Mamá tiene música puesta en la habitación de al lado: *One Way or Another* de Until the Ribbon Breaks suena más alto de lo necesario, y no para de repetirla y cantar a todo pulmón la letra, probablemente utilizando un pincel como micrófono.

A veces es muy boba. La amo.

No aparto la vista de Malachi, cuya presencia hace que la energía de la habitación cambie.

Espero que no vea lo mucho que me está afectando: el pulso se me acelera y se me hace la boca agua mientras intento tragar saliva en silencio. Creo que se me ha formado un charco entre las piernas.

Debería estar furiosa, pero ahora estoy un poco cegada. Mañana volveré a enfadarme y haré que se disculpe por haber sido un gilipollas conmigo durante semanas.

Me duele el clítoris al verlo moverse. Se quita también la camiseta para mostrar su torso esculpido iluminado por la luz de la luna que brilla a través de mi ventana, con los abdominales que trabaja todos los días, así como los tatuajes más recientes en el pecho y el hombro, que se extienden por su bíceps.

Se desliza bajo el edredón y nos cubre con él. Aferro con más fuerza la toalla, que se abre por delante y me deja al descubierto, aunque él no puede ver mi piel desnuda y de gallina, y espero que no sea una especie de licántropo capaz de oler mi excitación como en los libros de romance.

—¿Cómo ha ido tu cita? —pregunto, esperando que no haya ni una pizca de celos en mi tono. Antes de que pueda responder con las manos, sacudo la cabeza con fastidio y me obligo a continuar—. Y no creas que por hablar contigo te perdono que seas un capullo. Si

necesitas dormir en mi cama, vale, pero ya hablaremos sobre ello mañana. Entonces, ¿qué tal ha ido tu cita?

«Estás enfadada conmigo», comenta, afirmando lo que es bastante evidente.

—Para nada —respondo sarcásticamente—. ¿Qué tal tu cita? —insisto.

«Se acabó en cuanto empezó», signa con dificultad dada su posición. «¿Por qué estás enfadada conmigo?».

¿Me está vacilando?

—Porque me apartaste después de lo que pasó en la tienda —le contesto, notando que un rubor me sube por el cuello y las mejillas —. ¡Dijiste que no me tocarías e intentaste besarme! —gruño, levantando las manos y olvidándome de la toalla—. Y luego, puf, te fuiste. Ni una palabra. No has venido a mi habitación, y me he sentido muy sola.

Lo miro de reojo y veo que suelta una risita silenciosa, sin dejar de sonreír.

—¿Por qué te ríes de mí?

«Eres adorable cuando te enfadas».

Resoplo y cruzo los brazos por encima del edredón.

—¿A qué te refieres con «se acabó en cuanto empezó»?

«No tengo…», sus manos se congelan y me mira a la cara antes de continuar: «experiencia».

—Mentiroso —le suelto—. No parecías inexperto en la tienda conmigo. De hecho, parecías saber exactamente lo que querías.

«De ti, sí. Solo me sentía cómodo haciendo eso contigo».

—Oh —digo, frunciendo el ceño—. ¿La has besado, al menos? —Las palabras son como veneno en mi lengua, y por dentro ruego, no, suplico que no lo haya hecho. Pero no tengo ningún motivo para que me moleste si ha sido así. Vuelvo a ser una hipócrita, porque yo he tenido que salir con Parker y Adam.

«No. Tampoco tengo experiencia con eso».

—¿Nunca has besado a nadie? —Él niega con la cabeza, y me siento, sosteniendo el edredón contra mi pecho—. Pero intentaste besarme.

«¿Qué parte de que me siento cómodo contigo no entiendes?

¿Tú has besado a alguien antes?».

Me debato entre responder sinceramente o no, y al final decido que la sinceridad es la clave. Asiento, y algo peligroso brilla en sus ojos.

—No entiendo por qué esto te sorprende. ¿Se te ha olvidado que mamá lleva meses obligándome a ir a citas?

Tensa la mandíbula y juro que parece furioso por un segundo antes de que su expresión se suavice.

«¿Puedes enseñarme cómo se hace?».

Parpadeo.

—¿Enseñarte a besar?

Baja la barbilla despacio hacia el pecho en un gesto de asentimiento.

—¿No has oído lo que he dicho sobre lo que ocurrió el día de la acampada? Soy tu hermana —susurro, recordando que mamá está al lado preparando la habitación, y en ese momento está sonando la parte tranquila de la canción—. Nos meteríamos en serios problemas con nuestros padres.

«Nadie tiene por qué saberlo. No he dicho nada sobre lo que pasó en la tienda y todas las veces que hemos dormido juntos en la cama».

—Pero está mal.

«¿Y qué?».

Mi cuerpo arde de expectación, aunque lucho contra ello. Está muy cerca, y la proximidad me crea una pesadez en los pulmones cuando su mirada desciende hasta mi boca antes de volver a subirla poco a poco hasta mis ojos.

«Solo me sentiría cómodo si fueras tú la que me enseñara cómo hacerlo».

—¿Me estás tomando el pelo? —Niega con la cabeza, sonriendo —. ¿Prometes no contárselo a nadie?

Levanta el meñique entre nosotros y yo me muerdo el labio inferior para reprimir una sonrisa, enganchando el mío en el suyo. El roce de nuestra piel me produce una descarga eléctrica que me sube por el brazo, me baja por el pecho y se detiene entre mis piernas. Intento contener la respiración, manteniendo nuestros dedos

enganchados, y me inclino hacia delante, asegurándome de sujetar bien la toalla con la mano libre para cubrirme.

Malachi es mucho más grande que yo, tanto en musculatura como en altura, así que siempre me domina cuando nos acurrucamos en la cama: es la cuchara grande perfecta.

Pero esto es diferente.

Esto no es tumbarme en sus brazos y luchar contra mis demonios, ni ver una película mientras su rodilla choca con la mía de vez en cuando, ni que me lleve sobre su espalda dentro de la piscina o en la playa durante las vacaciones.

Esto es más.

Nunca pensé que necesitaría más de él.

Me incorporo con un brazo estirado mientras él descansa sobre su espalda, de modo que mi cuerpo queda a medio camino suspendido sobre el suyo.

—¿Estás seguro? ¿No te molesta que seamos hermanos?

Es una pregunta estúpida, después de todo.

Levanta una ceja en respuesta.

«Deja de decir eso».

Mi pelo cae alrededor de mi cara, lo suficiente para que él enrolle un rizo alrededor de su dedo y tire un poco, acercándome más a él, haciendo que mis piernas desnudas se presionen contra las suyas y que un cosquilleo me recorra la espina dorsal y caliente mis mejillas.

—¿Recuerdas que mamá nos prohibió besarnos en los labios cuando éramos más pequeños? Dijiste que podíamos hacerlo porque éramos hermanos, pero eso nos metió en problemas. Y esto, sin duda, tendrá peores consecuencias.

Me besaba sentado al piano —aunque solo fuese un suave pico —, y era algo que siempre hacíamos, sobre todo por la noche, antes de irnos a dormir. Siempre pensé que era normal, hasta que un día estábamos jugando a un juego de mesa con mamá y papá y apreté mi boca contra la suya mientras celebrábamos que habíamos ganado, y nuestros padres se cabrearon muchísimo.

Aun así, Malachi no me da ningún tipo de respuesta; se limita a acariciar mi pelo, llevándoselo a la nariz para aspirar el aroma a

fresa como hace siempre. Tiene una fascinación por mi cabello: siempre necesita tocarlo, olerlo, jugar con él.

Sé que esas pequeñas interacciones están mal, pero no por ello dejo de disfrutarlas.

Me tira un poco más fuerte del pelo, haciéndome bajar mi cuerpo hacia el suyo. En este momento, los dos estamos respirando el mismo aire y me entran los nervios. Me relamo los labios para asegurarme de que no están secos.

—Malachi —susurro, y mi cuerpo empieza a temblar—. ¿Estás seguro?

Se lleva la mano a la boca y junta los dedos, haciendo la seña de «Cállate».

Vuelvo a echar un vistazo a la puerta, asegurándome de que al otro lado la sombra de nuestra madre no está merodeando por allí, observándonos, y muevo las caderas más cerca de él, bajando la cara e intentando no pensar demasiado en esto.

El dedo de Malachi deja de darle vueltas a mi mechón de pelo y contiene la respiración. El momento se alarga, mi mente me grita que pare y continúe al mismo tiempo.

Bajo más la cabeza, hasta que nuestras narices chocan, la inclino ligeramente y aprieto mi boca contra la suya.

En el momento en que nuestros labios se tocan, el mundo deja de girar, mi corazón deja de latir y los pensamientos que me dicen que algo en mi cabeza no está bien se detienen.

Reclamo suavemente su boca, enseñándole a dar besos castos que no sean como los que nos solíamos dar cuando éramos niños. Me imita. Cuando beso su grueso labio inferior, él me besa con delicadeza el superior. Lo chupo, saboreando el leve rastro de su chicle y sus cigarrillos, lo mordisqueo y me alejo para mirarlo. El negro de sus pupilas se ha apoderado de cualquier rastro de azul.

—¿Sigo?

«No tienes permitido parar aún», me dice, con la mirada somnolienta y los ojos entreabiertos dirigiéndose a mi boca. «Sigue, hermanita».

Nuestros rostros vuelven a estar a milímetros de distancia, nuestras narices se tocan mientras luchamos por respirar, y rodeo su

muñeca con los dedos.

—Pon la mano aquí —le indico, colocando su mano sobre mi mejilla—. O puedes poner las manos en sus caderas o en su pelo. A la gente le gusta que la toquen, sobre todo cuando la besan.

La retira y me detengo, pensando que he hecho algo mal, pero entonces mueve ambas para comunicarse conmigo.

«¿A ti qué te gusta?».

Abro la boca, pero no sale ningún sonido; sigo en una nube.

Los pensamientos inmorales que pasan por mi mente ahora mismo… Me gustan las cosas mal vistas. Tengo fantasías que reproduzco una y otra vez, y mi acosador siempre tiene la misma cara.

La que estoy mirando fijamente en este momento.

Pero entonces salgo de mi ensimismamiento y le cojo de nuevo la mano. Sus ojos siguen mis movimientos mientras me la pongo alrededor del cuello, ejerciendo presión sobre sus dedos para que aprisionen mi esbelta garganta. Lo suficiente como para que tenga que apretar los muslos al observar cómo tensa la mandíbula y la forma en que se dilatan sus pupilas; al notar lo grande que es su mano y la manera en la que estrecha su agarre.

—Me gusta que me estrangulen —admito, sintiéndome mucho más cómoda con él que con cualquier otra persona—. Me gustan los besos intensos que duelen.

Suelto un chillido cuando me empuja hasta que caigo de espaldas y pega su boca a la mía. Me aprieta la garganta tan fuerte que me impide respirar y me hace ver estrellas detrás de los párpados.

Separo los labios y me doy cuenta de que él no necesita ninguna lección sobre cómo meterme la lengua en la boca ni chupar la mía mientras me devora. Me besa como si fuera suya, como si le perteneciera desde que yo tenía siete años y él, ocho. Gimo en su boca, saboreando la menta, el humo y a él. Sus dientes me mordisquean los labios y su agarre se vuelve más firme.

Necesitando más, le rodeo las caderas con mis piernas. Mi toalla crea una molesta barrera entre nosotros, aunque puedo sentir su dura longitud presionándose contra la cara interna de mi muslo.

Me mordisquea más los labios, me chupa la lengua y utiliza la mano que tiene libre para sujetarme las manos por encima de la cabeza, presionándolas contra la almohada. Con la otra me roba el aire y hace que el mareo empiece a apoderarse de mí.

Me da vergüenza pensar en la cantidad de veces que he imaginado a Malachi haciendo esto cuando estaba con otra persona. Si besaba a un chico, engañaba a mi mente para que creyera que era mi hermano. Cada lametón, cada caricia, cada chupetón y la forma en que mi orgasmo tomaba el control de mi cuerpo: todo era por él.

Estoy enferma. Y normalmente alguien intentaría tratar la enfermedad o encontrar ayuda, pero lo único que quiero es que Malachi se quite los calzoncillos para poder sentirlo dentro de mí.

Lo que es una locura, teniendo en cuenta que estamos haciendo esto para que él practique.

En cuanto su polla roza mi coño necesitado, gimo, aprieto las manos y le muerdo el labio con fuerza, haciéndole sangrar y llenándome la boca de sabor a cobre.

Vuelvo a gemir, y Malachi se aparta, mirándome fijamente mientras sigue deslizando su polla contra mi coño. Una fina línea de sangre le cae por la barbilla, y parece un psicópata, con los ojos encendidos, empujando con más fuerza, frotándose contra mí.

Tiene que soltarme la garganta y taparme la boca con la palma de la mano para evitar que alerte a nuestra madre de que su hijo está llevando a su hija al orgasmo solo por restregarse contra su sexo por encima de una maldita toalla.

Él continúa y yo pongo los ojos en blanco y gimo contra su mano, correspondiendo a cada movimiento de sus caderas, tensándome y arqueando la espalda a medida que siento el orgasmo aproximándose y la sensación me quema por dentro. Casi grito cuando me clava los dientes en el cuello y el techo de mi habitación se desenfoca al sentir esa mezcla de dolor y placer; casi me desmayo por la fuerza de su agarre.

Antes de que pueda alcanzar el orgasmo, vuelve a darnos la vuelta, poniéndome sobre su regazo, y me quita la toalla del cuerpo. Desnuda y empapadísima, a horcajadas sobre él, agarro unos

cuantos mechones de su pelo y vuelvo a aplastar mis labios contra los suyos a la vez que sus manos exploran mi cuerpo, tocando, agarrando y acariciando mis caderas mientras las balanceo hacia delante distraídamente.

Para ser tan inexperto, sabe cómo hacerme sentir como si estuviera cayendo por un maldito acantilado con solo besarme. Siento su dureza a través de los calzoncillos y busco la fricción que hace unos segundos me tenía a punto de estallar.

Su respiración entrecortada sería audible si no hubiera preferido no volver a hablar nunca. Con cada movimiento de mis caderas, suelta gemidos silenciosos, sus manos me agarran con más fuerza y su polla se pone más gruesa.

Reacciona tan bien a mí…; todo lo que le hago es recíproco: responde a mis movimientos mientras jadeo en su boca y tiro de sus mechones ondulados. Me agarra el pelo de la nuca y tira de él para pegarme a su cuerpo, sus dedos se deslizan hasta la parte posterior de mi cuello y me aplasta contra él.

Debería parar, soy su hermana. Somos hermanos, ya sea de sangre o no, somos los hijos de los Vize, y no deberíamos estar restregándonos a la vez que nuestras lenguas se enredan, saboreándonos y devorándonos como si fuéramos la comida favorita del otro.

Pero a pesar de todas las alarmas que suenan en mi cabeza, necesito más, *quiero* más. Su boca entra en contacto con mi garganta, sustituyendo a su mano, y gimo.

—Puedo enseñarte a hacerlo —le digo, agarrándolo por la mano y tirando de ella hacia abajo entre los dos. Le separo los dedos y aprieto dos de ellos contra mi clítoris, haciendo círculos.

Deja de besarme, separando su boca de la piel sensible de mi cuello y baja la vista, observando cómo acaricia mi zona más íntima.

—¿Has hecho esto antes? —inquiero, porque está aprendiendo la técnica muy rápido, pero niega con la cabeza, sin apartar la mirada de sus dedos—. A las chicas les encanta. —Respiro hondo—. Hazlo mientras las besas. Si lo haces bien, puedes hacer que una chica se corra en tus dedos. —Un gemido sale de mi boca—. Joder, sí. Justo así, Malachi.

Malachi asiente una, dos veces, humedeciéndose los labios, contemplando sus dedos. Me agarra la garganta con la otra mano y me acerca a él, robándome el aire a medida que su lengua recorre la mía. Su tacto no es suave, ni siquiera un poco. Aplica más presión, haciendo los movimientos circulares más deprisa con los dedos, y yo tiemblo sobre él mientras gimo en su boca.

—Más rápido. Lo estás haciendo muy bien.

Las babas caen de nuestras bocas y aterrizan justo donde sus dedos me están volviendo loca, mojándome aún más y provocando que sus dedos se muevan más deprisa.

—Malachi. —Jadeo contra sus labios—. Me estás poniendo muy cachonda.

Me restriego contra él mientras sus dedos se deslizan más abajo, hacia mi entrada, empapada, necesitada y desesperada por que me toque. Malachi suelta un fuerte suspiro, que solo puedo suponer que sería un gemido profundo si utilizara su voz, cuando bajo la pelvis, haciendo que sus dedos se introduzcan en mi interior. Su miembro sigue oculto dentro de los calzoncillos, pero está completamente tenso, duro como una roca. Introduce otro dedo y empuja el glande entre mis nalgas.

Quiero tocarlo, pero él no necesita una lección sobre cómo ser tocado: quiere que yo le enseñe a hacerle cosas a otra persona.

El gemido estrangulado que suelto se quiebra, y cuando otro amenaza con salir, Malachi me agarra la garganta con tanta fuerza que no sale ningún sonido. La música de mamá está a todo volumen y yo chupo la lengua de mi hermano mientras él me folla con los dedos y su polla se restriega contra mi culo.

Se echa hacia atrás, con las manos ocupadas, y parece que quiere decirme algo, pero cuando me suelta la garganta, le cuesta hacer señas, así que aprieta los dientes y tira de mí para atraer mi boca hacia la suya, agarrándome por la nuca. El ímpetu con el que lo hace provoca que golpee con mi palma el tabique que hay sobre su cabeza, haciendo que la superficie tiemble y que uno de mis portarretratos se caiga al suelo.

—Joder. Sigue.

Me quedo helada cuando un minuto después llaman a la puerta.

—¿Cariño? ¿Va todo bien ahí dentro?

Intento apartarme de Malachi, pero él me sujeta por el pelo y me empuja hacia atrás para poder capturar uno de mis pezones en su boca a la par que hunde sus dedos hasta los nudillos y los dobla justo cuando chupa. Con fuerza.

Lo único que puedo hacer es morderme el labio, abriéndome la piel para no gritar.

Mi madre vuelve a llamar y mueve el pomo de la puerta; el corazón me martillea en el pecho cuando él pasa al otro pezón y hunde los dientes lo suficiente como para que me escueza, pero el dolor me hace humedecerme más. El sabor de mi propia sangre en la boca mezclado con sus dedos follándome, su polla restregándose contra mi culo… Exploto.

Me corro sobre sus dedos mientras el estallido de placer me recorre la columna vertebral y veo manchas negras detrás de los ojos. Mi coño se contrae a su alrededor una y otra vez, y siento los pezones, a los que todavía les da atención con la boca, húmedos, duros y dolorosos a medida que mi orgasmo alcanza su punto álgido.

Malachi se saca un pezón de la boca y me besa suavemente, dejando sus dedos en mi interior, y yo me estremezco a su alrededor, aferrándome a ellos con cada pulsación. Su lengua se desliza en mi boca y yo le devuelvo el beso. Es lento, sensual, y me detengo una y otra vez para intentar respirar.

Empujo su pecho y me inclino hacia atrás, poniendo un poco de distancia entre nosotros sin dejar de jadear. él me observa con la mirada ebria y los labios hinchados de tanto besarme.

—No, creo que se ha escapado con Parker. Llamaré a sus padres para decirles que les estamos arreglando un matrimonio concertado, no dándoles vía libre para que se estén acostando a todas horas. Además, estuvo con Adam el fin de semana pasado, ¿recuerdas? Tuve que ir a comprarle la píldora del día después. —Silencio, y luego…—. ¿Está Malachi en su habitación?

—Iré a comprobarlo —le informa mi padre, y mis ojos se abren de par en par.

Me aparto de mi hermano, salto de la cama y cojo mi toalla.

—¡Vete! —le digo sin hablar, solo moviendo la boca, y señalo la ventana—. Date prisa antes de que papá llegue a tu habitación.

Todo dentro de mí se calienta de nuevo cuando Malachi se chupa los dedos mientras se levanta de la cama y camina hacia mí.

«¿Por qué necesitabas la píldora del día después?». Cuando me quedo callada, me empuja hasta que mi espalda choca contra la pared. «¡Respóndeme, joder!».

Mi cuerpo se sacude mientras me abrazo a mí misma, cubriéndome los pechos. Lleva semanas sin hablarme, así que ¿cuándo habría tenido la oportunidad de contarle que nuestros padres organizaron todo para que me acostara con Adam? ¿O que no tuve más remedio que aceptarlo?

No me negué, no sentía que pudiera. Ni siquiera quería hacerlo; no le gusto de esa manera, pero cuando ambos acordamos que fingiríamos, su criada nos escuchó y nos delató, así que nos habíamos visto obligados a tener audiencia.

No ha sido el primer chico con el que me he acostado.

Fue Parker. El insoportable hijo del socio de papá no puso ninguna pega cuando nos dijeron que fuéramos juntos a la habitación. De hecho, él pidió dinero primero, y mamá siendo mamá, le pagó para que me desvirgara.

Malachi no tiene ni idea de nada de esto; lo único que sabe es que me van a meter en un matrimonio organizado por nuestros padres.

Los quiero, pero también los odio.

Da un paso atrás, coge la camisa del suelo, se la pone y hace señas.

«¿Voy a tener que salir ahora mismo a preguntarles por qué necesitabas un plan B?».

Respiro hondo.

—Querían que me acostara con él para demostrar mi lealtad.

«¿Qué?».

Si menciono que hicieron lo mismo con Parker, podría salir ahí fuera y perder los papeles.

—No me mires así. Ya sabes cómo son cuando se trata de que me empareje con un gilipollas adinerado. No les iba a decir que no,

Malachi —siseo—. No puedo permitirme ese lujo.

Su mandíbula se tensa tanto como para cortar cuero. Tiene el labio hinchado por los mordiscos que le he dado y noto que a mí me pasa lo mismo, y quiero volver a hace dos minutos, porque ahora está furioso. Mira hacia la puerta y sus nudillos crujen.

«¿Tu primera vez fue con Adam? ¿Fue él quien te hizo darte cuenta de que te gustaba que te estrangularan?».

Me quedo boquiabierta.

—No —respondo.

«¿No a qué parte, Olivia?». Malachi tiene pinta de querer matarme. «Si te lo follas otra vez, o a cualquier otro, los mataré».

—Se supone que tengo que casarme con uno de ellos —argumento.

Se come la distancia que nos separa y me encojo, preparada para que me golpee por primera vez en mi vida. Sin embargo, se limita a acomodarme los mechones de pelo detrás de las orejas y a darme un beso firme en los labios antes de coger el resto de su ropa y desaparecer por la ventana.

Me tomo un segundo para respirar, con los nervios aún a flor de piel, apenas capaz de caminar recta mientras meto sus guantes de moto debajo de la cama y me envuelvo en la toalla.

Quito el pestillo de la puerta y la abro lo suficiente para asomar la cabeza, asegurándome de hacerme notar para que mi madre no llame a los padres de nadie.

—¿Qué pasa? —pregunto frotándome los ojos.

Mamá se gira y se lleva la mano al pecho. Tiene la cara salpicada de pintura de haber estado decorando la habitación.

—Oh, pensé que algo iba mal. He oído un golpe.

Me froto los ojos un poco más.

—Me acabo de despertar.

Sonríe y me siento mal por mentirle, por haberme corrido en los dedos de su hijo hace dos minutos.

—Vuelve a la cama, cariño. Por la mañana te prepararé el desayuno antes de que te vayas a entrenar.

Asiento.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches.

7

El desayuno es tranquilo. Papá intenta contarnos cómo le ha ido la semana en el trabajo y le dice a Malachi que tiene que poner en orden su vida para hacerse cargo de su bufete. Mi hermano lo ignora y me observa mientras como.

Durante la conversación se mencionan los nombres de Parker y Adam dos veces, porque aún tengo que elegir, y en ambas ocasiones, Malachi aprieta los puños y clava la vista en sus cereales.

Aún siento sus dedos dentro de mí.

Sigo mirándole las manos, las venas, los músculos de los brazos mientras los estira por encima de la cabeza y se cruje el cuello.

Mamá vuelve a trabajar en la habitación contigua a la mía y papá se va a su despacho, dejándonos a Malachi y a mí solos en la mesa del desayuno.

Él golpea su cuenco con la cuchara, llenando el silencio, antes de que yo me aclare la garganta.

—No te enfades por lo que voy a decir.

Mi hermano levanta la vista hacia mí y deja caer la cuchara en su cuenco, cruzándose de brazos y arqueando ligeramente una ceja.

—Esta noche me quedo en casa de Parker.

«¿Por qué?».

—Lo ha organizado mamá. —Me paso la mano por la cara, exasperada—. Tampoco tienes por qué mirarme como si hubiera escupido en tus cereales. Anoche solo te estaba enseñando para que supieras qué hacer y te sintieras cómodo cuando vayas a tus citas. Pero ya no habrá más lecciones porque es obvio que tienes un talento innato.

«Terminarán cuando yo lo diga».

Pongo los ojos en blanco.

—Eres de lo que no hay.

«Ven a mi habitación».

—No. —Resoplo—. ¿Por qué haría eso?

«Porque quiero que me enseñes…». Se detiene y sonríe satisfecho. «Quiero que me enseñes lo que es tener unos labios como los tuyos alrededor de mi polla».

Tartamudeo, casi ahogándome con los cereales, atascados y secos en la garganta.

—Jesús, Malachi.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunta mamá, y mi columna se pone rígida—. ¿Estás molestando a tu hermana de nuevo? ¿No deberías estar arreglando la moto con la que te estrellaste anoche y no se lo contaste a nadie?

Parpadeo y clavo mis ojos en él, que ignora a mamá.

«Lo que he dicho va en serio», me asegura, echando la silla hacia atrás y poniéndose en pie antes de tirar el cuenco al fregadero y marcharse.

Tenemos personal en la mansión, pero siempre tienen algo que hacer. La limpiadora —me niego a llamarla sirvienta— odia que dejemos cosas en el fregadero.

Mamá se lleva las manos a las caderas.

—¿Y eso a qué ha venido?

Me encojo de hombros y me meto una cucharada de cereales en la boca.

—¿Ya está casi lista la habitación?

Se pone a hablar de la decoración y de cómo quiere que estén colocados los muebles, y empieza a enseñarme fotos en el móvil.

Cuando se cansa y se va para ponerse a pintar otra vez, miro mi teléfono.

Malachi
Estoy esperando.

No me toques el coño.

Malachi
Ya lo he hecho. Mueve el culo o bajaré y te arrastraré

hasta aquí.

Miro el móvil, harta de sus tira y afloja. Acaba de pasarse semanas ignorándome, así que va a recibir el mismo trato. Llamo a Abbi y le pido que me acompañe al centro comercial. Luego corro a mi habitación, me visto y me dirijo al garaje, pero antes de que pueda subirme al coche, Malachi me agarra de la trenza y me estampa con fuerza contra el vehículo.

No tengo ni un segundo para reaccionar antes de que me bese. No hay romanticismo, no hay dulzura, solo me devora como si fuera un hombre hambriento mientras me tira del pelo casi desde la raíz. Desliza su lengua por mis labios y la mueve contra la mía, me agarra por detrás de las rodillas y me levanta en sus brazos, empujándome de nuevo contra mi coche.

Se restriega contra mi entrepierna, ya duro, y sus dedos se clavan en mi culo.

—Malachi —susurro mientras vuelve a tirarme del pelo—. Las cámaras.

Si a papá le diera por mirar el sistema de seguridad, vería a sus hijos besándose, devorándose como animales hambrientos.

Malachi se separa de mi boca y me echa el pelo hacia un lado, inclinándome la cabeza y chupándome la zona donde se encuentra mi pulso por debajo de la oreja con tanta dureza que sé que me dejará una marca.

Levanto las piernas para darle una patada en el pecho y, tras un largo minuto de lucha, baja la cabeza hacia mis senos, me baja la camiseta y se lleva un pezón a la boca.

Pongo los ojos en blanco y dejo de resistirme. Mi coño vuelve a ansiar sus caricias, así que me relajo en sus brazos y muevo las caderas para frotarme contra su polla. Me gusta que no se detenga cuando lo empujo; solo me chupa la piel con más fuerza y me agarra ejerciendo más dolor, y eso… me excita.

Estoy enferma, enferma, enferma.

Suena mi teléfono y él se aparta, sin aliento.

—No necesitas más lecciones sobre besos —digo entre jadeos, sintiéndolo apretado contra mí—. O cómo chupar un pezón. Bájame.

A regañadientes, lo hace, y me paso el dorso de la mano por la boca mientras me tranquilizo.

«Enséñame más».

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta del coche.

—De acuerdo. Pero deja de comportarte como un capullo conmigo.

Me escabullo por la ventana, dos horas antes de que Parker venga a recogerme, con un vestidito que no necesita sujetador debajo. Está lloviendo, así que la cornisa del balcón de piedra de Malachi está resbaladiza.

Llego a él sin caer al vacío y me lo encuentro mirándome, apoyado en la barandilla con un cigarrillo en la boca. Sonríe cuando intento trepar y resbalo, y me tiende la mano para que me agarre. Echo la pierna por encima y él me atrapa, inmovilizándome contra ella con las caderas.

Miro a mi alrededor, pero el lugar está a oscuras.

—No tengo mucho tiempo —advierto—. ¿Qué quieres que te enseñe?

Se encoge de hombros.

«Lo que sea que te guste».

Expulsa el humo por encima de la cabeza y tira el resto del cigarrillo por el balcón.

Me río.

—Si quieres aprender lo que me gusta, estar en un dormitorio no es la respuesta. ¿Quieres perseguirme por un cementerio? ¿Por el bosque? ¿Asustarme mientras me follas?

Sus pupilas se dilatan.

«Si eso es lo que quieres».

—Pero no a todo el mundo le gusta eso —replico, enroscando los dedos en la cinturilla de sus pantalones—. A algunos les gusta que les canten una serenata, que les den placer con amor y palabras llenas de significado. —Le meto la mano en los pantalones y por debajo de los calzoncillos, y su mandíbula se tensa cuando le rodeo la polla con los dedos—. A algunas personas les gusta tomarse las

cosas con calma, Malachi, porque genera confianza. —Lo acaricio y crece en mi palma—. ¿Quieres que te enseñe cómo se hace despacio?

Niega con la cabeza, empujando la polla contra mi mano, con el pecho agitado.

—¿Quieres que te enseñe cómo me veo de rodillas?

Asiente y yo gimo, girando la muñeca hasta llegar al glande hinchado, vacilando al sentir el indicio de una perforación allí. En realidad, más de una.

—¿Te han dolido? —inquiero, recorriendo con la punta del dedo las barras metálicas del glande, que van como una escalera hasta la punta.

«No. De rodillas. Ahora».

Sonrío mientras suelto una carcajada.

—Oblígame.

Aprieta los dientes y me mira a la cara cuando vuelvo a rozar con los dedos la cabeza de su polla. Después, me agarra por la garganta, pega su boca a la mía para besarme brevemente y me empuja hasta ponerme de rodillas. El balcón está mojado por la lluvia, que me empapa el pelo y el vestido, pero no me importa.

La fuerza que usa hace que mi coño palpite de necesidad mientras apoyo el culo en los tobillos mirando hacia arriba. Su pelo empapado gotea sobre mi cara antes de que se pase los dedos entre los mechones, haciendo que sobresalga en todas direcciones. Me alza la barbilla con una mano y se saca su miembro con la otra.

—Quiero probarte —digo, con un tono entrecortado y erótico—. Quiero ir a casa de Parker, y cuando lo bese, quiero que te saboree en mi lengua.

Enfadarlo es estúpido, pero me encanta ver cómo la oscuridad se apodera de sus ojos, la rudeza con la que me sujeta del pelo y me hace abrir la boca. Saco la lengua, lamo la punta de su polla y hago que se sacuda delante de mí.

De ella ya sale líquido preseminal. Me inclino sobre las rodillas lo suficiente como para rodear la cabeza con los labios, saboreándola y sintiendo el roce del metal contra mi labio inferior, y suelto un gemido cuando sus dedos me tiran más fuerte del pelo a la vez que

chupo suavemente.

Me lo saco de la boca y le subo las manos por los muslos.

—¿Te gusta?

«Sí», se fuerza a decir usando solo una mano.

—Eres muy grande. No creo que me quepa toda en la boca. —Arrastro la lengua desde la base hasta la punta, notando las crestas de su *piercing* y preguntándome cómo se sentirán si alguna vez me folla.

Me suelta el pelo.

«Haré que quepa. Aunque duela».

Es el único aviso que tengo antes de que me agarre del pelo y me la meta en la boca, haciendo que por poco me caiga. La brusquedad hace que casi me ahogue, que me den arcadas, pero relajo los músculos de la garganta y lo rodeo con los labios mientras él empieza a empujar dentro de mi boca como un loco.

Me duele, aunque el calor empieza a agolparse en mi coño por lo rudo que está siendo; me roba el aire, me arde el cuero cabelludo por el agarre de mi pelo y me lloran los ojos.

Echa la cabeza hacia atrás mientras me folla la boca, volviéndose más grueso y casi aplastándome la garganta. Me penetra más profundo, y su pene late mientras sale aún más líquido preseminal.

Clavo las uñas en la parte posterior de sus muslos, acercándolo a mí, aunque necesito espacio para respirar. Jadea inaudiblemente, baja la cabeza para mirarme, suelta una mano de mi pelo y me pellizca la nariz.

Mis ojos se abren de par en par y mi clítoris palpita en tanto que mis pulmones empiezan a cerrarse.

No puedo respirar. No puedo hacer nada más que dejar que me folle la boca.

—¡Malachi! —grita papá, y él se queda quieto, manteniendo su miembro dentro de mi garganta mientras me dan arcadas. Se asoma al balcón, pero no puedo ver—. ¡Lleva a quienquiera que sea a tu maldito dormitorio! ¡Por Dios!

Malachi me mira sonriendo, se retira un poco para que yo tome una bocanada de aire y vuelve a follarme la boca.

«Me pregunto qué pensaría si supiera que su preciosa hija es la que le está chupando la polla a su hijo como la putita que es».

Un empujón más, y su pene se hincha mientras sus ojos se ponen en blanco. Papá continúa gritando en el patio, pero él sigue hasta que de repente se queda rígido y el líquido caliente golpea la parte posterior de mi garganta.

Saca su miembro del todo y me agarra la mandíbula, manteniéndome la boca abierta, con la lengua fuera. Se queda mirando el semen que se acumula en el interior, coge un poco con el pulgar y me lo pasa por los labios.

Mis ojos se abren de par en par cuando desliza dos dedos en mi boca, forzándolos hasta el fondo de mi garganta y provocándome arcadas, y me obliga a tragarme hasta la última gota.

Caigo hacia delante, jadeando bajo la lluvia, llenándome los pulmones de aire mientras él se aleja. Levanto la vista y lo veo guardándose la polla.

«Ve a besar a tu futuro marido, hermanita. Y cuando lo hagas, será mejor que pienses en mí y en todas las formas en que te follaré sobre su sangre».

Parker se sienta a mi lado, sus amigos ríen y beben a nuestro alrededor en los sofás. Estamos en el sótano de uno de ellos, y lo que debería haber sido una cita se ha convertido en él haciéndome sentir culpable y engañándome para que esté aquí, ya que estaba haciendo que se perdiera una buena noche.

Intenté irme a casa, pero insistió en que lo acompañara, mencionando que su padre se enfadaría con él si me dejaba por una fiesta.

Hasta ahora ya ha esnifado cuatro rayas, y sus amigos son todos idiotas.

Su brazo está detrás de mí, sus dedos rozan mi hombro, y soy muy consciente de sus intenciones. Es un *fuckboy*, conocido por ser de los que se acuestan con cualquiera y reciben elogios por ello. El pelo rubio y desgreñado le cae sobre los ojos, así que tiene que estar todo el rato apartándoselo para poder ver, y huele a vinagre.

Creo que ni siquiera se ha duchado después de entrenar.

Con esa actitud chulesca, una pensaría que al menos es bueno en la cama, pero yo me moría del aburrimiento e intentaba no dormirme mientras miraba al techo todo el rato.

Este es el tío al que mamá pagó para que me follara. El hijo idiota del socio de mi padre.

Mi potencial futuro marido.

Voy a vomitar.

No tengo ningún interés en él. Preferiría besar a una rana venenosa. O tal vez a Spikey, la araña de Malachi.

No.

Sinceramente, quiero gritarles a mis padres por obligarme a aceptar estos acuerdos.

No solo es cinco años mayor que yo, sino que además sigue llamándome «pequeña», incluso cuando estaba dentro de mí. Me ha besado dos veces, y las dos me sentí como si me estuviera liando con una pared.

No hay fuegos artificiales en absoluto. Pero, claro, eso solo pasa cuando beso a Malachi.

Parker se acerca a mi oído.

—¿Quieres que vayamos a una de las habitaciones?

Debería responder que no, pero podría decirles a mis padres que no estoy cooperando, así que asiento sin ánimo.

Uno de sus amigos se levanta.

—¡Parks! —grita con entusiasmo—. ¿Crees que tu chica me la chuparía?

Él se ríe.

—Probablemente. Es bastante facilona.

Mi rostro se descompone y me alejo de él.

—¿Qué coño…?

Me pellizca la barbilla, fingiendo un mohín.

—No te hagas la inocente. Seguro que, si te lo pidiera, nos la chuparías a todos.

Me mofo y me cruzo de brazos, intentando aparentar confianza, aunque por dentro el miedo me paralice.

—No lo creo. —Luego me doy la vuelta y me dirijo hacia la

puerta del sótano—. Me voy a casa.

Una mano se enreda en mi pelo y me detiene.

—Todavía me quedan tres horas más contigo, así que haz lo que te digo, joder.

Parker me gira y me da una bofetada con el dorso de la mano que hace que sienta un dolor punzante en la mejilla. El pelo me cae sobre la cara y lo miro.

Acaba de… pegarme.

Me trago la ansiedad, sin atreverme a devolverle el golpe. No soy estúpida.

Es mucho más alto que yo y sus amigos, los diez, empiezan a reírse de mí. Todos están drogados y borrachos y me miran como si fuera una puta a la que han pagado para follar.

—A menos que quieras que todo el mundo sepa que tu madre me vendió tu virginidad por cinco de los grandes, yo abriría esa preciosa boca tuya y sacaría la lengua —me susurra Parker al oído—. Sienta tu bonito culo mientras voy a por algo de beber.

Tengo los ojos llenos de lágrimas, y cuando Parker y sus amigos se van a por más bebidas, vuelvo al sofá, saco el móvil, abro la información de contacto de Malachi y le envío mi ubicación.

Al diablo con las consecuencias.

Veo que la recibe, pero no tengo tiempo de enviar nada más, ni siquiera una advertencia de que hay un montón de ellos aquí, antes de que Parker vuelva a sentarse a mi lado.

—¿Se te ha pasado el mal humor?

Acepto la cerveza, aunque no me la bebo.

—Acabas de ofrecerme a todos tus amigos.

—Sí, lo he hecho. ¿Hay algún problema?

Aprieto los dientes y miro fijamente hacia delante, encogiéndome cuando me aparta el pelo del hombro.

—Te he hecho una pregunta, Olive.

—Me llamo Olivia.

—Bueno, en realidad no importa cómo te llames, ¿verdad?

Mi pecho se agita mientras miro el reloj.

Malachi sabe que he salido con Parker: se aseguró de llenarme la boca y la garganta con su semen antes de que me fuera, y me dio

un beso más intenso que nunca para demostrarme que tenía razón. Cuando llegué a casa de Parker, me besó a la fuerza, y lo único positivo es que ha tenido el sabor de mi hermano en la lengua.

Gilipollas.

Se oye un alboroto al otro lado de la puerta del sótano y Parker se incorpora para ver de qué se trata. Sin embargo, alguien la abre con tanta fuerza que la desencaja de las bisagras y la atraviesa, y todo el mundo se pone en pie de un salto cuando entran cinco enmascarados blandiendo bates.

Sonrío cuando el del medio, con la cara cubierta por un pasamontañas, hace girar el bate plateado en su mano. Los ojos de Malachi me encuentran y ladea la cabeza hacia la puerta rota, indicándome en silencio que salga.

Echo a correr sin pensármelo dos veces, quitándome la mano de Parker de encima cuando intenta alcanzarme.

Me detengo junto a Malachi, cuya mirada ahora está fija en Parker.

—Gracias —digo—. Iba a obligarme a chupársela a él y a sus amigos.

Parker levanta las manos cuando Malachi alza el bate y se dirige airadamente hacia él.

—Eh, tío. ¡Es una maldita mentirosa! Ella…

Se calla cuando el bate lo golpea en un lado de la cara, haciéndolo caer.

Salgo corriendo de allí justo cuando veo a mi hermano agarrar a Parker por el pelo y darle un fuerte puñetazo en la nariz, rompiéndosela al instante.

—¿Olivia? ¿Malachi? —La voz de pánico de mamá llega a mis oídos cuando se abre la puerta principal, y siento las manos suaves y ensangrentadas de mi hermano sobre mis hombros mientras me hace entrar—. ¡Jamieson! ¡Jamieson! ¡Malachi está cubierto de sangre!

Se escuchan pisadas fuertes, y luego oigo a mi padre.

—¿Qué demonios ha pasado?

—La próxima vez que me emparejes con alguien, asegúrate de que no sea un desgraciado —le suelto a mi madre con brusquedad —. Parker y sus amigos iban a atacarme. Dijo que, si no accedía a hacer lo que quería, le contaría a todo el mundo que le pagaste para que me desvirgara.

Mamá se lleva la mano al pecho.

—¿Te ha hecho daño?

Me tiembla la barbilla mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas y niego con la cabeza.

—Le envié a Malachi mi ubicación y vino a por mí antes de que pudieran hacer nada. Parker y sus diez amigos iban a… —Me detengo, con el estómago revuelto—. No vuelvas a emparejarme con alguien como él.

—¿Diez? —grita papá—. Qué hijo de puta.

Pero entonces la mirada ardiente y furiosa de Malachi se dirige a mamá, como si acabara de darse cuenta de lo que he dicho.

«¿Has pagado a alguien para que se folle a mi hermana?».

Mamá tarda un segundo en darse cuenta de que se ha dirigido a ella.

—No hables así —lo regaña—. Y lo hice para ayudarte, Olivia. Nunca tuve la intención de que te atacara.

Papá se pone a su lado, lanzándole una mirada asesina.

—Espera. ¿He oído bien? ¿Pagaste al puto Parker Melrose para que se acostara con mi hija?

—¡Rechazó el acuerdo! Tuve que obligarle a que aceptara. Ella era virgen, ¡y él no quería a alguien inocente!

Papá tensa la mandíbula y sus fosas nasales se dilatan de la misma manera que las de mi hermano cuando está enfadado.

—Hablaremos de esto más tarde. —Me dedica una cálida sonrisa—. Voy a arreglar esto, ángel. Nadie intenta hacer daño a mi hija y se sale con la suya. —Se aleja, gritando por encima del hombro—: Malachi, coge tu bate de béisbol y reúnete conmigo en el garaje.

—Oh, ya les ha dado su merecido.

Papá se detiene y se gira.

—¿Qué?

—Ya se ha ocupado de ellos.

«Ya me he encargado de ellos, papá», signa Malachi, y mis ojos se abren de par en par.

Nunca le habla. Jamás. Y mucho menos lo llama papá.

Mi padre se da cuenta de ello, y sé que quiere abrazar a mi hermano, pero se contiene.

—Muy bien, hijo. Si aparece algún policía, me encargaré de él. —Hace un gesto hacia las escaleras—. Ve a ducharte. Estás cubierto de sangre y está manchando las alfombras de tu madre.

Poco después, me meto en la ducha y dejo que el agua resbale por mi cuerpo mientras escucho *In Flames* de Digital Daggers a todo volumen desde mi pequeño altavoz.

Malachi está sentado contra el lavabo, observándome en silencio. Tiene los nudillos abiertos y sangrantes, y no deja de frotarse las manos y la cara, sacudiendo la cabeza. Le rompió las piernas a Parker con el bate y le metió el mango por la garganta a uno de los otros, dislocándole la mandíbula y haciéndole vomitar sangre.

Sus amigos se encargaron del resto.

No creo que ninguno de ellos vuelva a molestarme.

Parker definitivamente no va a ponerse en contacto conmigo pronto. Incluso papá le echó la bronca a mamá por el pago secreto, hasta que ella terminó llorando y se disculpó.

El acuerdo con la familia de Parker se ha roto. Lo más probable es que me obliguen a casarme con Adam.

Qué estupidez.

Al menos sé que Adam nunca me haría daño. Es demasiado delicado y tierno; incluso cuando tuve que acostarme con él, temblaba mucho y se disculpaba una y otra vez porque no se le ponía dura.

No quiero casarme, nunca.

Mi hermano abre la mampara de la ducha y entra. Lo sigo con la mirada mientras se moja el pelo bajo el agua y jadeo al ver la sangre que mana de su cabello negro.

«No es mía», me dice. «No estoy seguro de quién es. El lugar era una carnicería».

—Sabes… —empiezo, aclarándome la garganta y observando sus calzoncillos, que se están empapando—. Normalmente la gente se ducha desnuda.

Parpadea y se me queda mirando sin dejar de frotarse la sangre del pelo y la nuca.

—¿Exactamente cómo es que tienes tanta sangre de otra persona en el pelo?

«La cosa se nos fue un poco de las manos. ¿Estás bien?».

Me encojo de hombros.

—Son cosas que pasan. Debería haber sabido que no tenía que ir allí.

Ladea la cabeza, frunciendo el ceño.

«Sabes que nada de eso ha sido culpa tuya, ¿verdad?».

—En cierto modo me puse en esa situación al ir allí. Si no te hubiera enviado mi ubicación…

Suspira en silencio.

«Siempre te culpas a ti misma por cualquier cosa. Y no vas a salir con nadie más. Dile a ese otro tío que se vaya a la mierda».

—Me temo que esa no es tu decisión, hermano mayor.

Él gime y cierra los ojos.

«No me llames así ahora».

—¿Por qué? —pregunto cuando mantiene los ojos cerrados.

«Porque quiero hacerte cosas, y que me llames así hace que quiera que me hagas cosas aún más sucias con la boca».

Aprieto los labios y dejo de respirar. ¿Le pone cachondo que lo llame hermano? ¿Eso está… permitido? ¿Está mal?

No creo que me importe.

—¿Necesitas acaso más lecciones siquiera? Parece que tienes un talento natural.

No responde, solo se frota el pecho con jabón y se lame los labios, observándome con el ceño fruncido.

—O… —me detengo, deslizando mi mano por su pecho, posándola sobre una de las suyas y sintiendo el latido de su corazón — podría enseñarte algo que realmente quiero que me hagas.

Asiente, y arrastro la mano hasta su hombro, manteniendo los ojos en los suyos mientras hago fuerza, empujando hacia abajo.

—Arrodíllate para tu hermanita, Malachi —le indico cuando ladea la cabeza.

Su polla se sacude entre nosotros, chocando contra mi ombligo, y enarco una ceja ante su silencio.

Postra primero una rodilla y luego la otra, con mi mano aún sobre su hombro fornido, tensando los músculos que lleva desarrollando desde que tenía dieciséis años. Le agarro la mandíbula, sujetándole la barbilla, me inclino y le doy un beso en la boca.

—Quiero que me saborees —murmuro contra sus labios—. Quiero tu boca sobre mí. ¿Quieres que te enseñe?

Sus labios se separan y sus pupilas se dilatan mientras asiente. Creo que ni siquiera respira.

Me enderezo y sus ojos, cada vez más oscuros, se clavan en mí y bajan hasta mi ombligo a la vez que las palmas de sus manos se deslizan por mis muslos y el agua recorre mi cuerpo como una fuente.

Está esperando instrucciones, la mirada despistada en sus ojos me da vértigo. Malachi Vize, inocente y de rodillas solo para mí, su hermana, como si me perteneciera.

Y me pertenece.

—Usa primero la lengua —le indico, separándome los labios con los dedos para mostrarle mi clítoris—. Justo aquí. Lámeme.

Los ojos azules de mi hermano me llegan al alma cuando acerca su cara a mi coño abierto, su cálido aliento me golpea y hace que me ponga rígida. Aplasta la lengua contra mi clítoris y yo aparto la mano de mis pliegues para estampar las manos en la pared a ambos lados de mí.

Manteniéndome erguida sobre mis piernas temblorosas, miro hacia abajo para observar cómo pasa su lengua por mis pliegues, chupándolos ligeramente. Lame despacio desde la entrada hasta el clítoris, y hace que me tense con cada movimiento de su lengua, especialmente cuando desliza la punta contra mi entrada.

Se aparta y ya echo de menos su boca.

«¿Lo estoy haciendo bien?».

—Sí. —Suspiro—. Dios, sí. Lo estás haciendo genial, Malachi.

Sigue así y chúpame otra vez el clítoris —susurro, poniéndole la mano en la nuca y guiándolo de nuevo hacia mi coño.

Sonríe, pero a duras penas, y vuelvo a sentir placer cuando entierra la cara entre mis piernas y se limita a lamerme el clítoris, a chupármelo y a rozarlo con los dientes. Sus dedos se clavan en la parte posterior de mis muslos, probablemente magullándolos, mientras cierra su boca sobre él y lo rodea con la lengua.

Abro más las piernas, con la boca abierta en gritos silenciosos y la espalda pegada contra la pared de la ducha, moviéndome sobre su lengua, desesperada por sentir su calor en lo más profundo de mi coño. Por que se levante y me folle.

Le paso los dedos por el pelo y tiro de él, apoyándome en su cabeza para follarle la cara. Gimo cuando su lengua casi me penetra, aunque él sigue concentrándose solo en mi clítoris. Pero yo quiero más.

—Saca la lengua —le ordeno, y él me mira a través de sus largas y espesas pestañas oscuras, haciendo lo que le digo.

Me muevo contra su lengua rígida y, en el momento que me penetra ligeramente con ella, tengo que taparme la boca para amortiguar el gemido. Malachi comprende lo que quiero y la introduce dentro de mí, chupando y devorando, metiéndola y sacándola, sin dejar de agarrarme el culo con las dos manos, abriéndome el coño desde el otro ángulo.

—Vas a hacer que me corra —gimo—. No pares. Lo estás haciendo muy bien, Malachi.

Me acerca más al borde del orgasmo y, mientras sus dedos separan mis nalgas, alterna entre chuparme el clítoris y follarme con la lengua.

Alargo la mano hacia atrás, hacia mi culo, donde están sus manos, y jadeo en cuanto mi cuerpo empieza a encenderse, me recorre un cosquilleo y se me ponen los ojos en blanco.

—Usa los dedos —le indico, y casi echo abajo la mansión a gritos cuando me mete un dedo en el ano en vez de en el coño, pero no lo detengo.

Me muevo sobre su cara y su dedo mientras entra y sale, yendo más profundo, y empujo contra el dorso de su mano, gimiendo en

voz alta, sin importarme si nuestros padres pueden oírnos.

—Lo estás haciendo muy bien, Malachi —lo alabo, cogiéndole la otra mano y rodeando con mis dedos dos de los suyos—. Métemelos en el coño mientras me chupas el clítoris. Fóllame los dos agujeros con ellos.

Sus dientes rozan mi clítoris mientras me mete dos dedos, justo en el momento que desliza el otro de nuevo hacia mi culo, y me tapo la boca con un grito cuando las sensaciones me golpean.

El orgasmo que me arranca mi hermano me hace poner los ojos en blanco y apenas soy capaz de mantenerme en pie mientras me tiemblan las rodillas por la intensidad. Me sujeta, empujándonos a los dos contra la pared, sin dejar de follarme por ambos agujeros con los dedos, y me chupa el clítoris con tanta fuerza que creo que también me va a dejar un moretón ahí.

Me retuerzo contra su boca con cada pulsación, con cada contracción de mis paredes internas alrededor de sus dedos. Él lame mis jugos mientras los va sacando lentamente. Me estremezco cuando introduce de nuevo su lengua en mi interior, chupándome y tragándose los restos de mi orgasmo, sin dejar de mirarme ni una sola vez.

Arrastra el labio inferior desde la entrada hasta mi clítoris, deteniéndose en mi ombligo.

«¿Te ha gustado?».

Me ruborizo al ver cómo me sonríe, cómo ha vuelto la luz a sus ojos, cómo baja las manos para sujetarme delicadamente los muslos y mantenerme en pie, todavía de rodillas mientras el agua lo empapa, con los labios hinchados. Asiento y sonrío, inclinándome para besarlo, y grito cuando me arrastra hasta el suelo de la ducha y me besa hasta que nos quedamos sin aliento.

Acabo de rodillas otra vez, sintiendo su *piercing* en la punta de la lengua mientras le hago una mamada, y él me penetra la boca agarrándome del pelo dolorosamente.

Se corre en mi garganta, no en mi boca, y me trago hasta la última gota antes de que salgamos de la ducha. Nos besamos contra el lavabo envueltos en las toallas. Sus manos me sujetan la cara, inclinándome la cabeza para profundizar el beso, hambriento,

mordiéndome los labios y la lengua hasta que ambos nos quedamos secos. Luego me lleva en brazos a la cama y me deja caer sobre el colchón, y yo suelto una risita.

Se inclina para besarme. La parte molesta de mi cerebro me hace levantar la mano para detenerlo, presionando mis dedos contra sus labios.

Él frunce el ceño.

«¿Qué te pasa?».

—Tengo miedo de que, si seguimos así, empiece a enamorarme de ti. Y nosotros… Tú y yo… es imposible.

Se sienta en el borde de mi cama.

«Esto solo eran lecciones para ti».

No es una pregunta, sino una afirmación. Una que podría haber sido cierta hace meses, cuando me pidió que le enseñara a besar, pero ¿ahora? Ni siquiera puedo pensar en otra persona sin que su cara, sus manos o su cuerpo se cuelen en mi mente.

—¿Significaban otra cosa para ti?

«No lo sé», me responde, y parece realmente perplejo. «No entiendo lo que siento. Es diferente. Como si no tuviera ningún control».

Me viene a la mente su diagnóstico y le cojo la mano.

—Quizá deberíamos parar antes de que se vuelva más confuso. ¿Te sentirías cómodo con otra persona ahora que hemos hecho… cosas, o aún quieres lecciones?

«¿No podría estar cómodo contigo?».

—Soy tu hermana.

«¿Y?».

Suelto una risita.

—¿Quieres provocarle un infarto a papá?

Me lanza una mirada que me dice que sí que quiere hacerlo. Entonces lo meto en la cama conmigo y volvemos a besarnos, completamente agotados, hasta que nos quedamos dormidos.

8

Antes de irme al entrenamiento de animadoras, mamá quiere que vaya con ella a mirar muebles para la nueva acogida: una niña de cinco años llamada Molly. Se la quitaron a su madre después de que los médicos encontraran drogas en el organismo de la pequeña. Los padres recibieron muchas advertencias, pero ni siquiera hicieron el esfuerzo de cambiar por el bien de su hija.

Mi padre se encargó del caso cuando acusaron al padre de la niña de violar a su mujer, y Jamieson Vize, siendo Jamieson Vize, sabía que tenía que salvarla, ya que tiene una historia casi idéntica a la mía.

Se une a la familia la semana que viene.

A Malachi no le importa: odia a los niños y probablemente se mantendrá alejado de ella. Los tres últimos meses han sido… divertidos. Cuando no estamos escabulléndonos para meternos en la cama y continuando nuestras «lecciones», nos escondemos por la casa mientras uno de los dos practica sus habilidades orales o nos besamos hasta quedar satisfechos.

Lo cual nunca ocurre.

Mamá me ha dado cierta libertad, si es que puedo llamarlo así. Quiere que me case con Adam ahora que Parker está fuera del mapa, pero me ha dicho que me tome un año antes de seguir adelante con el acuerdo. Así podré disfrutar de la «vida de soltera» hasta que inevitablemente me convierta en la mujer de Adam Peckham.

Como la gran hija que soy, acepté.

A Malachi no le hace ninguna gracia; eso está claro por la forma en que mira a mamá cada vez que está cerca. Incluso papá ha mantenido las distancias con ella desde que se enteró del soborno secreto que le dio a Parker.

El hombre no deja de disculparse conmigo. Me dice que él nunca hubiera vendido la virginidad de su hija y que está pensando en divorciarse de mamá por sus acciones, pero aún la quiere, así que no lo hará. No es que yo quiera que se separen.

—Voy a casa de Abbi esta noche —anuncio—. Va a dar una pequeña fiesta por sus diecinueve.

Mi hermano levanta lentamente la mirada hacia mí y niega con la cabeza.

«No».

Arrugo la nariz.

«No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer», le digo por señas cuando mamá está de espaldas. «Voy a ir y no vas a impedírmelo».

«Lo haré».

Resoplo y sacudo la cabeza.

«Que te follen».

«También me aseguraré de que lo hagas».

El rubor de mis mejillas me traiciona y le doy una patada por debajo de la mesa, haciéndolo toser entre carcajadas mientras se come sus cereales.

«Solo estoy siendo sincero, hermanita».

Estoy harta de que todo el mundo dirija mi vida, así que lo fulmino con la mirada y sonrío a mi madre.

—¿Puedes llevarme? No quiero que me dé por conducir borracha hasta casa bajo los efectos del alcohol más tarde.

Malachi se endereza. No le gusta que salga a beber. Técnicamente no vamos a salir a ningún lado, ya que no tenemos veintiún años ni carné de identidad falso, pero es muy fácil conseguir alcohol para las fiestas en casa.

—Por supuesto, cariño. ¿Has decidido dónde quieres ir por tu decimonoveno cumpleaños? Podríamos ir de acampada otra vez, ¿o quizá a Florida? Oh, espera, ¿no dijiste que querías visitar Europa?

—Quizá París —comento, moviendo la cabeza de un lado a otro —. Le pediré a Abbi que venga con nosotros.

Cuando termino de comer, subo al segundo piso para buscar en el vestidor de mi madre los zapatos que me cogió prestados.

Enciendo la luz y doy un respingo cuando veo a alguien detrás de mí en el reflejo del espejo.

—¡Maldita sea, idiota! No te acerques a mí tan sigilosamente.

Malachi apoya el hombro en el marco de la puerta.

«Deberíamos dar más clases. Llevamos meses atascados en la misma».

Sacando la cadera, me cruzo de brazos.

—Porque dijiste que querías que siguiéramos repasando un poco más el oral para practicar más. Si te soy sincera, no necesitas más lecciones. Estoy segura de que puedes averiguar el resto por tu cuenta. —Sonrío ante la rabia que se apodera de sus ojos—. A partir de ahora es más una cuestión de instinto. Tus habilidades sexuales para seducir son… buenas.

Entrecierra los ojos y da un paso hacia el vestidor, haciendo que me ponga nerviosa.

«Buenas», me dice levantando una ceja. «¿Solo buenas?».

Para provocarlo, sonrío.

—Sip. Ahora vete a la mierda. Estoy ocupada, y tú eres la última persona con la que quiero hablar después de decirme que no vaya a casa de Abbi esta noche. ¿A qué viene eso? ¿Crees que puedes ponerme de rodillas y luego decirme lo que tengo que hacer con mi vida?

En un abrir y cerrar de ojos, Malachi se come la distancia que nos separa, y mi postura flaquea y retrocedo, intentando mantenerlo lo más lejos posible hasta que mi espalda choca contra la pared. Mamá y papá están en casa; fácilmente podrían subir las escaleras y vernos. Puede que eso no nos haya detenido antes, ya que nos encanta la adrenalina que nos produce que nos puedan pillar, pero estoy intentando estar enfadada con él, y quiero seguir estándolo.

¿Pero eso lo detiene? No, claro que no. Se inclina, acercando su nariz justo por encima de mi oreja para aspirar el aroma de mi pelo, y su colonia me distrae. Siempre está oliendo mi pelo, siempre lo frota entre sus dedos. La punta de su nariz roza mi oreja y me tenso cuando me mordisquea el lóbulo. Mi coño palpita y sé que mi mal humor está a punto de esfumarse y que la siguiente lección puede empezar en cualquier momento.

Me muerde con delicadeza e inclino la cabeza hacia un lado para darle más acceso, estirando el cuello para que pueda besarme y chuparme la piel de esa forma que me hace temblar y envía oleadas de placer entre mis piernas.

Lame el punto donde mi pulso late erráticamente mientras una de sus manos me coge por la cadera, inmovilizándome, y la otra se desliza bajo mi uniforme de animadora y roza con suavidad la tela de mi ropa interior. Puedo ver en sus ojos lo que está pensando: «Estás empapada, hermanita».

Separo los labios y suelto un gemido en el momento que me presiona el clítoris, pero se me pasa en cuanto lo hace. Retira la mano, me acaricia entre los senos con la palma y me la pone sobre el corazón; probablemente sienta que está a punto de salírseme del pecho. Late con fuerza por él, igual que mi pulso. La mantiene ahí y captura mi boca con un beso abrasador.

Se separa y me quedo sin aliento. Presiona su frente contra la mía, sujetándome la cadera con una mano y con la otra puesta sobre mi corazón desbocado. Corazón, me temo, que puede pertenecer ya a mi hermano.

Cuando me doy cuenta, se me humedecen los ojos al mirarlo. Frunce el ceño y ladea la cabeza, interrogante, mientras una lágrima resbala por mi mejilla.

—No puedo casarme contigo —susurro—. Mamá me obligará a casarme con un imbécil y no podré tenerte nunca.

¿Está mal decirle eso? Lo más probable es que él no sienta lo mismo. No es capaz de sentir esas emociones, pero tengo que ser sincera conmigo misma, aunque sea por una vez, y pensar que esto podría ser, o es, algo más que yo enseñándole a tener relaciones sexuales con alguien.

Él mismo admitió que se sentía diferente, que sentía algo que no podía controlar. Así que hay una posibilidad de que se preocupe por mí más allá de ser su hermana-profesora.

Estúpidos sentimientos. ¿Por qué no puedo sentirme así por Adam? ¿Por qué tiene que ser por Malachi? ¿Por qué mi hermano?

Sin mediar palabra, desliza la mano hacia arriba, subiendo por mi pecho, y me rodea la garganta con los dedos antes de pegar su

boca a la mía.

El beso es brutal, duro y firme, y su otra mano vuelve a colarse bajo mi falda para rozar con los dedos la mancha húmeda de mis bragas.

—Le preguntaré a Olivia si quiere venir —oigo decir a papá, pero estoy demasiado absorta en el momento como para preocuparme de lo que están hablando mientras Malachi desliza la tela a un lado y me mete dos dedos, haciéndome resoplar violentamente en su boca—. ¿Dónde está?

—Creo que está en el vestidor cogiendo un par de zapatos.

Justo cuando siento que voy a llegar al orgasmo, las pesadas pisadas de mi padre llegan a mis oídos. Jadeo, empujo a mi hermano lejos de mí, salgo a toda prisa del armario, colocándome las bragas en su sitio, y cierro la puerta, dejando a Malachi dentro.

—¡Hey! —exclamo con demasiado entusiasmo, teniendo en cuenta que su hijo acaba de inmovilizarme contra la pared y me estaba besando con sus dedos enterrados en mi coño. Me siguen temblando los muslos, empapados con mi necesidad de llegar al éxtasis. Creo que tengo los ojos bizcos y definitivamente rojos.

Llevamos meses con estas lecciones, pero Malachi tenía un talento natural para besar y usar los dedos desde el principio.

Típico de Malachi Vize ser un alumno aventajado, incluso cuando se trata de follar con su hermana pequeña y hacerle gemir su nombre y alabarlo mientras le hace un *cunnilingus*.

—La semana que viene hay jornada de puertas abiertas en la empresa —informa papá, arreglándose la corbata—. Iba a preguntarte si quieres venirte con tu hermano.

Oh, esas palabras.

Sí, me encantaría *venirme* con mi hermano. Quizá me lleve a algún sitio en su moto y me coma el coño o, mejor aún, me incline sobre ella.

No, estoy enferma. Enferma, enferma, enferma. Maldita sea.

—Claro —respondo—. Me aseguraré de no tener entrenamiento.

—Genial, ángel. Siempre has sido una buena chica. Date prisa antes de que tu madre se aburra y queme la casa mientras intenta hacer otra tarta.

Por mucho que le guste cocinar, se le da fatal la repostería.

Bajo corriendo las escaleras, maldiciéndome a mí misma porque me he dejado arriba los zapatos que iba a ponerme. Me conformo con los que llevo puestos y cojo el bolso. Justo cuando estoy a punto de salir, Malachi entra en el vestíbulo principal, con los ojos clavados en mí y lamiéndose el labio inferior.

—¿Has limpiado el terrario de tu tarántula? —le pregunto para disimular.

Él asiente y me entra un escalofrío. Sigo odiando a las arañas; salgo corriendo de su habitación cada vez que decide jugar con el monstruo peludo.

¿Quién juega con una maldita araña y lo encuentra divertido? Está loco.

Mamá se va primero, y antes de que pueda ir detrás de ella, Malachi me agarra de la muñeca. Su pecho sigue subiendo y bajando bruscamente y sus ojos hambrientos recorren mi uniforme de animadora.

«Ven a mi habitación cuando vuelvas».

Mi sonrisa es deslumbrante y me muerdo el labio como si mi *crush* del instituto estuviera flirteando conmigo. Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ve y me pongo de puntillas para darle un casto beso.

—Pasaremos a la siguiente lección —susurro—. Y quiero oír tu voz mientras salto sobre tu polla, hermano mayor.

Sus fosas nasales se dilatan y estoy convencida de que ya se le está poniendo dura. Doy un paso atrás y salgo de la mansión, riéndome. En ese momento oigo vibrar mi móvil con un mensaje que sé que es de él.

> **Malachi**
> Ya que me estás enseñando todo lo demás, ¿me enseñas a decir tu nombre? Puede que meta la pata varias veces con la pronunciación, pero quiero saber cómo se dice.

Esperaba algo sucio de él, pero frunzo el ceño al releer el mensaje, con el corazón acelerado. La ternura que me transmite

hace que reprima una sonrisa y me ruborice. No ha dicho ni una palabra desde que vino a vivir con nosotros, pero quiere decir mi nombre. ¿Qué significa eso?

Le respondo con un «Claro» y apago la pantalla mientras mamá enciende la radio de su SUV y se dirige al centro comercial.

Después de que mamá me arrastre por demasiadas tiendas y me haga cargar con todas sus bolsas, me deja en casa de Abigail. Animamos juntas desde que teníamos trece años. Ella es la graciosa de las dos. La que ve lo positivo en cada mala situación. También es bastante bajita en comparación conmigo, y tiene el pelo morado y con un corte bob a juego con su personalidad. Siempre se queja de que su pelo nunca llega a la longitud de mis rizos castaños, pero se lo decolora cada dos semanas, así que ¿qué espera?

Somos polos opuestos, pero quizá por eso somos mejores amigas.

Sale de casa, resopla y le hace una peineta a su padre cuando la puerta principal se cierra de golpe.

—Imbécil —murmura—. ¿Te quedas a dormir esta noche?

—Claro —respondo, aunque me gustaría decir que no. Que he cambiado de opinión. Quiero que Malachi se cuele por mi ventana, que me despierte, o tal vez no, mientras entierra su cara entre mis piernas.

Pensar en despertarme en medio de esa escena ha creado la imagen perfecta en mi cabeza, algo que voy a mencionarle a Malachi. Puede que participe, puede que no; sin embargo, quiero que sea él quien viva la fantasía conmigo.

No estoy segura de si significa algo, pero siempre me ha gustado el sexo duro. A pesar de que Abbi cree que soy una zorra sadomasoquista, no lo soy. No me gustan las mordazas ni los látigos, ¿pero la idea de ser perseguida? ¿Humillada? ¿Tomada contra mi voluntad?

Me gusta la idea de que me follen salvajemente. Huir de ellos —de él—. Sentirme atemorizada mientras llego al orgasmo. Quiero que Malachi me estrangule hasta que se me nuble la vista mientras me

folla con los dedos, mientras me mete a la fuerza su polla en cualquiera de mis agujeros y me hace sangrar, llorar y gritar llamando a Dios.

¿Estoy mal de la cabeza?

Tal vez sea la familia de la que procedo, que me expuso a una vida horrible a una edad muy temprana antes de que me rescataran. Pero seguro que algo así no puede ser la causa de que tenga esas fantasías, ¿verdad?

¿Debería preguntarle a mi hermano si siente lo mismo, ya que venimos de entornos similares?

No. Creo que Malachi se avergonzaría si alguna vez le contara las cosas que se me pasan por la cabeza; ya me sentí bastante mal cuando me puso la mano en la garganta, a pesar de que la forma en que me robó el aire me hizo humedecerme aún más. Aunque, a decir verdad, su objetivo es complacer, y hacer que me destruya sexualmente me complacería con creces.

La hora de entrenamiento se alarga. Quiero irme a casa y tumbarme en la cama, ver una película y comer comida basura, no emborracharme con un montón de universitarios. Ensayamos varias posturas piramidales, en las que yo soy la voladora y me lanzo hacia delante para caer de espaldas. Anna casi me hace perder el equilibrio y se disculpa una y otra vez, pero yo le acaricio el hombro.

—No pasa nada. Solo concéntrate más.

Se ruboriza.

Anna es la rubia con la que Malachi tuvo una cita hace meses. Bueno, yo no diría una cita, ya que se asustó y se fue, pero aun así… él aceptó la cita. ¿Significa eso que se siente atraído por ella? ¿Todavía hablan?

Anna es preciosa y también es una persona encantadora, algo más que añadir a mi lista de cosas por las que estar celosa. Lo mejor de los dos mundos: alguien con un gran corazón que parece haber nacido para ser supermodelo.

Es delgada y tiene la piel bronceada. Es inteligente. También fue la reina del baile, así que no tiene sentido que quiera salir con Malachi, teniendo en cuenta que lo siguen viendo como un bicho raro. El chico extraño que nunca tuvo amigos hasta que dejó el

instituto, el fumador que va por ahí en moto y necesita que su hermana le enseñe a besar.

Terminamos y entramos en los vestuarios para ducharnos y cambiarnos. Me dirijo a mi taquilla, al fondo de la sala, lejos de todo el mundo. Luego cojo mis cosas, las dejo en el banco y me cepillo el pelo mientras todas hablan frente a sus taquillas.

—¿Vienes a la fiesta de Abbi esta noche? —Oigo preguntar a una de las chicas—. He oído que ha invitado a un montón de chicos.

—Tengo los ojos puestos en alguien —responde otra—. ¿Crees que Malachi Vize estará allí?

—¿El mudo buenorro? ¿El que parece que quiere asesinar a todo el mundo, pero a la vez derrocha carisma?

Hago una pausa, rebuscando en mi bolsa del gimnasio, poniendo la oreja a escondidas, como si estuviera escuchando cotilleos.

Aunque mi ritmo cardíaco se acelera, me centro en sus palabras amortiguadas.

—Sí, él. Era con el que Anna estaba en la habitación hace unos meses. Creo que se la chupó o algo así.

—¿En serio? Yo creía que habían follado.

Frunzo el ceño, dejo caer la camiseta y me pongo el pelo detrás de la oreja como si eso fuera a ayudarme a oír.

—¿Anna dijo eso? A lo mejor lo hicieron. Eh, ¿crees que gime? ¿O solo sería como… una respiración? Deberíamos preguntarle si los rumores de que tiene la polla perforada son ciertos.

Aprieto los dientes y meto el resto de mis cosas en la bolsa. Me escuecen los ojos.

La puerta se abre antes de que pueda hacerme notar y entran más chicas.

—¡Oh, Anna! Tengo una pregunta sobre el chico mudo. ¿Te lo follaste hace unos meses en la fiesta? Y si es así, ¿gimió?

—¡Shhhh! Olivia es su hermana —sisea Anna—. No quiero que las cosas se pongan raras en el equipo si se entera de que me estoy tirando a su hermano.

—¿Así que te lo sigues tirando? ¡Danos detalles! ¿La tiene grande? ¿Es dominante? ¿Te graba una marca satánica en el cuerpo

con sangre de oveja mientras te folla?

—Joder, Danara, cálmate.

—Estoy preguntando lo que todas queréis saber.

Ya he tenido suficiente. Termino de meter las cosas en la bolsa, me recojo el pelo, salgo furiosa de las taquillas y paso por delante de las chicas, sobre todo de Danara. Las ignoro mientras salgo de los vestuarios, con lágrimas ardientes empezando a resbalar por mis mejillas.

Me duele la traición.

Oigo que alguien me llama por mi nombre, pero que se jodan. Que se jodan todas por hablar de mi hermano como si fuera un bicho raro. Y que le jodan a mi hermano por mentirme.

Se coló en mi habitación y me pidió que le enseñara porque se asustó en su cita con Anna, pero todo el tiempo, ¿se la había follado? ¿Todavía se la follaba?

¿Por eso se le daba tan bien todo lo que me hacía?

Me dirijo a la estación de autobuses, negándome a ir en el coche con Abbi, y por el camino saco el teléfono. Me tiemblan los dedos al teclear su nombre para que aparezcan sus datos de contacto. Nunca llamo, no tiene sentido hacerlo porque no habla. Probablemente no conteste. Sin embargo, no tiene que decir ni una palabra, el muy imbécil solo tiene que escuchar.

Suenan tres timbres y luego silencio, la llamada se conecta sin el saludo habitual de una conversación telefónica. Pese a que mi intención no es llorar, las lágrimas me empapan las mejillas al tiempo que pequeñas bocanadas de aire escapan de mis pulmones, lo bastante sonoras como para que sepa que estoy enfadada.

—¿Cómo te atreves, Malachi? ¿Cómo coño te atreves? Me has mentido. Me… Me-me has mentido. Me mentiste y me engañaste para que te enseñara todo, puto bicho raro. Pensé que te estaba ayudando, y me estaba enamorando de ti en el proceso, ¡pero todo el tiempo sabías muy bien qué hacer! ¿Qué clase de enfermo hace eso? ¡Soy tu hermana! Y yo… yo estaba… —Me tapo la boca con la mano y me agacho en el aparcamiento, sollozando en mi palma—. Espero que tirarte a Anna haya valido la pena lo suficiente como para arruinar la relación tan jodida que teníamos. No volverás a

acercarte a mí, Malachi. —Sacudo la cabeza y me tiembla la mandíbula—. Nunca. Te odio. Te o-o-dio muchísimo.

Lo oigo respirar con dificultad al otro lado de la línea y me llega un mensaje.

Malachi
¿Dónde estás?

—Que te jodan —escupo antes de colgar.

9

—¿Seguro que estás bien, ángel?

Suspiro, subiendo la gran escalera.

—Sí. Solo he tenido un mal día. No quería preocuparte.

He llamado a papá en cuanto he colgado a Malachi, llorando, con el corazón destrozado, pero cuando ha contestado, me he quedado helada, sin saber qué decir. No quiero que mi padre se sienta decepcionado conmigo y, por mucho que odie a Malachi, tampoco quiero que se meta en problemas por haber manipulado a su hermana pequeña para que tuviera relaciones sexuales con él.

Me sorbo los mocos y él resopla.

—Me estás mintiendo, pero hablaremos cuando esté en casa.

—Vale —susurro—. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, ángel. Ve a descansar. Compraré algo de comer y os lo llevaré a casa para ti y para tu hermano.

Aprieto la mandíbula y esbozo una sonrisa falsa.

—Gracias.

Cuelga y cierro los ojos. Me quedo de pie junto a la puerta, con la frente apoyada en la madera. Me duele el corazón, ¿es eso posible? Me siento como si me hubiera engañado un novio de mucho tiempo, o como si alguien me hubiera atravesado el pecho y me hubiera arrancado el corazón.

Cuando entro en mi habitación, las cortinas están echadas. Malachi está sentado en mi cama, de espaldas a mí, con la capucha puesta. Ha encendido su mechero, de modo que el resplandor de la llama ilumina un poco la oscuridad de mi habitación.

Me quedo paralizada en el umbral de la puerta.

—Vete —le digo, poniéndome a un lado de la puerta—. No quiero ni mirarte.

Se vuelve hacia mí, pero aparto la vista, negándome a mirarlo a

los ojos.

—Vete, Malachi. —Suelto un resoplido y me recuesto contra el marco de la puerta, agotada de llorar—. Lo que sea que estábamos haciendo se ha acabado. Quiero que te vayas de mi habitación y que no vuelvas a acercarte a mí.

Me hace señas, aunque no lo miro.

Por el rabillo del ojo me percato de que sus botas de motorista se aproximan rápidamente a mí, y un apretón en la barbilla me obliga a levantar la vista; sin embargo, mantengo los ojos puestos en otro sitio. No quiero verle la cara ni saber con qué excusa de mierda va a salir. Quiero que se vaya de mi vida, o al menos de mi puto dormitorio.

—¿Puedes irte, por favor? —pregunto con la voz quebrada, partiéndose en dos como mi corazón—. Me has hecho daño y no puedo mirarte.

Me coge la cara entre las manos y presiona su frente contra la mía respirando agitadamente. Me aparto cuando intenta besarme, mi mano se mueve antes de que pueda pensar y le doy una bofetada en toda la cara.

—¡Que te vayas, joder!

Vuelve a intentar comunicarse con las manos, pero lo detengo, agarrándolo de los dedos para detener lo que sea que vaya a decir. A pesar de que es la peor y más denigrante forma de tratarlo, de silenciar su única forma de hablar, no me importa. Me ha hecho daño y no quiero oír su versión.

Le doy un empujón y me dirijo a mi tocador, cojo el frasco de perfume más grande que hay y se lo lanzo, golpeándole en el hombro.

—¡Que te largues!

Él sacude la cabeza y camina hacia mí, haciéndome señas.

«Deja que te lo explique, joder».

—Que te jodan. —Estoy furiosa y vuelvo a darle una bofetada cuando se acerca lo suficiente, con la mejilla roja—. Te odio. ¿Lo entiendes, maldito bicho raro? Te odio por engañarme. Por manipularme para que haga cosas por ti.

Malachi intenta hacer señas de nuevo, pero yo le agarro los

dedos y se los retuerzo, haciéndole apretar los dientes por la incomodidad, aunque no me detiene. Es como si disfrutara del dolor, de la forma en que lo golpeo, de la voz que utilizo para gritarle.

Y esa vocecita oscura en mi cabeza también lo disfruta.

Le golpeo el pecho una y otra vez, hasta que me agarra de las muñecas y me empuja contra la pared. Su boca se abre, como si intentara decir algo, y pese a que mueve los labios, no sale ningún sonido de ellos, tan solo un susurro.

—Ol… Ol… N-N…

Sacudo la cabeza y me agacho bajo su brazo, agarrando el pomo de la puerta.

—Vete —le digo con severidad—. Solo… solo vete, Malachi. Aquí no hay nada que arreglar.

«Íbamos a ser la primera vez el uno del otro», signa, buscando frenéticamente mi cara con sus ojos. «Íbamos a…».

Me aparto de él, riéndome, salgo de mi habitación y camino a toda velocidad por el pasillo, sacudiendo la cabeza.

—No soy una puta virgen, Malachi. ¡Llevo sin serlo desde los dieciséis años! —Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo y veo sus manos derrotadas a ambos lados de su cuerpo—. ¡Y aparentemente tú tampoco!

«No soy un mentiroso. Tienes que creerme».

—Nunca volveré a creerte —replico, y me alejo de él.

De repente, me agarra del pelo, me gira y estampa su boca contra la mía. Aunque le doy un manotazo en el pecho para apartarlo, me aprisiona contra la pared. Su lengua me roza los labios y su brazo me rodea la parte baja de la espalda mientras trata de besarme.

Le araño la mejilla y él gruñe en mi boca.

Intento darle un rodillazo y me sujeta la pierna y la sube hasta su cadera. No estoy segura de cuándo empiezo a pasarle los dedos por el pelo, o cuándo empiezo a devolverle el beso, pero es abrumador, y no puedo detener el gemido que suelto.

Malachi me atrapa bajo su retorcido hechizo devorándome la boca, probablemente sabiendo que es la última vez que lo dejo besarme. Se siente diferente. No soy la única persona a la que ha

besado. Me ha mentido. Me mintió, me engañó y debería odiarlo.

No debería apretarme contra él, sintiendo cómo me recorre el placer, ni disfrutar del modo en que su lengua sale disparada para encontrase con ganas con la mía.

Me la muerde y la chupa, agarrándome por la parte baja de la espalda con más fuerza y tocándome el culo con la mano.

Suelto pequeñas bocanadas de aire y le hundo los dientes en el labio, con fuerza, asegurándome de hacerle daño.

—Te odio. —Jadeo, echándome hacia atrás para mirarlo a los ojos. él me observa mientras una lágrima resbala por mi mejilla y la atrapa con la lengua antes de hundir la cabeza en mi cuello, succionando la zona donde se encuentra mi pulso y haciéndome gemir.

Meto la mano entre los dos, bajo la cinturilla de su ropa interior, y rodeo su pene con los dedos, sintiendo los *piercings* que recorren la parte inferior. Lo acaricio mientras él me marca el cuello, y su agarre en mi culo se vuelve cada vez más doloroso a medida que presiona su miembro contra mi mano.

El líquido preseminal gotea por ella, y lo empujo por el pecho lo suficiente como para arrodillarme y bajarle el pantalón de motorista. Su polla se libera, dura, larga y gruesa, justo delante de mí.

Miro a Malachi y la agarro por la base.

—Espero que cuando veas a otras arrodilladas ante ti, me veas a mí, tu inocente hermanita, con tu polla en la boca. Espero que cuando salga de tu vida, eches de menos esta visión, porque en cuanto te corras en mi garganta y me trague todo tu semen, hermano mayor, harás las maletas y te irás.

Traga saliva y apoya la palma contra la pared sobre mi cabeza.

—¿Lo has entendido? —Aprieto su pene, clavando mis uñas en él, haciéndole estremecerse y ponerse más duro.

Asiente, me sujeta el pelo con las dos manos y me mete su miembro en la boca, haciendo que me atragante mientras el *piercing* se desliza contra mi lengua y el aro de la punta me golpea la garganta.

Saboreo su líquido preseminal, pasándole la lengua por la punta mientras él apoya la frente en la pared, resoplando, sudando, y el

agarre en mi pelo se hace casi insoportable.

Jadea tras unos minutos de follarme la garganta y, cuando su polla se hincha más, la saca, dejando un hilo de baba que va desde mis labios hasta ella. Me mira con furia en los ojos y me escupe en la cara.

—¿Qué coñ…?

Lo siguiente que sé es que Malachi me empuja hasta que caigo de espaldas, se tumba encima de mí y me mete la lengua en la boca, restregando su dureza contra mis vaqueros.

Gime inaudiblemente y baja la mano para desabrochármelos. Me los quita de un tirón y los arroja detrás de él, haciéndolos caer por la gran escalera en la que nos encontramos.

«Dime que estás enamorada de mí, hermanita», me pide, inclinándose sobre mi cuerpo semidesnudo.

—No —respondo entre dientes.

Golpea el suelo junto a mi cabeza y mi cuerpo se paraliza.

«Dime que me quieres. Joder, di que sientes lo mismo que yo por ti».

Levanto la barbilla.

—No te quiero, Malachi. Nunca podría querer a alguien como tú.

Su mandíbula se tensa.

«¿Porque no puedo hablar? ¿Porque no puedo decirte lo jodidamente impresionante que eres cada segundo de cada día? ¿Porque no puedo respirar sin estar cerca de ti? Alguien como yo… Soy diferente, no puedo ser normal para ti. No puedo defenderte sin usar mis puños o mi bate, y no puedo tocarte al mismo tiempo que te digo que lo eres todo para mí. No puedo susurrarte palabras cariñosas en la boca y, joder, no puedo casarme contigo porque no solo soy tu hermano, sino que soy defectuoso». Se incorpora hasta ponerse de rodillas, moviendo las manos rápidamente mientras hace señas. En sus ojos rojos hay una mezcla de sufrimiento y rabia que no tengo ni idea de cómo contener para él. «Da igual si me crees o no, pero eres la única persona que tengo en la vida, la más importante, y siempre lo has sido. Y cuando tomes tu último aliento, o sea yo quien lo haga, eso no cambiará. Tú. Eres. Mía. Mi maldita propiedad. ¿Entiendes?».

Pasa un segundo. Otro más. Y otro. Trago saliva, soltando un suave sollozo.

—Ni siquiera puedes sentir amor, así que todo lo que dices es otra mentira. —Me cubro la cara mientras mi cuerpo se estremece por el llanto, con el corazón roto por el hermano que nunca podré tener.

No lo miro, así que no puedo ver lo que me dice, y a pesar de que me da golpecitos en los brazos para que lo haga, me niego y lloro un poco más.

Hasta que ese llanto se convierte en un gemido: Malachi tiene su boca en mi coño y desliza su lengua por mi entrada. Sigo sin apartar las manos de mi cara, aunque busco su boca con el coño cuando se retira, estremeciéndome al sentir que me escupe en el clítoris y chupa la tierna carne de mis pliegues. En el momento que me separa los labios con los dedos y mete la cara entre mis piernas, se me corta el oxígeno.

Mi espalda se arquea y grito, derramando mis jugos sobre su lengua mientras me folla con ella y su mano separa mis piernas para que me abra más para él.

—Oh, Dios —gimo, temblando a medida que el orgasmo va creciendo—. Vas a hacer que me corra, Malachi. Joder. ¡Joder, joder, joder! —grito de placer, intentando levantar las caderas, pero él me retiene en el sitio. Me atrapa el clítoris entre los dientes, me escupe y me chupa, y mis ojos se abren de golpe cuando me hunde un dedo en el culo al mismo tiempo que me mete dos dedos en el coño.

Todo mi cuerpo se tensa en cuanto saca los dedos, me agarra de los muslos y me penetra con la lengua, absorbiendo todos mis jugos mientras mis paredes internas se contraen.

—¿Ángel?

La voz de mi padre llega desde el final de las escaleras, y de alguna manera me las arreglo para apoyarme sobre los codos mientras Malachi me magulla los muslos con su agarre y el sudor me cubre la piel. Mi padre está allí de pie con mis vaqueros tirados en la mano y la cara descompuesta.

—¿Papá? —susurro, con los ojos en blanco, y caigo hacia atrás, sintiendo un cosquilleo en la columna vertebral y los pechos

sensibles.

Mi hermano sigue haciéndome sexo oral, a pesar de que mi padre está presente. Él sube corriendo las escaleras y se detiene al ver quién está destrozando el coño de su niña.

—¡Malachi!

Papá lo sujeta por el hombro e intenta apartarlo de mí, pero el agarre de mi hermano no vacila; tampoco las caricias de su lengua. Ambos somos arrastrados por el suelo mientras papá trata de quitármelo de encima.

Mi hermano no se detiene, y mis ojos se cierran cuando mi padre vuelve a intentarlo. Su boca se aparta de mi coño y yo gimo por la pérdida. Lo siguiente que sé es que a Malachi lo apartan a rastras de mí y papá le da un puñetazo.

A Malachi le sangra la nariz cuando se levanta y mueve la boca como si tuviera algo antes de agarrar la mandíbula de papá y escupirle.

«Tu hija sabe de puta madre. Lástima que sea toda mía».

Papá se da cuenta, hace una mueca y se limpia la cara.

—¡Grandísimo hijo de puta!

Se lanza sobre Malachi, que sonríe mientras golpea con el puño la cara de nuestro padre una y otra vez.

Doblo las rodillas para esconderme, retrocediendo contra la pared. él empuña las solapas de la chaqueta del traje de mi padre y lo golpea con la cabeza en la cara con tanta fuerza que hace que caiga hacia atrás.

—¡Es tu maldita hermana! —grita papá mientras intenta levantarse, con el rostro ensangrentado.

Malachi se ríe en silencio, pasándose el dorso de la mano por la boca, extendiendo la sangre que le gotea de la nariz, y luego le da una patada en la cara.

—Para —ladro—. No te atrevas a pegarle otra vez.

Me mira y me encojo en el sitio.

Pero entonces aprieta las manos y su mandíbula se tensa como si le hubieran inyectado rabia líquida en las venas. Agarra a papá por el pelo y le da un rodillazo en el rostro, empujándolo hacia atrás, y luego se le echa encima, sin dejar de propinarle puñetazo tras

puñetazo y golpe tras golpe.

—¡Para! —chillo, tratando de apartar a Malachi de él, pero me aleja y arrastra a nuestro padre hasta las escaleras antes de levantarlo y darle de una patada que lo hace caer por ellas.

Se golpea la cabeza por el camino y, cuando intento correr hacia él, Malachi me sujeta de la nuca y me obliga a bajar tras él. Le doy manotazos en los brazos, lo araño y le grito que me suelte. En el momento que llegamos al final de la escalera, mi padre yace inerte en el suelo, y la sangre mana de su cabeza.

—¡No! —Corro hacia él y Malachi me deja. Acuno las mejillas de papá entre mis manos. La sangre empapa su cara—. ¿Papá? Papá, ¿puedes oírme?

Una presencia a mi espalda me paraliza y miro por encima del hombro. Malachi está de rodillas detrás de mí, acariciándose la polla desde la base, pasando la mano por encima de todos los *piercings* y moviéndola en círculos al llegar al glande, con el labio inferior entre los dientes.

Jadeo cuando me sube la camiseta por el culo. Intento incorporarme, pero me agarra de la nuca y me mantiene a cuatro patas, empujando mi cabeza contra el pecho de mi padre. Su corazón late muy deprisa, como un tambor. De repente, Malachi acerca la cabeza de su polla a mi entrada.

No va a…

A pesar de la angustia que siento por dentro y del miedo a que mi padre se esté muriendo, mi coño lo desea. Es repugnante y enfermizo, y está mal, pero lo necesito dentro de mí.

Frota los *piercings* contra mi clítoris, extendiendo mi excitación, y sus dedos se clavan en mi nuca mientras introduce el glande centímetro a centímetro. Se me entrecorta la respiración por el grosor, por la forma en que mi cuerpo no puede acomodarse a su tamaño; casi me parte en dos mientras me penetra por completo.

Respira agitadamente a medida que sale y vuelve a penetrarme con demasiada fuerza, y apuesto a que, si usara su voz, serían gemidos profundos y placenteros. Me cuesta respirar de la intensidad. Un líquido caliente se acumula alrededor de mis rodillas y sé que es la sangre de mi padre.

Mi cuerpo se lanza hacia delante cada vez que Malachi empuja en mi interior, y me siento muy sucia por disfrutarlo. Estoy disfrutando que mi hermano me folle encima del cuerpo inerte de mi padre. Su corazón late, pero la sangre sigue formando un charco a mi alrededor. Grito cuando Malachi me da una palmada en el culo y se mueve con más ímpetu, más rápido, sacudiéndonos a mí y a mi padre en el suelo mientras envuelve mi pelo alrededor de su puño y lo utiliza para echarme la cabeza hacia atrás.

Sus caderas chocan contra las mías y jadea, sujetándome por ellas a medida que sus embestidas se vuelven aún más potentes. El metal que recubre su polla roza mi punto G. Pongo los ojos en blanco al sentir un hormigueo recorriéndome el cuerpo que me hace suspirar de placer.

—Más fuerte —gimo, avergonzada de que me encante sentir su polla llenándome—. Más fuerte, Malachi.

Y lo hace. Cada golpe de sus caderas junto al dolor en mi cuero cabelludo por sus tirones de pelo provocan que mis pulmones amenacen con incendiarse, que mi columna vertebral se retuerza tan placenteramente que veo las estrellas.

Mi hermano se inclina hacia delante, pegando su torso a mi espalda, y me gira la cabeza para poder besarme. Es brutal, agresivo, y sigue follándome, tragándose mis gemidos y los jadeos con los que trato de alentarlo para que vaya más rápido, más profundo, para que me haga correrme sobre su polla.

Respira con fuerza en mi boca ralentizando sus movimientos, yendo más profundo y arrastrando el metal contra ese punto que hace que se me tense todo el cuerpo.

—¿Vas a hacer que me corra en la polla de mi hermano mayor? —susurro.

Él asiente, con los labios entreabiertos, gimiendo inaudiblemente. Me suelta el pelo y desliza la mano por mis costillas y entre mis pechos para poder apretarme la garganta.

Me arrebata las palabras y el aire, y mis ojos sienten la presión en tanto que Malachi me penetra. Un calor placentero se dispara desde los dedos encogidos de mis pies hasta mi coño y mis paredes internas se aferran a su pene mientras grito silenciosamente y me

corro sobre él.

Me contraigo repetidamente en torno a su grosor, con la espalda arqueada, y él se queda quieto, encontrando su propia liberación y llenándome con cada gota de su semen prohibido.

Solo se queda en su sitio un segundo antes de sacar su miembro y apartarse de mí. Se levanta y yo me incorporo, viendo toda la sangre que no me había dado cuenta de que me había empapado la cara, las manos y el pecho.

Me tiemblan las manos, aunque ni de lejos tanto como las piernas cuando me pongo de cuclillas y observo a Malachi mientras se guarda la polla en los calzoncillos, se limpia la cara, y su pecho sube y baja. Miro fijamente el cuerpo de mi padre, sangrando y convulsionando, y luego de nuevo a Malachi con los ojos muy abiertos. No parece importarle que me agache para comprobar su pulso: es débil pero sigue ahí.

—Papá, quédate conmigo. Voy a llevarte al hospital —digo con voz trémula mientras me pongo las bragas y los vaqueros. El semen de Malachi ya está goteando de mi interior.

Paso por delante de mi hermano y corro hacia la cocina, golpeando con el puño el botón de emergencia de la pared para enviar señales al coche de policía y la ambulancia más cercanos.

Miro a Malachi, que me sigue hasta el cuerpo de mi padre.

—Te daré ventaja —gruño, temblorosa. Las sirenas ya suenan cerca—. Corre, Malachi.

PARTE II

MALACHI

10

Ocho años más tarde

Mi preciosa Olivia.

Mi preciosa, inteligente y retorcida Olivia. Puede que tengas engañados a todos los demás con tu amabilidad, con tus sonrisas cálidas y tu voz dulce que utilizas para conseguir lo que quieres en la vida…, pero yo te conozco. Te conozco de verdad. No esa falsa fachada que muestras a los que están cerca de ti.

Conozco tu actitud, tu estilo de vestir, la forma en que dejas escapar esos delicados gemidos cuando te masturbas pensando en lo que podríamos haber tenido si no hubieras testificado en mi contra.

Conozco las profundidades de tu inmoralidad y la forma en que funciona tu mente. Te conozco más de lo que te conoces a ti misma, maldita descarada.

El toque de mi hermana adoptiva es como un tatuaje en mi piel incluso ahora, todos estos años después. La forma en que gemía mi nombre contra mis labios, lo fuerte que su coño se contraía alrededor de mi polla cuando me la follaba sobre el cuerpo de nuestro padre moribundo, cubierta de su sangre.

Solo estoy esperando mi momento. Aguardando en las sombras y observando cómo recibe todos los regalos que le dejo. La ponen nerviosa. Odia los bombones, las flores y las joyas, así que la colmo de ellos. A pesar de que está preocupada, creo que le gusta tener miedo. No, sé que le gusta la emoción de sentirlo. Su diario detalla sus más oscuros deseos: cuánto anhela que la acechen, la persigan, la secuestren y la follen.

Así que, como el buen hermano mayor que soy, me propongo

hacer realidad todas sus jodidas fantasías mientras suplica y me pide perdón.

Me ha estado esperando desde que salí de la cárcel hace seis meses. Está pendiente por si aparezco y busca mi nombre en internet cinco veces al día, intentando averiguar dónde estoy, mandando mensajes a sus amigas diciendo que si fuera a ir a por ella, ya lo habría hecho.

Todavía tengo las notas de voz que me envió. De cuando estaba borracha. Triste. Enfadada. Las he escuchado todas y las he guardado en mi ordenador para poder oírla llorar diciendo que me odia pero que me echa de menos, que siente todo lo que ocurrió cuando éramos adolescentes.

Que perdón. Perdón, perdón, perdón. Que perdón, joder.

Esa puta palabra resuena en mi mente: una maldición que no desaparece ni una maldita vez.

Perdón es solo una palabra para intentar librarse de algo, para evitar problemas si te han pillado. Perdón es una deshonra de seis letras que ni siquiera debería usarse. Tendría que desaparecer del puto diccionario. Una acción vale más que mil palabras, y si está tan arrepentida como dice en sus mensajes de voz, ¿por qué a veces parece feliz?

¿Por qué sale de fiesta con sus amigas? ¿Por qué besa a tíos que, sorprendentemente, desaparecen días después?

¿Por qué baila por su apartamento, cantando ridículas canciones de amor? ¿Por qué vive su vida sin mí?

Si la muy puta lo siente, ¿por qué solo me busca en internet y no en persona? ¿Por qué no intenta dar conmigo?

Me jode que no me haya visitado ni una sola vez. Rechacé todas y cada una de las visitas de los demás, pero a ella sí le pedí que viniera a verme. Le escribí los dos primeros años, esperando pacientemente una respuesta por escrito, un encuentro, una sonrisa en mi puta cara que nunca llegó.

Me dejó allí para que me pudriera.

Bueno, hermanita, ya no hace falta que me busques. Estoy aquí, y pienso quedarme hasta que te haya roto.

La romperé como ella me rompió a mí. Voy a aterrorizarla, a

hacerla gritar pidiendo ayuda mientras me follo su culo apretado y la obligo a *demostrar* que lo siente.

Durante estos ocho años, no me he comunicado con nadie. He guardado mi voz para mí, donde nadie más pueda cogerla, desde que tenía cinco años. La única vez que intenté usarla, me costó pronunciar su nombre, y Olivia me gritó que era un mentiroso, que me odiaba, que habíamos terminado, y me dio una bofetada antes de que pudiera decirlo.

Llevo atrapado en mi propio purgatorio desde que nací: el diferente, la oveja negra, el puto bicho raro mudo que siente una intensa fascinación por su hermana pequeña.

Quiero decir, ¿quién no la encontraría fascinante?

Permanezco detrás de ella —no demasiado lejos, pero lo bastante cerca como para ver la forma de melocotón de su culo en ese vestido ajustado que hace que más de uno se empalme—, me meto las manos en los bolsillos y no le quito los ojos de encima.

Su piel de porcelana brilla bajo el sol mientras camina con la cara pegada al teléfono, ignorando el mundo exterior como si no hubiera cientos de personas pasando a su lado.

Es la misma rutina cada mañana. Yo la sigo sin que me vea. Ella, con esos tacones ridículamente altos, gira a la izquierda y entra en la pequeña cafetería para tomar su habitual café de por la mañana. Me fumo un cigarrillo al otro lado de la calle en lo que ella pide, mira las revistas en busca de alguna novedad y sonríe al barista. El mismo al que he imaginado cortado en cachitos y metiendo en bolsitas en mi arcón congelador.

La única razón por la que no está muerto es que a mi hermana siempre se le borra la sonrisa en cuanto sale. Luego, gira de nuevo a la izquierda hacia el juzgado. No está lejos de donde vivimos; es un corto paseo que me alegra porque me permite estar en el mismo camino que ella mientras escucho el chasquido de sus tacones en la acera. Como tengo la capucha puesta, llevo una gorra que oculta casi todo mi rostro y voy con la cabeza gacha, nunca se da cuenta de que la acompaño al trabajo.

Mi hermana trabaja con nuestra madre como asistente. Un pibón por el que todos los gilipollas babean cada vez que la ven

entrar por la puerta. No les importa que esté prometida —para mi puto disgusto—, aunque me sorprende que mamá haya tardado tanto en comprometerla con alguien. Adam resultó ser gay, Parker todavía no puede andar bien y todos los demás pretendientes que ha tenido en los últimos seis meses han desaparecido misteriosamente.

De nada, Olivia. No eran lo suficiente buenos para ti. Nadie lo es excepto yo.

El tipo con el que se supone que se va a casar es un hombre de negocios que hizo un trato con nuestros padres: invertirían juntos, construirían un imperio, pero solo si Olivia Vize se casaba con su hijo, Xander.

Ella ni siquiera ha conocido todavía a ese cabrón. Parece que mamá le está dando algo de tiempo antes de ponerle fecha a la boda. Una boda que haré saltar por los aires si sigue adelante. Me aseguraré de matar a mi padre de verdad esta vez, estrangularé a mamá con sus intestinos y obligaré a Olivia a casarse conmigo. Luego la enjaularé como la zorra que es y la alimentaré con mi polla cuando tenga hambre.

Una vez que desaparece en el edificio, me dirijo a su apartamento como todos los días. Es la misma rutina, el mismo trayecto. Me despierto en mi piso, casualmente enfrente del suyo, miro las cámaras mientras se asea, se viste, desayuna algo, y cojo mi abrigo en cuanto sale de casa.

Mi hermana y yo pasamos mucho tiempo juntos, pero ella no lo sabe.

Mi momento favorito es cuando se bebe el alcohol manipulado que tiene en la nevera porque tengo la oportunidad de acercarme allí y cuidarla. A veces, le lavo el pelo y me acurruco con ella en la cama, y otras, la veo dar tumbos por su apartamento, a oscuras, pensando que mi sombra forma parte de sus pesadillas.

El puto control que siempre necesito en el momento que empieza a quitarse la ropa mientras está drogada… Me merezco una maldita medalla por no haberle metido la polla en el coño o en la boca.

Abro la puerta y aspiro profundamente, disfrutando de su olor,

que está por todo el apartamento. Es el único momento en que puedo olerla, aparte de cuando manoseo su cuerpo inconsciente.

Mi piso está a la misma altura que el suyo, aunque al otro lado de la calle. Me sorprendió que no viviera en una mansión como en la que nos criamos; es como si quisiera un poco de normalidad antes de que la lancen a la vida del gilipollas rico al que está atada. Todavía tengo que ocuparme de él, pero la fuerte seguridad que tiene a su alrededor me genera un pequeño dolor de cabeza.

Compruebo que todas las cámaras siguen ocultas, me sirvo un café —del mismo modo que ella se hace el suyo— y me siento en su sofá. Pongo los pies en alto, suspiro y miro los marcos que cubren la pared.

Hay fotos de ella graduándose en la universidad, aunque no ejerce de lo que ha estudiado. Con un perro que murió hace un año. Con un novio que tuvo mientras yo estuve encerrado ocho años, cosa que, por cierto, fue culpa suya. Algunas con amigas.

Y mi favorita y la más grande de la pared: una de nosotros dos en la que sale besándome en la mejilla. En ella teníamos dieciséis y diecisiete años, y yo me sentía bastante confundido sobre por qué tenía una erección cada vez que miraba a mi hermana.

Sobre el marco, hay un collar y una imagen más pequeña de nosotros también. Una en la que somos más jóvenes. Yo estoy detrás de ella en la playa. Soy un capullo delgado, sin tatuajes ni músculos, y llevo una camiseta azul que dice algo sobre putos tiburones.

Mamá sabía que odiaba los tiburones, pero me la compró de todos modos.

Que se joda ella también. Le pinté un bigote en la foto, pero Olivia aún no se ha dado cuenta. Que se joda toda la familia.

Excepto la hija. Está buena y se me ha quedado grabada en el cerebro.

Mi querida, dulce e inocente hermana.

Todavía veo su rostro afligido cuando me senté ante ella esposado, la forma en que no podía mirarme mientras testificaba en mi contra, enviándome finalmente a prisión por el intento de asesinato de su querido papi.

Papá acabó con daños cerebrales: pérdida de memoria y del uso de algunas partes del cuerpo. Así que ella se libró sin perder su derecho a ser una Vize, ya que papá no recuerda por qué estalló la pelea.

Interrumpió mi comida… Quizá ahora sepa que no debe hacerlo, el jodido gilipollas.

Debería haber muerto. Yo quería que muriera. Todavía lo hago. Acapara toda la atención de Olivia: siempre lo está llevando en su silla de ruedas, le sirve la comida y le da de comer. Le besa la mejilla cada vez que sale de la mansión. Lo sé porque también tengo cámaras allí. Tengo cámaras en cualquier lugar al que va.

Mi chica nunca tiene que preocuparse de que nadie le haga daño, porque su maravilloso hermano, exconvicto y aparentemente psicótico, está libre y la mantiene fuera de peligro.

Es una pena que no pueda protegerla de mí mismo. Su traición no es algo que pueda ignorar como todo lo demás. Que se follara a otra gente mientras yo estaba encerrado, que tuviera relaciones, que fuera feliz, era inaceptable, pero lo dejé pasar después de cargármelos a todos. Sin embargo, ganarse mi perdón no será fácil: voy a hacer que la puta me suplique de rodillas que la perdone por todos los malditos pecados que ha cometido contra mí.

Suena su portátil, bajo los pies de la mesa y me acerco a su pequeño escritorio. La pantalla se ilumina y veo los mensajes que van y vienen entre ella y sus amigas en un chat grupal. Hablan de un festival de Halloween al que quieren ir este fin de semana.

Una de ellas, Anna, la que provocó todo este desastre descomunal, dice que no va a ir a una fiesta estando embarazada de gemelos, y otra pregunta si no son demasiado mayores para esas cosas.

No voy a mentir, Anna tiene suerte de que me preocupe por su amiga y la opinión que tiene de mí, porque tenía toda la intención de estrangularla cuando saliera. Incluso fui a su domicilio en mitad de la noche y planeé dónde esconder su cuerpo, pero, por supuesto, tenía que quedarse embarazada, ¿no? Olivia nunca me perdonaría si la matara. Estoy enfadado con mi hermana, pero no quiero darle más razones para que me odie.

Aún no es un juego justo.

Olivia le envía el emoji del dedo corazón, y yo me río entre dientes mientras sorbo mi café en su taza, en la que pone «A esta princesa le encantan los abrazos».

Abigail
¡Tenemos 26 años, idiota! Que tú hayas sentado la cabeza no significa que nosotras tengamos que hacerlo. Deja de ser una aguafiestas y elige un disfraz.

Olivia
Yo ya tengo el mío. ¿Te has comprado el de Hiedra Venenosa?

Abigail
¡Sí! Estoy deseando ver el tuyo. ¿Sigues yendo de novia gótica para fastidiar a tus padres?

Olivia
😜 Soy muy madura.

Me enderezo, echando un vistazo a su dormitorio. Está ordenado, como toda la puta casa. Es una maniática de la limpieza. Me encanta verla poner música y bailar en bragas mientras pasa la aspiradora. Es uno de mis pasatiempos favoritos para masturbarme.

Abro su armario y encuentro el disfraz que no estaba ayer. Me empalmo al pensar en la puta imagen que se me forma en la cabeza de ella con un vestido de novia negro —el tutú y el corsé, las medias de red y el liguero…—. Froto la tela del velo y trago saliva ante la posibilidad de perderla a manos de otro gilipollas cuando se case.

Cierro la puerta del armario con más fuerza de la necesaria y aprieto los puños y los ojos.

Respira, Malachi. Respira, joder, y no destroces la casa. Céntrate. Contrólate.

Abro los ojos y me quito la imagen de la cabeza.

Si mi chica va a salir en Halloween, parece que yo también lo haré. Me muero de ganas de que mi polla se reencuentre con su

coño. Aquella vez con ella sobre el cuerpo tendido de papá se repite en mi cabeza, pero no es suficiente.

Después de leer en su diario que le encantaría que se la metieran estando inconsciente, he sentido la tentación de follármela mientras está drogada y también de metérsela por el culo, pero quiero que, cuando reclame lo que ella me arrebató, esté lúcida y me mire a los ojos.

Quiero oírla gritar de miedo y de placer mientras vuelve a sentir mi polla y pide clemencia.

No seré misericordioso. Esa mocosa me quitó ocho años. Y este fin de semana, mientras se disfraza de novia zorra, voy a hacérselo pagar.

Después de comerme una de sus manzanas y tirar el corazón, le doy una patada intencionada al cesto de la ropa sucia, dejo la tapa del váter levantada y los bombones encima de su mesa. Echo un vistazo alrededor una vez más antes de marcharme y me pongo el casco y los guantes de motorista mientras cruzo la calle en dirección a mi moto.

La tienda de disfraces más cercana no está muy lejos, y no puedo evitar emocionarme: a ella le gusta asustarse cuando está cachonda, y, joder, va a estar aterrorizada cuando la persiga y la estrangule.

11

La tienda de disfraces huele mal.

Hay calaveras por todas partes. Máscaras de *hockey*. Algunas caretas blancas. Contemplo una negra que tiene una araña pintada, pero quiero algo más. La máscara de Jason, de *Viernes 13*, parece estar cubierta de polvo desde hace años, y entrecierro los ojos al mirar hacia la esquina de la tienda, donde hay una hilera con otros tres modelos distintos.

Voy hasta allí arrastrando mis pesadas botas, la luz que hay sobre mí parpadea como si yo fuera una especie de ente maligno que acechara el lugar.

Mi mirada se posa en una máscara antigás negra: tiene dos filtros a cada lado, de aspecto oxidado, y la zona de los ojos cubierta con redes. Sonrío levemente y la alcanzo. Siento su peso en las manos, la textura rugosa del diseño, y me imagino que la llevo puesta y que mi querida Olivia no sabe que soy yo quien se esconde detrás mientras me chupa la polla.

Aquí no hay nada más que me llame la atención, así que pago y vuelvo a mi apartamento. Después de ducharme y de preparar la cena, me siento en mi escritorio. La pared que tengo delante está llena de pantallas que muestran todos los sitios a los que va Olivia, y reviso cada una de ellas para encontrarla.

Está en la cocina de Anna, bebiendo de una taza y riéndose de algo que dice el marido de su amiga. Esta se acaricia la barriga de embarazada y Olivia la toca con la mano, con los ojos muy abiertos. Yo no veo ningún motivo por el que alegrarse. ¿Por qué sonríe así?

En mi opinión, los bebés no son más que reencarnaciones del diablo, así que no tengo ningún deseo de ser padre. De todos modos, se me daría de pena. Nunca querría que una versión en miniatura de mí me robara la atención de mi hermana. Soy un

cabrón, ¿por qué querría que hubiera otro como yo?

Cuando llené a Olivia con mi semen, me encantó la manera en que goteaba de su coño. Quería esparcirlo por él y volver a metérselo, no quería que se desperdiciara ni una gota. Pero nunca tuve la intención de dejarla embarazada, eso habría sido un puto desastre.

El primer año de mi encarcelamiento, pensé que el silencio de Olivia se debía a que estaba en estado, que yo la había dejado preñada aquella vez, e incluso empecé a preguntarle por carta si el niño era mío, engañándome a mí mismo al creer que tenía un hijo por ahí que me quitaba toda su atención.

No me visitaba porque tenía un bastardo encadenado a ella.

Por suerte, aún no tiene hijos y toma anticonceptivos, así que nada de embarazos, ni bebés, ni pañales llenos de mierda. Joder, espera, ¿y si su futuro marido quiere dejarla embarazada?

Me siento y abro la barra de búsqueda para ver si hay alguna forma de hacer una histerectomía en casa de forma segura, pero no encuentro ni un solo artículo.

Resoplo y apoyo el codo en el escritorio, con el puño en la sien, y me pregunto si puedo drogar al tipo y contratar a un médico para que le dé un tijeretazo.

Es menos invasivo que hacérselo a Olivia. Y todos salimos ganando. De todas formas, mi chica no quiere ser madre.

Olivia besa la mejilla de su amiga, se despide con la mano de la niña que está en la trona y se dirige al coche. Suspiro, la veo alejarse y espero a que aparezca en otra pantalla.

Diez minutos más tarde, entra en su estación de servicio habitual, paga la gasolina y unas patatas fritas y vuelve al coche.

Cuando llega a casa, ya ha oscurecido. Apago las luces y me quedo junto a la ventana, observando cómo se esfuerza por encontrar la llave de la entrada de su edificio. Se le cae el móvil y da un pisotón, lo que me hace sonreír mientras le doy una calada a mi cigarrillo.

Las pequeñas cosas que hace me reconfortan y me confunden un poco, y necesito recordarme a mí mismo que es una víbora con una cara bonita y un coño apretado.

Desaparece en el edificio y vuelvo a mirar las pantallas, manteniendo el humo entre los labios a la vez que hago *zoom* en todas las cámaras de su apartamento.

Deja las llaves en la mesa junto a la puerta y se queda inmóvil al ver la caja de bombones.

El bolso se le resbala del hombro, y sonrío cuando se acerca despacio, levanta la caja y lee la notita que le he dejado.

«Qué guapa estás hoy, dulce Olivia».

Como de costumbre, tira los bombones a la basura y arruga la nota antes de arrojarla a un lado.

—¡Déjame en paz! —grita, pateando su bolso con fastidio, y se detiene al ver su cesto de la ropa sucia volcado y esta por el suelo. Pone los ojos en blanco y comprueba sus manzanas. Siempre tiene diez, pero yo me como una cada día, solo para molestarla más.

La tapa del váter también está levantada, así que la baja de un manotazo y gruñe para sus adentros.

—Puto bicho raro —murmura, y se me escapa una sonrisa al oír el insulto que todo el mundo solía lanzarme.

Abre su botella de vino, llena el vaso con el líquido lleno de droga y espero pacientemente a que se desmaye en el sofá antes de apagar mis pantallas e ir a su casa.

Cuando llego, está roncando ligeramente y el vino se ha derramado en el suelo, manchando la alfombra. Lo limpio y le quito las babas de la boca.

Le preparo un baño caliente, añado algunos aceites y espero a que haga burbujas. Uso su huella dactilar para desbloquear su teléfono y pongo la lista de reproducción que escucha mientras se baña.

Se queda flácida en mis brazos en cuanto la levanto y me detengo un momento cuando su cabeza cae sobre mi pecho y su pelo se me mete en la cara. Respiro, cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro, sintiendo de nuevo esa calma y preguntándome si ella lo permitiría si estuviera consciente.

Lo dudo. Me sorprendería que no intentara darme una paliza y

luego llamara a la policía por acosarla y drogarla.

Le doy un beso en la frente, la llevo al baño y nos siento a los dos en el suelo mientras su teléfono reproduce una canción de Lana del Rey. Le bajo las mangas del vestido por los brazos hasta que la tela le llega a las caderas y le desabrocho el sujetador; sus pechos firmes rebotan cuando los libero.

Para mí es más dura la situación de ignorar la intensa necesidad de atrapar un pezón entre mis dientes que cómo está mi polla en este momento. Gimo por dentro y le bajo el resto del vestido por las piernas, apoyando la frente en sus espinillas y respirando para intentar recuperar la compostura antes de sentarme y enganchar los dedos en sus bragas.

Deslizo la tela por sus piernas suaves y tersas hasta dejarle el coño al descubierto. Cada vez que lo hago, me esfuerzo por no tocarla. Es perfecta por fuera: hermosa, impresionante, una puta obra de arte nacida para volverme más loco de lo que estoy.

Me empalmo aún más, me muerdo el labio y mis muslos se tensan. Está tumbada en el suelo, inconsciente y desnuda, y siento que me muero por dentro.

«Si Malachi estuviera libre, querría que fuera él quien hiciera realidad todas mis fantasías», había escrito en su diario.

Separo sus piernas, cierro de nuevo los ojos y cuento hasta tres, manteniendo la mano sobre su muslo. Sin mirar, deslizo la palma hacia arriba y suelto un suspiro tembloroso cuando llego a su ingle, con el pulgar entre sus piernas. Le clavo los dedos en la piel y abro los ojos cuando suelta un quejido.

Sigue drogada y está lejos de estar consciente, pero sus caderas se balancean un poco hacia arriba y emite un suave sonido en el instante en que mi dedo presiona su clítoris. Se le escapan breves bocanadas de aire cuando lo acaricio con la yema del pulgar, haciendo círculos lentamente, y se me hace la boca agua al acercarme.

Lo está disfrutando.

Debería seguir.

Separo los pliegues de su coño con la otra mano, abriéndolo para mí. Mi cara se sumerge entre sus muslos y aspiro su aroma, y

mi puta polla pide a gritos que la libere de los confines de mis pantalones.

Quiero decirle lo embriagador que es su coño, que el brillo de su excitación en la punta de mi nariz me hace delirar, que la locura se desata en mi mente. Si pudiera usar mi voz, le diría lo perfecta que es, que ojalá pudiera quedarme entre sus piernas para siempre.

Pero no puedo hablar. Apenas puedo armar una frase, ni siquiera cuando entrenaba mis cuerdas vocales en la celda para decir cuatro sílabas sin pausa.

Patético, sinceramente. Querer decir el nombre de Olivia y tener que esforzarme por hacerlo me hizo estrellar el puño contra demasiadas paredes.

Sé hablar, joder. De verdad que sí. Pero es que… no puedo hacerlo sin hacer el ridículo. Tartamudeo y nunca doy con el tono adecuado.

Si son una o dos palabras no me resulta tan complicado, siempre y cuando no sean difíciles o un trabalenguas. Llegado el momento, me atreveré a decirle lo que realmente pienso de ella, lo que siento cuando la miro.

Olivia levanta las caderas, intentando perseguir mi boca, y yo retrocedo. Mi chica me desea. Quiere que la folle mientras duerme.

Su coño brilla por la excitación, le introduzco el dedo corazón y sus estrechas paredes lo aprietan mientras lo hundo más. Dejo de rodear su clítoris y sustituyo el pulgar por la boca.

Suspiro contra ella, chupándoselo, y sus caderas vuelven a moverse ligeramente, meciendo su coño contra mi lengua y mi dedo. Añado otro y los doblo dentro de ella, deslizando la lengua por su clítoris.

Delicioso, exactamente como lo recordaba. La follo con los dedos, chupando, mordiendo, restregando mi pene contra su pierna inmóvil. Ella grita suavemente, empapando mi mano con su excitación, y me detengo cuando oigo el agua cayendo por el lateral de la bañera.

Suspirando, saco mis dedos de su interior, me pongo de rodillas y cierro el grifo, dejando caer parte del agua por el desagüe.

Mi rabia no tiene límites, porque quiero destrozar la bañera por

interrumpirnos.

Me desabrocho el cinturón y libero mi polla. La empuño por la base y la acaricio, observando la humedad de sus muslos. Su agujero la está llamando, suplicándole que vuelva a casa.

Me pesan los huevos —necesitan una liberación— y vuelvo a acariciarme. Mi *piercing* se desliza en la palma de mi mano mientras alineo la cabeza de mi miembro con su coño y jadeo cuando me introduzco dentro de ella.

Joder.

Está tan estrecha que sus paredes me aprietan como un puño.

Haré que quepa, pienso, empujando un poco más adentro.

A Olivia le cae un hilo de baba por la barbilla. Se lo limpio con el pulgar y le aparto el pelo de la cara al mismo tiempo que la saco unos centímetros y vuelvo a meterla hasta el fondo.

Frunzo el ceño y presiono mi frente contra la suya, respirando mientras la follo. Mis huevos golpeando su muslo cuanto más rápido me muevo.

Tan húmeda, tan jodidamente mía, incluso cuando ella no se da cuenta.

Presiono mi boca contra la suya y deslizo la lengua entre sus labios, gimiendo y penetrándola con más fuerza, más deprisa, más profundo. Le agarro la pierna y la levanto para conseguir un ángulo mejor que el que da esta mierda de postura del misionero.

Puedo saborear el vino en mi lengua al chupar la suya, y vacilo cuando siento que me devuelve el beso. O lo intenta. Se balancea con sutileza contra mí, ni de lejos de la forma brusca en la que la estoy embistiendo, y respira mientras sus ojos se agitan detrás de sus párpados.

—Malachiii.

Hago una pausa, casi corriéndome dentro de ella al oír mi nombre salir de su boca.

Tiene los ojos cerrados. Le doy una suave palmada en la mejilla, pero no se despierta. ¿Significa eso que está soñando conmigo?

Me echo hacia atrás y la penetro con más fuerza, haciendo que sus paredes internas aprieten mi polla.

Joder. No he tenido sexo en ocho años, casi nueve, y todo

parece natural. La forma en que me introduzco en su interior, golpeando su punto G con mis *piercings*, arrancándole gemidos mientras la beso con lengua. Bajo la cabeza y me meto en la boca uno de sus pezones erectos, y ella se arquea por completo sobre el suelo, permitiéndome ir más profundo y soltando un gemido estrangulado a medida que se excita, se humedece y se estremece debajo de mí.

Se atraganta en el momento que le clavo los dientes en el pezón, mordiéndolo con fuerza, asegurándome de que le duela, lo que hace que su coño se contraiga a mi alrededor repetidamente y libere un grito ahogado mientras la follo hasta que llega al orgasmo.

Mis huevos están a punto de estallar y no tardo mucho en seguirla. Se me tensan las piernas y se me pone rígida la columna cuando la lleno con mi semen, sin dejar de meter la polla en su coño apretado.

Me saco el pezón de la boca y beso el recorrido que hay desde su pecho hasta su mandíbula y sus labios, y ella vuelve a caer en un estado de inconsciencia total.

Salgo de su interior, me quito el resto de la ropa y la meto en la bañera conmigo. Me recuesto a escuchar la música, apoyando su espalda contra mi pecho, con los ojos cerrados y el corazón aún acelerado.

Bueno, esto es relajante. Normalmente, siempre que estoy en esta posición intento luchar contra las ganas de tocarla. Sin embargo, como eso ya está cubierto, puedo… descansar.

La piel de Olivia siempre ha sido suave. Algunas pecas le salpican los hombros y beso cada una de ellas mientras la lavo, empapándole el cabello y cogiendo su champú con olor a fresa. Me encanta el tacto de su pelo entre mis dedos y sentir la espuma del champú en mis manos cuando se lo limpio.

Le restriego los brazos y las piernas con la esponja y ella gime cuando se la meto entre los muslos y hago desaparecer todo rastro de haberla follado. Le beso la garganta, sintiendo su pulso bajo mis labios, antes de abrazarla.

Una vez seca y vestida con su sedoso pijama, la meto en la cama, le beso la frente y le subo las mantas hasta la barbilla. Le

acaricio el pelo y lo froto entre mis dedos. Está un poco húmedo. Solo se lo he secado sutilmente con la toalla hasta que me he hartado.

Limpio la bañera con un trapo, paso la fregona para quitar los restos de semen y el agua del suelo, y me aseguro de que la pequeña y mullida alfombrilla esté tal y como estaba antes de follármela. Inclino la cabeza, con las manos en las caderas. ¿Estaba más recta? ¿Se dará cuenta de que la he movido?

Apago la luz, resoplando, me dirijo a la cocina y me detengo al ver todos los platos en el fregadero. Pongo los ojos en blanco, los enjuago, lleno el lavavajillas y lo enciendo. Coloco su pila de manzanas, enderezo sus tazas y me muerdo el labio, mirando a mi alrededor en busca de cualquier otra cosa que pudiera haber descolocado antes de que la drogara.

Ya he limpiado el vino, pero aún queda una manchita en la alfombra, así que me pongo de rodillas y la froto hasta que apenas se percibe.

Vacío el filtro de la cafetera y la papelera, ato la bolsa y la dejo junto a la puerta para llevármela cuando me vaya.

En serio, ¿qué sería de ella sin mí?

Olivia sigue dormida cuando regreso a su habitación. Bostezo y me dejo caer en la cama a su lado, agotado de ordenar la casa después de follármela.

Cojo su móvil, lo desbloqueo con el dedo y echo un vistazo a la galería de imágenes. No hay nada nuevo, pero accidentalmente vuelvo a sus álbumes y encuentro uno con la etiqueta «M» que parece estar bloqueado.

Lo desbloqueo con la huella de su pulgar y aparecen montones de imágenes y vídeos míos, nuestros, de la familia que nos crio, y me paso la siguiente hora mirándolos. Siempre me hacía fotos o me grababa. Incluso tiene capturas de recortes de periódico de mi detención: del titular de que mi hermana testificó contra mí y de que casi le rompo la cara a mi abogado en el momento que me dijo que Olivia me había dado la espalda.

No me contuve cuando estaba en ese estrado: mi intérprete tradujo todo lo que dije mediante señas. Hice saber al mundo lo

puta que era mi hermana, que siempre estaba de rodillas para mí, que mamá vendió su virginidad y lo jodió todo. Sin embargo, a pesar de que me silenciaron y me tacharon de loco, me negué a declararme demente.

Aquellos días del juicio son muy borrosos. Estaba furioso con Olivia, aunque me arrepiento de haberlo contado todo. No es que nadie me creyera; me consideraban un loco y todo eso. No obstante, lo que tuvimos fue real. Follamos, quizá en una situación un poco turbia, pero habíamos pasado todos los límites. Yo estaba totalmente preparado para contarle a todo el mundo lo que ella significaba para mí, pero entonces llegó la policía y se acabó.

La esperé en esa celda día tras día. Aunque no pasa nada, porque estoy aquí. Sonrío mientras apago su teléfono y miro al techo con la mano detrás de la cabeza.

A pesar de todo, he vuelto a acostarme con mi hermana. Solo ha tenido que pasar casi una puta década.

Me pongo de lado, abro el cajón de la mesita de noche y saco su diario. Es una invasión total de la privacidad, pero me permite ver dentro de su cabeza sin necesidad de abrirle el cráneo e inspeccionarle el cerebro con una lupa.

Habla mucho de la actividad sexual, de lo inactiva que es, lo que me hace sonreír.

Después de esta noche, vamos a follar activamente de manera oficial, mi dulce Olivia. Ahora lo haré todas las noches. Se ha corrido en mi polla y ha gemido mi nombre, así que definitivamente le ha gustado.

¿Qué clase de hermano sería si no le diera más?

También menciona varias veces al tipo de enfrente, que, por cierto, soy yo. Escribe sobre observarme, preguntándose qué aspecto tendría sin el casco. Una vez, puso que cree que podría ser yo, pero enseguida descartó esa idea, porque si fuera yo, seguramente lo último que estaría haciendo es vivir al otro lado de la calle y darle espacio; si fuera yo, lo más probable es que ya estuviera muerta.

Eso es ridículo. No quiero matarla, quiero destrozarla. Hay una diferencia.

Desea reunir el valor suficiente para hablar con el motorista. Quiere darle su número e invitarlo a salir. Lo cual es jodidamente gracioso y me saca de quicio, porque ella no tiene ni idea de quién es él. Podría ser un anciano de noventa años o tener la cara llena de verrugas, o peor aún, podría parecerse al hijo de puta de Parker.

En las últimas entradas de su diario, habla de que se siente sola y de que el matrimonio que le ha preparado mamá le aterra. No encuentra atractivo a su futuro marido —lo ha visto gracias a todas las fotos que mamá le envió por correo electrónico— y cree que lo más probable es que la engañe como hizo su hermano.

En primer lugar, yo no la engañé. Y en segundo lugar, tampoco teníamos una relación. Yo era su amante secreto; alguien a quien podía enseñar lo que le gustaba.

Mis ojos se posan en la pila de cartas que le escribí; las tiene atadas con una goma elástica en el cajón. Algunas están considerablemente arrugadas. Como si se hubiera enfadado y las hubiera estrujado y luego hubiera intentado alisarlas de nuevo.

Dejo su diario, saco primera carta de la pila y la abro. Es la primera que le envié. La leo por encima, sacudiendo la cabeza ante la idiotez de mi yo más joven.

Hay frases como «Te echo de menos», «No creía que fuera posible estar sin ti, y ahora hay un enorme muro entre nosotros», «¿Vendrás a visitarme? Siento haber gritado en el juzgado» y mi menos favorita, pues fue una época muy oscura para mí: «No me siento cómodo con esta gente. Me llaman bicho raro como hacían los niños en el colegio porque no hablo. Por favor, no me dejes aquí». Sin embargo, ella no contestó, ni siquiera cuando mis cartas se volvieron más desesperadas. No hubo respuesta. Ni a esta carta, ni a la siguiente, ni a las cincuenta y pico posteriores.

Incluso le rogué en algunas de ellas, exigiendo saber por qué no había venido a verme, si había hecho algo malo. Durante mucho tiempo estuve sumido en un estado de confusión, preguntándome —no, calculando— qué error había cometido en los últimos años.

Incluso le dije en una carta muy caótica —una de las últimas que le mandé— que no tenía ni idea de cómo controlar lo que sentía por ella y que, si la había dejado embarazada, me haría responsable,

aunque no tuviera ni idea de cómo ser un buen padre. Que si me visitaba con mi hijo o mi hija, si me dejaba verlos, me iría mejor.

Tampoco respondió a esa.

Debía de parecer un imbécil deprimido.

Me giro para mirar a mi chica, mi hermana pequeña, y le paso los dedos por el pelo. Espero que mañana no esté dolorida, pero al mismo tiempo espero que esté agonizando.

Cuando se despierte, estará confusa, probablemente pensará que ha tenido una pesadilla, y yo estaré observándola, desde las sombras o detrás de las pantallas de mi ordenador, esperando la próxima oportunidad para atacar.

12

Olivia
¿A qué hora empieza el festival?

Abigail
A las siete, creo. ¿Sigues enferma?
¡¡¡Por favor, dime que no vas a cancelar!!!

Olivia
No

Sonrío mientras leo los mensajes entre mi hermana y su amiga. Ayer se despertó con la mente nublada y un poco insegura de su entorno, y fue tambaleándose al baño. Contuve la respiración por si no había colocado la pequeña alfombrilla en el lugar correcto, pero se limitó a hacer sus necesidades y a ducharse.

Su confusión continuó cuando vio el lavabo y la papelera vacíos. Entonces se sentó en el sofá y se masajeó el interior de los muslos, los mismos entre los que yo había estado. Se llevó la mano la frente y, a través de las pantallas que tenía en mi apartamento, la vi buscar respuestas en internet sobre por qué le dolían los muslos; sin embargo, ninguno de los resultados que aparecieron le dio la respuesta correcta.

La razón por la que estás dolorida, y por la que tus muslos están un poco magullados, es porque te follé, Olivia. Y te encantó. Tampoco será la última vez, hermanita. Te follaré otra vez. Y otra. Y otra, hasta que pierdas la voz como hice yo, llores en silencio y te des cuenta de que aún me quieres.

Sigo sonriendo. También sigo hablando conmigo mismo en mi cabeza, como si mi hermana estuviera ahí dentro, atrapada en la oscuridad de mi mente; me sacia un poco imaginármelo, creer que

puede oír todo lo que pienso, aunque tardaría una hora como mínimo en pronunciar todas esas palabras.

Quizá esté un poco loco.

Llega otro mensaje: Olivia dice que va a salir pronto del trabajo y va a pasarse por casa de Abigail para prepararse antes de ir al festival. Está en medio de la nada, en el granero abandonado de una granja donde ahora se organizan fiestas durante todo el año.

Tarareo para mis adentros, viendo a Olivia caminar hacia su casa por mis pantallas, lo que me molesta porque tiene un coche que funciona perfectamente en el garaje del apartamento.

¿Por qué caminas y enseñas a todo el mundo tus tetas firmes con ese vestido ajustado y tu bonito culo? ¿Por qué sonríes a la gente cuando pasa a tu lado? ¿Por qué no me sonríes a mí?

Cuando me doy cuenta de que estoy a punto de quedarme sin cigarrillos, me visto, me pongo mi sudadera negra con capucha y mis pantalones militares, y cojo el casco de la moto de camino a la puerta. Mantengo abierto el *software* de monitorización en el teléfono mientras bajo las escaleras; me niego a coger el ascensor porque perdería la señal. Echo un vistazo a los distintos canales para intentar encontrarla y, en cuanto llego a la puerta principal, me pongo el casco y salgo.

Mi moto está aparcada justo delante. Es nueva, una Kawasaki negra importada de Japón. Es rápida que te cagas y muy bonita. Es la niña de mis ojos, después de Olivia, claro.

Me quedo paralizado cuando alzo la vista y veo a mi principal objetivo en la vida caminando hacia mí, con el pelo al viento, los ojos brillantes y una cesta llena de fruta en la mano.

Espera. Viene directa hacia mí.

Joder. La visera del casco no es transparente, ¿verdad?

No. Me aseguré de que no lo fuera.

¿Puede ver mis tatuajes?

No tiene ni idea de que tengo uno en el cuello, ¿no?

Joder, ¿por qué estoy sudando?

Tiene esa sonrisa tan mona en la cara a medida que se aproxima y los ojos risueños bajo la melena, oculta bajo la capucha de su abrigo, que se ha subido para protegerse de la llovizna que

cae.

Verla de cerca, consciente y no a través de una pantalla o en mis malditos sueños, me arrebata el aire. Al igual que saber que aún puede haber restos de mi semen dentro de ella, que sus muslos pálidos están sensibles por haber follado y follado y follado.

¿Sabe que soy yo? ¿Se ha dado cuenta de que me la tiré mientras dormía? Joder, no lo sé. Solo miraré a…

—Hola —dice, y su voz es como música para mis oídos depravados—. ¿Vives cerca? Siempre veo tu moto aparcada aquí.

Mmm, vete, Olivia, antes de que te rompa la tráquea. O peor, que te folle en público y tu estúpida cesta de fruta acabe rodando por la calle.

—Me llamo Olivia. —Extiende la mano, ruborizada—. Me mudé aquí hace poco más de un año.

¿No me puede dejar en paz, joder? Me está arruinando el plan.

La retira cuando no le hago caso.

—Oh, lo siento. No quería ser entrometida. Solo me… —se da la vuelta y se queda tiesa, buscando su última palabra— iré.

Pero no quiero que se vaya.

Por otra parte, voy a cagarla cuando no hable bien, y ella podría darse cuenta de quién soy.

Y si Olivia se entera de que su querido hermano vive al otro lado de la calle y la está acosando como si no tuviera otra cosa que hacer en su aburrida vida, puede que desaparezca o, peor aún, que vuelva a llamar a la policía para que me acusen de vete a saber qué.

Vamos, Malachi, me insto a mí mismo. *Di algo.*

—Kai —musito.

Cuantas menos sílabas, más fácil es hablar.

Ella se detiene y se vuelve, perpleja.

Me aclaro la garganta y mis labios se mueven varias veces antes de que me salgan las palabras.

—Me llamo… —*Respira, imbécil*— Kai.

Olivia sonríe ampliamente.

—Pues hola, Kai.

¿Está… coqueteando conmigo? ¿Conmigo?

No, está coqueteando con un extraño.

No conmigo. Joder, no es conmigo.

Quiero estrangularla.

—Hola —respondo, sin molestarme en decir su nombre porque si no lo joderé. Al menos no sueno como un viejo; mi voz es bastante grave y lo que la gente llama «ronca», y sé que a ella le gusta.

Sonríe de nuevo y se da la vuelta, caminando hacia la entrada de su apartamento. Me quedo mirándole el culo, el contoneo de sus caderas, y me pregunto cuánto tiempo podré aguantar la respiración antes de morir.

Estoy temblando; creo que voy a desmayarme en cuanto desaparezca dentro del edificio. Estar tan cerca de ella, con sus ojos brillantes y su sonrisa hipnotizadora, me saca de mis casillas. Casi me dan ganas de abortar mi misión de venganza y decirle que la perdono, que podemos estar juntos ahora que ya no me consideran parte de la familia Vize, aunque sigo teniendo el apellido en todos mis documentos y cuentas bancarias.

Pero estaba ligando conmigo sin saber quién era.

¿Por qué me jode tanto eso?

Me subo a la moto, giro la llave y disfruto con las vibraciones que recorren todo mi cuerpo. Es casi tan increíble como sentir a Olivia corriéndose sobre mi polla. Haberla visto de rodillas en mi balcón mientras papá gritaba desde abajo. Haberme follado su boca —mi primera mamada— y ver mi semen en sus labios. Haberla saboreado por primera vez con mi boca.

El beso en su cama, la forma en que quería que le agarrara la garganta y la asfixiara.

La forma en que lloraba mientras papá se desangraba bajo ella mientras yo la follaba por detrás.

Esos pensamientos depravados me hacen luchar contra el impulso de seguirla hasta su casa.

Sin embargo, en ese momento la veo otra vez, dirigiéndose directamente hacia mí con un trozo de papel en la mano, y frunzo el ceño cuando me lo tiende. Lo cojo antes de que se lo lleve el viento.

—Sé que esto es un poco atrevido, pero no hablo con mucha gente. —Me da el papel—. Este es mi número, y esta es la dirección

donde iré esta noche. Es un festival de Halloween a las afueras de la ciudad. Deberías venir.

—Gracias —digo, casi siseando la palabra—. Yo… —trago saliva, respirando para apaciguar los nervios, intentando pronunciarlo bien — iré.

—¿En serio? —Sus ojos se abren de par en par—. ¡Genial! ¿Nos vemos en la puerta principal a las siete? Mándame un mensaje cuando estés allí.

Asiento y ella se sonroja de nuevo antes de volver a su apartamento. Quiero abrirle el cráneo y darle de comer la materia gris de su cerebro, porque ¿qué coño hace invitando a salir a un desconocido?

Me molesta y me pone nervioso a la vez. Básicamente me ha pedido una cita a mí, alguien a quien nunca ha visto sin casco. Podría ser un hijo de puta feo, un depredador o un asesino, y me acaba de dar una invitación gratuita para quedar con ella.

Estoy un poco perdido cuando se trata de socializar y vivir con normalidad, pero ¿no somos un poco mayores para ir a festivales así? Es más bien una rave con una zona de feria que suele estar hasta arriba de adolescentes. Tengo veintiocho años, casi veintinueve, y me dedico a ir por la vida a escondidas, a tirarme a mi hermana sin que ella lo sepa, y ahora pienso ir a una fiesta de Halloween para perseguirla en la oscuridad y follármela un poco más.

Es decir, iré, pero la idea de que ella coquetee tan fácilmente con alguien me hace arrugar el papel con su número, apretar el acelerador y bajar a toda velocidad por la calle.

Miro el teléfono, el nuevo que he tenido que comprar porque no puedo usar el mío. Todavía tiene mi número después de todos estos años, así que sabría que soy yo.

Hola, soy Kai.

Pongo los ojos en blanco. De todos los putos nombres, ¿por qué

he tenido que elegir el que la gente ha intentado ponerme como apodo? Lo odio. De pequeño era eso o Vizey, y odiaba los dos. Me llamo Malachi, nada más.

Me sorprende que no haya sumado dos más dos y se haya dado cuenta de quién soy: el desconocido de la moto con el que acaba de ligar e invitar a salir sin saber con quién estaba hablando.

Suena el teléfono y me tumbo en la cama con la toalla alrededor de la cintura y las gotas de agua resbalando por mi pecho. Acabo de hacer ejercicio y he corrido en la cinta durante demasiado tiempo, necesitaba liberar algo de tensión antes de esta noche, pero aún siento que me queda mucho por dar.

Olivia
¡Hola! No pensé que me escribirías.
¿Vas a venir esta noche?

Estoy tan desconectado de la realidad que no tengo ni idea de cómo contestar. ¿Respondo simplemente «Sí» y ya está? ¿Cómo hago que siga la conversación? ¿Le pregunto si le interesa el sexo? ¿Si solo busca un amigo? ¿Si todavía tiene el coño sensible por haber sido follada en el suelo del baño?

Sí. ¿7?

Ya está. Sencillo, correcto y nada sospechoso, ¿no?

Miro hacia el escritorio y la localizo en la pantalla. Está sentada en el sofá, con las rodillas dobladas contra el pecho, mordiéndose las uñas y mirando el móvil. Escribe, pero se detiene y echa la cabeza hacia atrás, como si no supiera qué decir.

Sonrío y me siento en mi mesa a verla librar su extraña batalla. El hecho de que ella también lleve una toalla y que, con las rodillas levantadas, pueda ver lo que hay entre sus piernas no me ayuda en absoluto, y noto que se me pone dura.

Como sigue sin responder, luchando contra sus demonios, vuelvo a escribir.

¿Estás soltera?

Se muerde el labio mientras sonríe, con un rubor que le sube por la garganta y las mejillas.

Olivia
Mi novio se pondría furioso si supiera que le he dado mi número a un motorista cualquiera.

Se me borra la sonrisa y frunzo el ceño.
¿No está… soltera? ¿Desde cuándo, joder?

Olivia
Es broma. No soy una persona muy graciosa. Pero sí, estoy soltera y sin compromiso. ¿Y tú?

Técnicamente, está medio soltera. Se le ha olvidado mencionar que mamá le ha conseguido un marido. También tiene un hermano —es decir, yo— por el que está fascinada. Puedo ser arrogante al respecto: tiene fotos mías en su teléfono, y tengo mensajes de voz más que suficientes como prueba.
¿Le gusto pero coquetea con el motorista?

No me van las relaciones.

Hago una mueca ante mis propias palabras. Parezco una copia de Christian Grey, aunque sin los látigos ni la habitación roja del dolor y el placer sexual. Además, no soy multimillonario. Sacudo la cabeza. Olivia me hizo ver las tres películas seguidas una noche cuando éramos adolescentes, y lo odié, pero me encantó observarla mientras ella veía cómo se follaban a alguien.

Olivia
¿Qué te va entonces?

Drogo a mi hermana casi todas las noches, me acurruco con ella

mientras está inconsciente, limpio su apartamento y, una vez, le metí la polla. Aunque probablemente no debería decir eso.

¿Tú qué crees?

Olivia
Tengo una imaginación un poco alocada. Probablemente me exceda y te haga sentir incómodo si te digo lo que estoy pensando.

La conversación está tomando otro rumbo. La putita de mi hermana está intentando decirle guarradas al motero: yo, su hermano.

Quizá mi imaginación esté más alocada.

Mi mirada está fija en la pantalla, la de mi escritorio, observando cómo sube y baja su pecho, cómo separa las piernas. ¿Está… excitada? ¿Tan fácilmente?

Olivia
Demuéstralo.

A pesar de que tengo la polla dura, me enfado otra vez: está intentando conseguir tener sexo con alguien a quien no conoce. Se separa los labios de su coño con sus deditos y se frota el clítoris en el sofá, y yo aparto la toalla para agarrarme el pene, viéndola darse placer.

Placer que quiere obtener de un extraño.

Suelto mi miembro y tecleo, negándome a correrme si no es dentro o encima de ella.

Nos vemos a las siete.

La máscara antigás se ajusta cómodamente a mi cara mientras me miro en el espejo. Con mis pantalones militares negros, mi sudadera del mismo color y la capucha puesta, nunca sabrá que soy yo.

Le doy vueltas a un destornillador en la mano en tanto que la observo a través de mis pantallas: se está ondulando el pelo, sentada frente al espejo que va desde el suelo hasta el techo de la casa de Abigail. ¿Es normal que ande desnuda delante de ella? Su amiga, desagradablemente, solo lleva bragas, e intento no mirarla mientras Olivia termina de peinarse y se unta crema por todo el cuerpo. Me imagino a Abigail descuartizada cuando se la echa por la espalda a mi chica.

En el momento que su amiga desaparece en el cuarto de baño, mi hermana se retoca el maquillaje, haciendo que sus pestañas queden imposiblemente largas y pintándose los labios de negro, a juego con su disfraz de novia gótica.

Sus tacones son demasiado altos y, aunque no va a alcanzar mi altura ni de lejos, ¿cómo va a correr con ellos? El juego habrá terminado antes de empezar.

Las medias le cubren las piernas hasta los muslos, el corsé le realza el pecho y la cola del velo le cae hasta el culo.

No se sonríe en el espejo al inspeccionar su arte, porque eso es Olivia Vize: una puta obra de arte que quiero poseer. Me pertenece. Solo que ella aún no lo sabe.

Parece triste. Puede que sea por la hora que se ha pasado llorando con su amiga por mí, o por haber estado viendo vídeos nuestros, o por la búsqueda que ha hecho en internet y que, una vez más, no le ha aportado nada.

Se hace fotos en el espejo, fingiendo sonrisas desde distintos ángulos, y luego tira el móvil sobre la cama y se sienta a los pies de esta. Suena música de fondo, otra canción de Taylor Swift, y ella la canta haciendo mímica mientras espera a su amiga.

Sonrío cuando veo el collar que lleva, un medallón con nuestras fotos. Encaja con su disfraz, parece viejo y rústico. Antes la he visto abrochárselo y se ha quedado mirando la foto nuestra que hay dentro más tiempo del necesario.

¿Ves la buena pareja que hacemos, Olivia? Podríamos haber

tenido el mundo, y tú tuviste que arruinarlo. Iba a darte todo lo que siempre quisiste. Ahora necesito todo de ti. Casi te tengo por completo. Tengo tu mente. Tengo tu cuerpo. Tengo tu alma. El miedo que te infundo. El dolor que te inflijo cuando me desafías. Tienes un corazón oscuro, hermanita, pero eso también lo poseeré pronto.

Olivia y su amiga salen de casa en dirección al festival. No está muy lejos. He leído artículos en internet: habrá baile, atracciones de feria, comida y alcohol, y hay un campo de maíz que se extiende hasta el bosque. Tengo toda la intención de aprovechar ese espacio.

Giro un par de veces más el destornillador en la mano, me lo guardo en el bolsillo trasero y compruebo si el casco de la moto me cabe por encima de la máscara antigás, pero no, así que lo dejo a un lado y opto por usar solo la máscara.

Son las ocho cuando llego. Me he retrasado a propósito, he hecho que me bombardee a mensajes mientras la observaba entre la multitud. Es *sexy*, mucho más *sexy* que verla a través de las pantallas. Está bailando y bebiendo alcohol, y se ríe con su amiga, echando la cabeza hacia atrás al ritmo de la música. No deja de mirar su teléfono en busca de una respuesta mía, pero no la recibe.

La boca de Abigail está pegada a la de un desconocido, y Olivia va a por otra bebida, echando un vistazo a su móvil por el camino. Me quedo detrás de ella, y cierro las manos en puños a ambos lados de mi cuerpo cuando veo cómo la mira la gente. Cómo miran lo buena que está.

Si tuviera una pistola, ya habría metido una bala en la cabeza de al menos diez personas.

Con la máscara antigás puesta, no me reconocerá. Ni como el motorista ni como su hermano. Permanezco cerca, observando cómo paga otra copa y le da un sorbo mientras se aleja. Sus tacones resuenan en el cemento, el sonido se hace más débil cuando abandona con cuidado la zona de baile del festival y se dirige al recinto ferial.

Algunos de los disfraces son impresionantes, y otros, francamente ridículos. Antes de estar en la cárcel y aislado del mundo, nunca le había visto la gracia a Halloween, aunque a mi

hermana siempre le ha encantado. Le gusta asustarse, y supongo que el tema de esta fiesta es dar miedo.

Pues bien, yo daré miedo.

Olivia dobla la esquina y veo mi oportunidad de abalanzarme sobre ella. Saco el destornillador del bolsillo trasero, acorto la distancia que nos separa y le agarro el pelo por detrás, luego presiono el destornillador en su espalda y la empujo entre dos tractores rotos.

Ella grita, pero le tapo la boca, amortiguando el sonido.

—Shhh —le susurro al oído, la hago girar y la estampo contra la rueda del tractor. Le pongo el destornillador en la garganta y sus pupilas se dilatan. A pesar de que tiene la respiración agitada, el brillo de sus ojos me dice que lo está disfrutando. Inclino la cabeza —. Kai —digo, y ella se relaja un poco—. Esto —empiezo, clavando la punta de la herramienta en el cuello— es a lo que me dedico.

¿Se dará cuenta de lo entrecortadas que son mis palabras? ¿De lo mal que las pronuncio?

Se muerde el labio.

—Mmm. ¿Y ahora qué?

Sonrío bajo la máscara, aflojando la presión en su cuello, y le arrastro el destornillador por el pecho, arañándole la piel.

Nunca ha oído mi voz como Malachi. No puede verme la cara, ni el color de mi pelo, ni ninguno de mis tatuajes con los guantes puestos. Lo único que esta versión de mí tiene en común con mi verdadero yo es mi altura.

Me quedo mirándola un momento. Tan hermosa. Tan jodidamente mía.

—Te daré algo de ventaja. —Mi voz es áspera, pero de algún modo me las apaño para pronunciar esas palabras sin tartamudear ni pensar demasiado la dicción de cada sílaba. Inclino la cabeza hacia el maizal—. Corre, pequeña desconocida.

«Corre». Me pregunto si recordará que me dijo esa palabra hace tantos años. Aunque si le despierta algún recuerdo, no lo muestra. Doy un paso atrás, con los pantalones apretados por culpa de mi polla, cada vez más gruesa, mientras ella respira hondo y desaparece en el maizal.

Cuento hasta cinco, diez, quince, veinte, y le doy vueltas entre los dedos al destornillador que tengo en la mano antes de perseguirla.

Joder, se le da bien correr.

Había olvidado que Olivia era animadora y que tiene la resistencia de una corredora de fondo.

Sus tacones están tirados en medio del campo, y puedo oír sus pequeños jadeos cuanto más nos alejamos del festival. Suena una música espeluznante, la risa estridente de un monstruo, y la oigo gritar al tropezar con algo.

Me detengo detrás de los altos cultivos de maíz, jadeando mientras agarro el destornillador con la mano. Ella se levanta y mira a la derecha y a la izquierda, preguntándose qué dirección sería la mejor. El bosque no está lejos. Podría arrastrarla hasta allí, pero me gusta bastante este escenario. Pese a que está aterrorizada, también parece deseosa, como si quisiera que la atrapara.

El desconocido.

Se aparta el pelo de la cara, se da la vuelta y corre, alejándose más de la música, y yo sonrío. Doy pasos cuidadosos, dejándola ir cada vez más lejos, hasta que acelero el ritmo. Piso con fuerza con las botas sobre el maíz caído, y la veo echar un vistazo por encima del hombro. En cuanto me ve, sus ojos se abren de par en par y grita con fuerza.

Joder, estoy empalmado. No creía que Olivia pudiera ir más rápido, pero me equivoco. Incluso con lo que lleva puesto, tengo que acelerar para alcanzarla.

Mi mano aferra la parte trasera de su velo, enroscándose en su cabello, y chilla cuando la arrojo hacia un lado, haciéndola rodar sobre los cultivos partidos. Al instante, empieza a arrastrarse sobre sus manos y rodillas para intentar alejarse de mí.

La agarro del tobillo y me da una patada en la cara que casi me arranca la máscara. Intenta arrastrarse de nuevo, pero yo suelto un gruñido de fastidio y la sujeto por la nuca, obligándola a poner la cara contra la tierra mientras me coloco detrás de ella. Trata de golpearme, aunque sus intentos son inútiles porque le arranco las bragas, me las guardo en el bolsillo y vuelvo a sacar el

destornillador.

Se queda rígida en el momento que le paso la punta afilada y plana por el interior del muslo, clavándosela lo suficiente para abrir ligeramente su piel sensible. Pequeñas gotas de sangre resbalan por su pierna.

A pesar de que se queda quieta, oigo su respiración entrecortada en el momento que paso la punta al otro muslo.

Tiene el culo al aire y le subo lo que sea que considere falda por la espalda, dejándola al descubierto. Se estremece al sentir el montón de saliva que sale de mi boca por debajo de la máscara y cae sobre su ano.

Ella se estremece, presionándose contra mí cuando le quito el destornillador del muslo y me inclino sobre su cuerpo. Le suelto la nuca y le agarro el pelo, echándole la cabeza hacia atrás.

—Abre —le exijo, acercándole el mango de la herramienta a los labios. Ella los separa, se lo lleva a la boca y aprieta los labios—. Chupa.

Mi polla amenaza con desgarrar la tela de mis pantalones al apretarse contra ella, pero me niego a liberarla. Ahora se trata de ella, y voy a hacerla llorar.

Quiero hacerla sollozar tanto de placer como de dolor. De miedo y de horror.

Nadie puede vernos desde aquí, los cultivos son más altos que yo y la música que suena es tenue. Oigo su respiración agitada mientras le meto el mango del destornillador en la garganta, jadeo al sacarlo de su bonita boca y me pongo de nuevo de cuclillas.

Su coño está empapado por la excitación, y su culo, fruncido por el contacto con mi saliva. Me lamo los labios, respiro con cuidado, arrastrando el mango por su muslo y su culo, y vuelvo a su coño. Le acaricio la abertura, el clítoris, haciéndola gemir y empujarse contra él pidiendo más.

—Kai —gime—. Por favor.

Kai. No Malachi. Está gimiendo el nombre de otro puto hombre.

Entonces veo su cara, la forma en que me miró cuando le dijo a todo el mundo lo violento que era, cómo quería librarse de mí, cómo me tenía miedo. Mi ira aumenta y le meto con fuerza el mango en el

ano.

Grita y se cae hacia delante, pero la mantengo en el sitio presionando la palma de la mano contra su espalda.

Su culo se contrae alrededor del destornillador y yo lo introduzco más, hasta que su avaricioso agujero devora todo el mango. Entonces lo suelto y observo cómo late alrededor del metal atrapado allí.

—Arrodíllate —le ordeno, con la voz un poco áspera, y me pongo de pie.

Ella me mira por encima del hombro, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida, y la herramienta colgándole del culo. Hace un gesto de dolor al incorporarse y una lágrima resbala por su mejilla.

Me desabrocho el cinturón, la sujeto del pelo y la arrastro hasta ponerla delante de mí.

—Arrodíllate.

—Que te jodan. —Aunque lloriquea, obedece—. ¿Puedo sacarlo?

Le doy una bofetada en la cara, agarro su mandíbula y libero mi polla.

—No.

Se le escapan más lágrimas, y verlas hace que me duela la cabeza. Ambas cabezas. Pero sobre todo la que estoy presionando contra sus labios.

—Abre.

Durante un instante, hago una pausa. ¿Y si ve mis *piercings* y se da cuenta de que soy yo? Quizá está demasiado oscuro para que los vea… Pero definitivamente los sentirá en su garganta.

Ahora mismo me importa todo una mierda, tal vez más tarde me preocupe.

Abre la boca, y no le doy ni un segundo para que se adapte antes de agarrarle el pelo con las manos y metérsela hasta el fondo, haciéndola jadear alrededor de ella. Su garganta se contrae por el grosor y su lengua se reencuentra con los *piercings* de la parte inferior de mi polla.

La agarro del pelo para empujar mis caderas hacia delante, asfixiándola y penetrándola más al sentir el calor y la maldita humedad de su boca.

Sus manos vuelan hacia mis muslos, tratando de apartarse, pero no me detengo ni aflojo; empujo más fuerte, más rápido, haciéndola retroceder un poco y que el destornillador se introduzca más profundamente en su culo.

Siento un cosquilleo en los huevos, que golpean su barbilla mientras balanceo las caderas, y echo la cabeza hacia atrás con un profundo gruñido. Ella se traga mi polla, chupándola, lamiéndola, y yo me detengo un momento y miro hacia abajo, viéndola tomar el control.

Tiene los ojos clavados en mí, el rímel corrido por sus mejillas y su carmín negro ha teñido mi pene. Pese a que está llorando, también menea las caderas, disfrutando de la sensación de tener el destornillador en el culo, y gime alrededor de mi grosor. Mis testículos se tensan, cierro los ojos y la empujo, haciéndola gritar cuando cae de espaldas.

Me subo encima de ella, le separo las piernas y le meto la polla a la fuerza. La punta del destornillador está a dos centímetros de mis huevos. Le tapo la boca y le agarro la garganta, inclinándome para que pueda verme con la máscara antigás, y la penetro hasta el fondo, arrancándole un gemido de dolor.

Se ve preciosa y jodidamente violenta mientras golpea la mano que le roba el aire, clavándome las uñas en la piel. Se queda rígida en cuanto la embisto como si intentara matarla, lo bastante fuerte para que le duela y lo bastante rápido como para que vea las estrellas.

—Menuda puta —gimo, con palabras entrecortadas pero efectivas, y ella me mira y pone los ojos en blanco—. Métetela hasta el fondo, joder.

Se contrae a mi alrededor, y tan solo tardo unos minutos más en follármela antes de que su cuerpo se tense y grite contra mi palma a medida que su orgasmo la recorre.

La sigo inmediatamente, llenándola con cada gota de mi semen, viéndola perder y recuperar el conocimiento por mi agarre en su garganta. Tiene los ojos abiertos por la presión estranguladora que ejerzo sobre ella y su cuerpo empieza a flaquear debajo de mí.

Acaba de dejar que un extraño se la folle. ¿Por qué me cabrea

eso?

Retiro las manos de su cuello y su boca y las apoyo en los cultivos caídos junto a su cabeza, deslizando mi polla dentro y fuera de ella a pesar de que solo está semidura.

Quiero decirle que es preciosa, que se adapta muy bien a mi tamaño, joder, que está hecha para mí. Pero no sé cómo pronunciar esas palabras sin cagarla, y eso me enfurece conmigo mismo y con ella.

Intenta decir algo, pero no consigue hablar. No quiero oír su voz ahora.

Saco el trapo del bolsillo, el que he rociado con cloroformo, y lo presiono contra su boca mientras ella se resiste.

Duerme, mi preciosa hermana.

Sigo metiéndole el pene hasta el fondo, con embestidas superficiales, hasta que se desmaya del todo.

Me quito la máscara, la tiro a un lado y sacudo la cabeza, respirando. Joder, hace mucho calor ahí dentro, y el sudor de mi pelo empieza a picarme.

Me subo un poco la camiseta y miro entre nosotros, viendo cómo mi polla sigue deslizándose dentro y fuera, centímetro a centímetro. El resultado de los orgasmos de los dos gotea de su coño. Recojo lo que puedo de su muslo y hundo dos dedos en su interior, con los ojos cerrados y soltando un gemido. Mantener mi semilla dentro de ella es imprescindible, lo he imaginado demasiadas veces para que sea sano.

No quiero dejarla embarazada, joder, pero me gusta la idea de que esté llena de mi semen. Saber que goteará por sus piernas.

Le saco el destornillador del culo, me lo vuelvo a meter en el bolsillo con el paño y suspiro.

Su cuerpo inmóvil no hace ningún movimiento. Tiene sangre en los muslos. Le he hecho heridas con él, pero no son profundas, sino pequeños cortes. Me inclino y los chupo. El sabor a cobre de su sangre me hace relamerme, con ganas de probar más. Le muerdo con fuerza en el otro muslo, abriéndole la piel, y pongo los ojos en blanco al saborear también la sangre de esa zona.

Creo que me estoy tomando el espíritu de Halloween demasiado

en serio. Me convertiré en un puto vampiro si sigo bebiendo su sangre.

Le doy un beso en el coño, deslizo la lengua por su agujero y nos saboreo a los dos, luego chupo un poco su clítoris y le doy un pico.

Subirla a mi moto va a ser un quebradero de cabeza. Me levanto, miro a mi alrededor y, cuando diviso una zona vallada cerca de la carretera, ideo un plan.

Tras cubrir el cuerpo de Olivia con cultivos caídos, cojo mi máscara y me la pongo a medias. Luego dejo a mi hermana en el maizal y vuelvo a la feria, pillo una cerveza en uno de los puestos y camino hacia mi moto. Espero unos minutos allí fumando antes de conducir hasta el lateral del campo y aparco lo suficientemente cerca como para poder llevar a Olivia hasta allí sin peligro.

Aparto el maíz de una patada y cargo a mi hermana inconsciente hasta la moto, y me dan ganas de darme una patada en los huevos por no haber traído el casco para ponérselo. La siento delante de mí y mi mano se desliza hacia abajo para tocar su coño expuesto. Este se frota contra el asiento mientras conduzco hasta una vieja granja que compré hace unas semanas. Específicamente para este momento en el que tuviera a Olivia en mi poder.

Para mi sorpresa, no se cae, y cuando llego a la oscura y estrecha carretera, sonrío al pensar en lo bien que lo vamos a pasar aquí. En el miedo que voy a sembrar en ella en el momento que se dé cuenta de quién la ha secuestrado.

Mi pequeña prisionera por ahora. Mi querida Olivia.

No te irás de aquí sin que me vengue, puta traidora.

13

¿Por qué su madre biológica tuvo que ponerle un nombre tan jodidamente difícil?

De los millones de nombres que podría haber elegido, ¿por qué escogió uno con tres malditas sílabas? ¿No pensó en todas las personas que tendríamos dificultades para pronunciarlo, como las que necesitamos logopedas o nos conformamos con usar la lengua de signos?

Si no estuviera muerta, la mataría por llamarla Olivia.

Miro fijamente las letras y las recorro con el dedo.

—O-le-via. —Sacudo la cabeza—. Ol-i-via.

Aprieto los dientes. ¿Por qué cojones no puedo decirlo bien? Sé cómo se dice su nombre, pero cuando intento pronunciar las letras, mi tono cambia y la cago.

¿Y si lo acorto? Ella cree que me llamo Kai. ¿Y si la llamo Liv?

—Liv —pruebo, haciendo una mueca—. Oli… via.

Mejor.

Me siento erguido, respiro e intento decirlo todo como una sola palabra.

—Ol-i-vara.

Mi confianza disminuye. A la mierda.

Arrugo el papel, lo tiro a la papelera y enciendo un cigarrillo. Me lleno los pulmones con el veneno humeante, observando a mi hermana a través de la pantalla de mi teléfono. Está colgada del techo del sótano, con cadenas en cada muñeca, un collar alrededor de la garganta y los tobillos encadenados con un separador que le mantiene las piernas separadas. Está preciosa con su traje de novia gótica y las bragas metidas en la boca.

Lleva horas ahí colgada mientras me aseguro de que nuestra habitación está lista. Lo está, y estoy deseando compartir la cama

con ella.

Me pongo un pasamontañas negro y masco un chicle, mirándome en el pequeño espejo roto de la pared. Puede que reconozca mis ojos, así que me coloco también la máscara antigás, me pongo los guantes y bajo al sótano con un bocadillo y un vaso de agua.

Se me acelera el pulso cuando abro la puerta y la veo, aunque está inconsciente; tiene el rímel y el pintalabios negro corridos por toda su bonita cara.

Dejo el plato en el suelo y me sitúo frente a ella, inclinándole la barbilla hacia atrás y sacándole las bragas de la boca. Respira, sus ojos se agitan tras los párpados, y yo le sonrío —aunque no es que pueda verme— y le acerco el vaso de agua a la boca.

Olivia se traga cada gota y yo le paso el pulgar enguantado por los labios y luego lo bajo hasta el collar alrededor de su garganta. Iba a atarla a mi polla o a mi muñeca, pero quiero darle la libertad de que sea ella la que quiera venir conmigo a nuestro dormitorio. Sin embargo, todavía no es el momento.

Aún no se lo ha ganado.

Abre bien los ojos y coge aire al darse cuenta de que está encadenada e inmovilizada en el sitio.

—¿Qué coño…? —exclama. Se mira las piernas y se percata del separador que las mantiene abiertas—. ¡Suéltame!

Sacudo la cabeza, recojo el bocadillo y se lo acerco a la boca.

—Come —le exijo—. Está… bueno.

Me aclaro la garganta, molesto conmigo mismo por titubear un poco al decir las palabras. Ella cierra la boca, así que le pellizco la nariz y le meto el bocadillo cuando por fin separa los labios para respirar.

Tienes que comer, querida hermana, o esto acabará antes de lo previsto. Tienes que mantenerte sana, hidratada y bien alimentada mientras te hago sufrir por haberme robado ocho años de mi vida.

Al menos eso es lo que quiero decirle, pero no tengo ni idea de cómo.

En lugar de eso, en lo que mastica, bajo mi mano libre hasta su coño y deslizo mis dedos por él. Siempre está tan mojada… El miedo

siempre la excita. Y el dolor. Sé que la zona entre sus piernas y su agujero trasero deben de estar doloridos, y probablemente también su mandíbula por lo duro que le he follado la boca.

Gime alrededor del bocadillo al notar que meto un dedo en su interior.

Han pasado unas diez horas desde que nos fuimos del festival. Les he enviado mensajes a sus amigas haciéndome pasar por ella para decirles que se ha ido a casa con su amigo motero y que ya hablarían. También he visto un correo abierto de mamá con los detalles de su primera cita con Xander.

Mi querida hermana debería conocer a su futuro marido mañana. Es una pena que en vez de eso vaya a chupársela a su hermano.

Añado otro dedo y todo su cuerpo se tensa.

—Mmm. —Suspiro, metiéndole el resto de la comida en la boca para amordazarla, y le desabrocho lentamente la parte delantera del corsé. Con cada broche que quito sus tetas se hacen más visibles por la parte superior, y cuando consigo aflojar los suficientes, se retuerce entre las cadenas, tratando de balancear sus caderas contra mi mano mientras le pellizco un pezón.

Se lo retuerzo y grita con el bocadillo aún en la boca y lo escupe.

—Por favor. Por favor. —Jadea.

Saco los dedos de su interior y me dirijo hacia la mesita. Levanto el cuchillo que hay junto al plato y lo hago girar en mi mano, volviéndome hacia ella. Llora otra vez, con el coño empapando sus muslos, y yo sonrío bajo la máscara, empezando a empalmarme.

Camino hasta ponerme detrás de ella y lucha contra las cadenas para mirarme, para ver lo que hago, pero está atrapada. Aprieto la mandíbula para obligarme a no herirla de gravedad, causándole más dolor del que puede soportar, mientras le corto el resto del corsé y le paso la hoja del cuchillo por la columna.

Tiembla; solo lleva puesta la falda, un patético trozo de tela que arranco fácilmente con las manos y arrojo a un lado.

Su cuerpo desnudo siempre ha sido mi paraíso. Un lugar al que

no pertenezco, uno que no debería mancillar ni cortar. Sin embargo, cuando la rodeo, le acerco el afilado filo de la hoja a su pezón y corto con cuidado, haciendo que se ponga rígida al sentir un hilillo de sangre deslizándose por su vientre. Hago lo mismo con el otro y ella gime de dolor y de placer.

Sus ojos se posan en mí.

—Quítate la máscara.

Sacudo la cabeza, aunque me invade una oleada de ansiedad. Si descubre que soy yo, ¿qué hará? Me lo estoy pasando demasiado bien como para arruinar mi identidad oculta.

—Si te la quitas, te la chupo.

Frunzo el ceño y dejo de caminar a su alrededor.

—¿Qué? —Mi voz es más grave: un tono de advertencia que nunca me había oído usar.

No tiene ni idea de quién soy y acaba de ofrecerse a chupármela a cambio de que me quite la máscara. Sujeto su barbilla con firmeza, acerco el cuchillo a su cuello y presiono la hoja afilada contra su garganta. Quiero cortársela, profundamente, y ver cómo la sangre se derrama por su cuerpo. Pero también quiero besarla, maldita sea.

—Tengo un hermano —dice, con los ojos llorosos—. Si me haces daño, él te encontrará.

—¿Sí? —La emoción que me recorre ahora mismo es de puto éxtasis. Acaba de amenazarme conmigo mismo, cree que la salvaré.

Mi mirada se posa en el medallón que tiene entre los pechos y jadea cuando se lo arranco del cuello.

—¡No!

Lo abro, miro fijamente la foto de cuando éramos más jóvenes y se lo arrojo a la cara.

—¿Él?

—¡S-Sí! —grita—. Por favor, no lo rompas. Por favor.

—¿Lo quieres? —Mi pronunciación se mantiene estable.

—Es mi hermano —responde, con el labio inferior tembloroso—. Claro que lo quiero.

Me río, me río de verdad, como nunca lo había hecho. Mi risa suele ser silenciosa —solo sacudo el cuerpo mientras sonrío—, pero

en esta ocasión es ruidosa, y echo la cabeza hacia atrás con una sonrisa genuina en la cara.

La muy…

¿Cómo puede decir que me quiere después de destruir lo que teníamos?

Me agarro la máscara antigás y me la quito. Se le cambia la expresión al ver el pasamontañas.

—Un trato… —me detengo, mi tono ya está jodido— es… un trato.

Me observa tirar la máscara a un lado y yo me dirijo a la pared a la que están conectadas todas las cadenas y aflojo las que tiene alrededor de las muñecas y el cuello, haciéndola caer de rodillas, con las piernas aún abiertas por el separador.

Si no llevara guantes, sentiría su suave pelo entre mis dedos. Lo agarro, permaneciendo de pie frente a ella.

El sótano no está iluminado, salvo por una lámpara de mierda que hay a un lado que le da un suave resplandor, así que no puede ver bien ni mis *piercings* ni mis ojos. Libero mi polla, agarro firmemente su mandíbula y se la meto en la boca.

Esta vez, dejo que ella haga el trabajo. De rodillas y encadenada, con la sangre de sus pezones secándose y el coño empapado, rodea con sus finos dedos la base y se la introduce en la boca todo lo que puede. No la tengo pequeña —de hecho, estoy por encima de la media—, así que el hecho de que pueda metérsela casi entera es impresionante.

Cierro los ojos y me deleito en la sensación de cómo me la chupa, con la otra mano en el muslo, agarrándome, y su garganta contrayéndose en torno a mi grosor. Se atraganta, pero la retengo por la nuca y la mantengo en esa posición hasta que siento que estoy cerca de correrme.

No quiero terminar todavía, así que me retiro, me meto el pene en los calzoncillos y le doy una ligera bofetada en la mejilla, riéndome mientras me mira.

—Tienes un *piercing*.

La observo fijamente, sin molestarme en responder. Por dentro, me entra el pánico. Porque no tengo un *piercing* normal. Tengo

varios, cinco barras como una escalera colocadas en la parte inferior de la polla y un aro en la punta. Me hice unas pequeñas dilataciones en las orejas cuando salí de la cárcel y tatuajes en el cuello y en las manos, pero aparte de esos cambios desde que tenía diecinueve años, no hay nada diferente en mí.

Se limpia la boca.

—Devuélveme mi medallón.

Devuélveme mis ocho años, quiero decir, pero la ignoro.

Intenta ponerse en pie con las piernas temblorosas y no lo consigue, así que la ayudo tirando de la cadena para que vuelva a su sitio, tensándola por completo. Me humedezco los labios y cojo un cigarrillo, viéndola colgar del techo, con el collar ahogándola, aunque no lo suficiente como para matarla. Jadea intentando coger aire en tanto que enciendo un cigarrillo, inhalo y soplo el humo contra su coño.

Este se contrae, y sonrío para mis adentros, acercando el cigarrillo a esa zona, justo encima del clítoris, y presiono el extremo ardiente contra su piel. Solo lo hago durante una fracción de segundo, pero es suficiente para hacerla soltar un grito ahogado y luego gemir mientras arrastro la lengua por su raja brillante y chupo la zona que acabo de quemar.

Está… excitada. Más todavía. ¿Así que también le gusta ese tipo de dolor?

Dejo un pequeño rastro de quemaduras en su piel hasta llegar a sus pechos y marco mis iniciales justo debajo de ellos, y beso y lamo cada marca hasta terminar mi cigarrillo. Le acaricio las tetas, le muerdo los pezones y le abro la piel, y todo su cuerpo se estremece cuando le sobreviene un orgasmo. Sus muslos se tensan y veo cómo su coño se contrae en el aire, cómo tiembla entre las cadenas mientras le meto dos dedos hasta el fondo para llevarla al clímax.

A pesar de que se desmaya justo después, continúo. Le lamo el clítoris, añado un tercer dedo y la follo mientras le masajeo el culo.

Luego saco los dedos y me arrodillo detrás de ella, separando sus nalgas con las manos y usando la humedad de su excitación para lubricar su ano. Este me mira fijamente, como si quisiera mantener una conversación, así que lo hago callar metiéndole la

lengua.

Se despierta gritando y sonrío para mis adentros, arrancándole un último orgasmo.

Esto va a ser muy divertido, Olivia.

Estoy sentado en mi silla, esperando a que Olivia se despierte. Han pasado tres horas y estoy aburrido.

Me pongo de pie, cojo otra cadena y la engancho en el techo detrás de ella, colocándola entre sus piernas y pasándola por un aro que instalé para utilizarlo como polea. Suspiro, observándola durante un minuto, y luego tiro de la cadena, deslizándola entre sus piernas, y la pongo de pie.

El grito que suelta me hace reír.

Tiene el clítoris atrapado entre dos eslabones de la cadena y veo una mancha de sangre. Le queda bien, el rojo es sin duda su color.

Lamo la mancha y ella se estremece.

—¡Maldito psicópata!

Bien, defiéndete, hermanita. No te rindas.

Intenta darme un rodillazo en la cara, pero las cadenas se lo impiden. Le subo más la que tiene entre las piernas y chilla, aunque me doy cuenta de lo empapada que está.

Es toda una masoquista, y me encanta, porque creo que soy un hijo de puta sádico.

Olivia reprime un gemido mientras arrastro la lengua por sus costillas y me detengo en uno de sus pezones. Chupo la punta, feliz de ver que ambos ya están duros como una piedra.

—Te encanta el dolor —digo sin titubear, y quiero darme una palmadita en la espalda—. A mí también.

—Lo que tú digas, cabrón —suelta, tirando de sus cadenas—. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo. Cuando mi hermano descubra dónde estoy, porque lo hará, vendrá a por ti.

Sonrío y le doy un golpecito en la mejilla. Es una mujer estúpida. Una mujer estúpida, guapa e inteligente con la que quiero pasar el resto de mi vida.

De puntillas, mueve distraídamente las caderas hacia delante para que la cadena se restriegue contra su coño, y yo vuelvo a sentarme en mi silla y la observo, encendiendo un cigarrillo.

—Continúa —le exijo, metiéndome la mano en los calzoncillos para cogerme la polla y acariciármela mientras ella se frota contra la cadena.

Cuando le roza el culo, pone los ojos en blanco, rindiéndose. Es una guarra y jodidamente *sexy*, lo reconozco. También quiero follarle el ano.

Me pongo de pie y camino a su alrededor. Olivia parece demasiado absorta en correrse, y solo detiene sus movimientos de cadera en el momento que me acerco por detrás y le separo las nalgas para ver la cadena entre ellas.

Alargo la mano y la aflojo, enganchando el dedo entre los eslabones de su culo y moviéndolo sobre una de sus nalgas. Aunque todavía está contra su coño, ahora tengo acceso a su culo.

Escupo y la saliva cae por su espalda hasta su agujero. Sacudo la cabeza y vuelvo a la mesa. Cojo el cuchillo, me subo la manga lo suficiente para que se vea un poco de piel tatuada y me corto, haciendo que Olivia jadee.

De nuevo detrás de ella, dejo que mi sangre se deslice por su espalda, esparciéndola por todas partes con la palma de la mano, viendo cómo se filtra por entre sus nalgas.

Mi polla palpita y la saco, acariciándola un par de veces con el puño ensangrentado antes de alinearla con su culo.

Vuelve a luchar contra las cadenas, pero no oigo sus gritos, ni sus gemidos, ni nada, mientras empujo la cabeza de mi pene hacia su agujero trasero. Poco a poco, me agarra, y, joder, está apretado. Más apretado que su coño. Nunca había hecho esto antes, nunca había follado a nadie por el culo y he supuesto que sería como deslizarme en su coño.

Estaba muy equivocado. Esto es de lejos lo mejor que he sentido nunca. Duele por lo estrecho que es el conducto del ano, que se aprieta alrededor de cada centímetro que consigo introducir. Está llorando, suplicándome; por qué, no lo sé. Estoy más concentrado en lo glorioso que es penetrar su agujero trasero.

Todavía me gotea sangre de la muñeca, y le cubro la espalda con ella. Luego le desabrocho el collar y la agarro por el cuello, follándomela mientras las cadenas le rozan el coño.

Se estremece en mi agarre, las lágrimas resbalan contra mi mano a medida que mi sangre mancha su pecho. Joder, no puedo ver bien, y mis gemidos son profundos, fuertes, roncos. Creo que voy a tener que quedarme aquí dentro para siempre.

Es oficial. Yo, Malachi Vize, juro por la presente ser un hombre de culos a partir de ahora. Por y para siempre, satisfaré mis necesidades enterrando mi polla en el apretado agujero trasero de mi hermana.

De pronto alcanza el orgasmo, y puedo sentirlo en su culo. Cada vez está más apretado, tanto que temo que mi pene se atasque o se parta por la mitad, pero no importa. Con gusto moriría aquí.

¿Ves esto, papá? Estoy dentro de mi hermana otra vez, y no puedes hacer nada para detenerme.

Pongo los ojos en blanco, llenándole el culo con mi semen. Mantengo mi pene ahí, profundo, palpitante, expulsando cada gota de esperma de mi cuerpo, mientras ella solloza con todas sus fuerzas, suplicándome que pare.

Me inclino hacia delante y desconecto la cadena, y grita aún más cuando saco la polla de su culo. Sonrío ante mi obra. La sangre. El semen. Las lágrimas. Casi he terminado, y cuando lo haga, Olivia se entregará a mí para siempre.

14

Mamá está empezando a tocarme los cojones.

Primero, planea que Olivia cene con Xander. Ahora, le manda un correo para fijar la fecha de la boda para dentro de dos semanas.

Tal vez debería matarla. ¿Seguiría adelante la ceremonia si la madre de la novia hubiera sido trágicamente despedazada y se la hubieran dado de comer a una manada de lobos?

Conociendo a mi familia, es probable.

Mi tarántula se arrastra por mi mano y la observo estudiar mi olor. Es nueva. La compré hace unos días y creo que es idéntica a Spikey, mi antigua mascota, a la que mamá mató cuando me arrestaron.

Se cargaron a mi maldita araña, los hijos de puta.

Todavía quiero vengarme por eso también, porque Olivia ni siquiera intentó detenerlos… Según su diario, no hizo mucho para defenderme, solo se protegió a sí misma. Sinceramente, todo lo que he leído en ese puto libro me ha cabreado. Habla mucho de mí, de lo abusivo que fui con ella, y, sin embargo, le gustaba. Le gustaba cuando yo era un capullo manipulador y agresivo.

¿Entonces por qué testificaste en mi contra, dulce Olivia? ¿Por qué contarle a toda esa gente lo que le hice a papá y luego llenarme el teléfono de mensajes de voz llorando y disculpándote? ¿Por qué me buscaste cuando me soltaron? ¿Por qué actúas como si me odiaras cuando me echas de menos?

Soy un hipócrita. La ira me invade al pensar en Olivia, pero en el fondo, joder, yo también la echaba de menos. Estar separado de ella era como ser arrojado al mar cuando no sabes nadar. Me estaba ahogando hasta que volví a ver a mi hermana.

Ahora mismo tiene algunas telarañas sobre ella. Mi mascota se ha arrastrado por todo su cuerpo hasta que ha decidido intentar

escapar del sótano y me ha hecho perseguirla, la muy cabrona.

—Ol-ivi-a —murmuro para mis adentros. Intento susurrarlo más rápido y meto la pata. Suspiro y compruebo si tiene algún mensaje nuevo en el móvil, pero hasta sus redes sociales están muertas.

¿A dónde se ha ido tu emocionante vida, hermana?

Las cadenas suenan y alzo la mirada para verla despertarse.

—Ah —empiezo—. Bien. Despierta.

Quería decir «Estás despierta», pero supongo que aún estoy aprendiendo esa mierda de hablar.

Me pongo de pie y camino hacia ella mientras mi araña corretea por mi palma. Todavía es un bebé peludo, aunque la forma en que mi hermana abre los ojos me dice que, uno, no tiene ni idea de que tiene telarañas en el pelo y en el cuerpo, y dos, todavía le aterroriza cualquier cosa con ocho patas.

Mi pobre araña. Solo quiere ser comprendida, como yo. ¿No es así, amiga?

—¡No te atrevas a acercarte a mí con esa cosa!

Sonrío, todavía con el pasamontañas puesto. Ayer le estuve follando el culo todo el día, y mientras ella se desmayaba, yo me duché y me fui a dormir a nuestra cama. Intenté lavarla con una esponja, pero se excitó y acabé follándole el culo otra vez.

Incluso me rogó que le prestara atención a su coño, aunque yo se la negué.

No puedo evitar sonreírle. Es preciosa, lo ha sido desde que éramos niños. Creo que desde que la conocí en el aeropuerto supe lo importante que sería para mí, y cuando aprendió la lengua de signos y a tocar el *Cumpleaños feliz* al piano para darme una sorpresa, pensé que yo también lo era para ella. A pesar de que pasaron los años, nunca pude soportar estar lejos de Olivia. Siempre quise besarla y reírme con ella, tumbarme en su cama y verla dormir, oler su puto pelo como la droga que es.

Yo era —técnicamente— su hermano. Aún se me considera como tal, creo. Y por mucho que quisiera ser especial para ella, estar con ella, nunca quise ese título. Quería ser su primer beso, su primer amor, su primer baile en el baile de bienvenida. Quería cogerla de la mano y besarla siempre que quisiera. Nunca fui lo bastante normal

para ella, solo un bicho raro sin voz.

Nuestros padres me odiaban. Yo era el niño adoptado por el que nunca debieron apostar. Mi hermana era el ángel —todavía lo es para mí, a pesar de todo— y yo era el error.

Ya estaban preocupados por mi fijación con mi hermana, pero cuando tenía quince años, la besé durante una partida de un juego de mesa y me trasladaron al otro lado de la mansión, por lo que teníamos que arriesgar nuestras vidas cada vez que queríamos colarnos en la habitación del otro caminando por la cornisa del tejado.

Cuando tenía diecinueve años, sabía que lo que sentía por ella estaba mal. Era como una enfermedad que no tenía ni idea de cómo tratar. Olivia Vize era mi hermana, y yo fantaseaba con hacerla mía, besarla hasta que no pudiéramos respirar, hacerle daño y que le gustara.

Estaba tan peligrosamente obsesionado con ella que planeé follármela mientras dormía; sin embargo, en lugar de eso me conformé con tener una cita para intentar ponerla celosa.

Ese fue mi primer error: todo el mundo inventaba mentiras sobre mí. A pesar de que yo era el perdedor, el raro, todas las chicas querían chupármela o intentar que me las tirara para comprobar si gemía su nombre. Nunca me acerqué a Anna. No la besé, y por supuesto no me la follé. Olivia fue mi primera vez, es la única persona con la que he estado.

Intenté explicárselo, pero no paraba de agarrarme las manos cuando hacía señas y no podía decir su nombre ni decir todas esas palabras. Me abofeteó, me gritó, y entonces tuve una sobrecarga sensorial y estallé.

Y supongo que me enfurecí y lo arruiné todo.

Ahora, mi hermana se aparta de mí todo lo que le permiten las cadenas, mientras arrastro la palma de mi mano por sus tetas, con mi araña sobre el dorso. Está temblando mucho, y sus pequeños gemidos me están poniendo la polla dura. Me la recoloco en los pantalones, sujetándola con la cinturilla, y ella dirige la vista hacia abajo.

—E-Espera… —vacila, y su mirada me dice que es un miedo que

quizá no le excite. Menos mal que esto no es para ella, es para mí. Por los años que me quitó.

Inclino la cabeza como hago siempre que la miro y arrastro la palma de la mano por su pecho cubierto de telarañas hasta la garganta.

Se queda helada en el momento que dejo que la araña se pose en su cara.

Creo que ni siquiera respira cuando inclino más la cabeza y veo cómo se desliza sobre uno de sus ojos.

—Pre-cio-sa.

—Por favor, quítamela. Por favor, Kai. Por favor. Haré lo que sea.

Me muerdo el labio y me coloco detrás de ella.

—Me gusta la forma en que… —me detengo, armándome de valor para seguir pronunciando las palabras, hundiendo los dientes en su cuello para ganar algo de tiempo. Ella gime y tira de las cadenas— gritas —termino, lamiendo su clavícula y pasando la lengua por su nuca hasta morder el otro lado de su cuello. Le retiro el pelo hacia el hombro contrario, me bajo los pantalones para liberar mi polla y la aprieto contra su entrada—. Grita más fuerte —añado metiéndosela por detrás, y su garganta emite el más excitante de los sonidos, con la cabeza echada hacia atrás.

Mi mascota trepa por un lado de su rostro, y puedo ver el miedo en su expresión, lo que me hace reír.

—Wincy, Wincy Araña —le susurro al oído, entrando y saliendo de su coño— subió al canalón.

Mi tono es sorprendentemente bueno, teniendo en cuenta lo que está pasando. Tal vez sea el hecho de que estoy distraído con mi cuerpo apretado contra el suyo, o la forma en que su coño se aferra a mi polla mientras sigo empujando, haciendo que su respiración se entrecorte por el miedo y el placer.

—Vino la lluvia —continúo despacio, mordiéndome el labio y gimiendo a medida que me adentro más en su interior— y se la… llevó…

—Oh, Dios —gime, y las cadenas traquetean al tirar de ellas justo cuando mi amiguita peluda se arrastra por su pelo.

—Salió el sol —murmuro, dejando caer la mano por delante de

ella para pellizcarle el clítoris a la vez que le retuerzo el pezón— y se secó la lluvia.

Siento cómo la araña se me sube al cuello y se instala allí mientras me follo a mi chica con más fuerza. Un escalofrío me recorre la espalda hasta los huevos y aprieto los dientes para pronunciar el resto de la letra de la canción infantil.

—Y Wincy… Wincy Araña…

Olivia estalla alrededor de mi pene, sus paredes internas aprietan mi grosor, y yo pellizco su clítoris con más fuerza, embistiendo más profundo y haciéndola gritar durante su orgasmo.

Mis huevos se tensan más que nunca y me corro dentro de ella, soltando hilos de esperma con cada sacudida de mi propia liberación.

Se me nubla la vista y casi me desplomo contra su cuerpo en un intento por recuperar el aliento.

Vuelve a quedarse flácida. Suspiro, salgo de ella y apoyo la frente en su espalda mientras le unto las mejillas con la sustancia pegajosa que gotea de su interior, golpeando una lo bastante fuerte como para dejarle una marca.

El cosquilleo que siento en la nuca, donde no me cubre el pasamontañas, me lleva a buscar mi tarántula con cuidado.

La sostengo en la palma de la mano y suelto una risita, agarrando una cadena por encima de mí para apoyarme, ya que estoy un poco mareado.

—Otra vez… subió.

Mi tarántula se arrastra por mi brazo mientras abrazo a mi hermana.

Voy a olerle el pelo y frunzo el ceño. Ya no huele a fresas como cuando llegamos. Además, parece que las quemaduras necesitan más crema. Y tiene las muñecas rojas y en carne viva por las cadenas.

¿La he tenido encadenada demasiado tiempo?

He estado más que feliz de limpiarla cuando se orinaba y de alimentarla cuando necesitaba comida, pero creo que ha llegado el momento de bañarla: está cubierta de sangre seca, telarañas, semen, quemaduras de cigarrillo y marcas de mordiscos.

Vale.

Tal vez ha tenido suficiente.

Sé que yo sí. Tengo ganas de tumbarme con ella y abrazarla, aunque me pegue en el proceso.

Le libero las muñecas y la cojo en brazos. Mi araña se sienta en mi hombro mientras salimos del sótano y dejo que nos acompañe al dormitorio. Mi hermana ronca contra mi pecho, la levanto más para dejarla caer sobre mi hombro y luego acomodo a mi mascota en su terrario.

Llevo a Olivia al baño, la siento en el suelo y lleno la bañera. Apoyo su espalda contra mi pecho y le paso un peine por el pelo. Está gimiendo en sueños, frotándose los muslos, así que bajo la mano y le acaricio el coño, y al instante, la pequeña y codiciosa desconocida empuja contra mi palma.

—No —digo, retirándola—. Todavía no.

La sumerjo en la bañera, sin meterme con ella como hacía cuando la drogaba en su apartamento. Lavo toda la sangre de su cuerpo con una esponja y después cojo su champú habitual y le enjabono el pelo con él. No para de resbalarse bajo el agua y, joder, me estoy cabreando.

Sin dejar de sujetarla, me quito la ropa con una mano —incluso el pasamontañas— y me pongo detrás de ella para mantenerla quieta mientras le lavo el pelo. Suspiro de satisfacción al ver lo bien que encaja contra mi cuerpo, le acaricio las tetas y le toco los pezones, haciéndola gritar suavemente.

Sigue inconsciente cuando la seco, le cepillo los dientes, la beso y la meto en la cama. Me visto con ropa limpia —una sudadera con capucha y un chándal para ocultar mis tatuajes—, me vuelvo a cubrir la cabeza con el pasamontañas y me siento en la cómoda con un cigarrillo en lo que ella duerme. Desnuda. Expuesta. Marcada con mi boca y mis iniciales grabadas a fuego y pequeños cortes de mi cuchillo.

Es perfecta. Es… mía.

Apago el cigarrillo y me meto en la cama a su lado, cansado, pero no puedo dormir: se despertará antes que yo e intentará huir.

No puede dejarme. No de nuevo.

La atraigo contra mí —encaja perfectamente con mi cuerpo al hacer la cucharita, es mi pieza de puzle—, la rodeo con los brazos y le doy besos suaves y castos detrás de la oreja. Ella suspira, mueve las caderas y yo me retiro para ver cómo su culo se restriega contra mi pene, cada vez más duro.

Me acuerdo de aquella primera vez en mi cama, cuando pensó que estaba dormido e hizo lo mismo. Estaba jodidamente cerca de llegar al límite en ese momento, pero era virgen, y tanto si era un pajillero engreído como si no, Olivia me ponía nervioso.

Todavía lo hace.

Pongo a Olivia bocarriba y me acomodo entre sus piernas, bajándome los calzoncillos por el culo para liberar mi polla. Me agarro la base con el puño, la acaricio una vez y luego la golpeo contra su clítoris, lo que hace que se tense y abra más las piernas para mí.

Deslizo la cabeza perforada por sus resbaladizos pliegues y la introduzco en su abertura; ella se revuelve contra mí, su coño envuelve mi cabeza y me hace estremecerme.

Aprieto la almohada junto a su cabeza con una mano y le agarro la garganta con la otra. Sus ojos se abren de golpe cuando aprieto, justo en el instante en que se la meto con una fuerte embestida.

Buena chica, Olivia. Mantente despierta mientras te follo así.

No la he follado en la postura del misionero estando despierta, y quiero que me mire a los ojos mientras lo hago.

Me observa con los suyos muy abiertos, alternando la mirada de un ojo a otro, y yo entierro la cara en su cuello, meneando las caderas contra ella con tanta fuerza que el cabecero resuena contra la pared. Inhalo, oliendo su pelo, su frescura, y mi polla hormiguea, poniéndose más gruesa.

—¿Malachi?

15

Me detengo. Mis pulmones se paran y mi corazón se reinicia mientras permanezco inmóvil, como si acabara de imaginarla diciendo mi nombre. ¿Lo ha hecho? ¿O es otra vez su voz en mi cabeza? Durante el tiempo que estuve encerrado, siempre tenía conversaciones con ella, pero nunca eran reales. Estaba perdiendo la puta cabeza y algunas noches me engañaba a mí mismo pensando que estaba tumbada a mi lado.

—Malachi —repite, y mi pene palpita en su interior. Empujo mi brazo extendido para poder zafarme de ella.

Sin embargo, me atrapa rodeándome la cintura con las piernas, con los labios entreabiertos. Vuelve a mirarme frenéticamente a los ojos y levanta la mano temblorosa. No me aparto cuando me sube el pasamontañas por la barbilla, la boca, la nariz, hasta que me lo quita por completo.

Mi pelo negro y largo, cayendo sobre mis ojos, llama su atención. Me pasa la mano por él, con las piernas aún apretadas alrededor de mis caderas, y una lágrima se desliza por el rabillo de uno de sus ojos.

Su mirada sigue a sus dedos, que bajan de mi cabello para trazar una de mis cejas, descienden por el lateral de mi cara hasta la línea de la mandíbula, rozan la barba incipiente y llegan a mis labios.

Está hipnotizada, como si no me hubiera visto en ocho años.

Es decir, no me ha visto, pero esperaba que me gritara que me quitara de encima de ella, o que me pegara, o que me maldijera por lo que he hecho, no que hiciera… esto. Está trazando mis rasgos faciales.

Se lo permito. En lugar de hacerle pagar por arruinar casi una década de mi vida, dejo que me toque con total libertad, y me encanta.

Siento calor y hormigueo y… me gusta.

Las yemas de sus dedos son suaves. Me he privado tanto del tacto durante el encierro que en el instante que me toca la mejilla con la palma de la mano, aprieto la cara contra ella.

—Puedes hablar —dice, con el labio inferior tembloroso—. Puedes… Puedes hablar, Malachi.

La miro fijamente y muevo los labios, pero no emito ningún sonido. Sacudo la cabeza y me quedo helado cuando se inclina hacia mí y me besa. Sus labios son tan suaves y adictivos que me relajo en el beso y abro la boca, dejando que su lengua se deslice y se mueva contra la mía. Su sabor, sus putos besos… No tenía ni idea de que los necesitara tanto.

Mueve las caderas hacia arriba y yo respondo a sus movimientos con una lenta embestida, y los dos jadeamos en la boca del otro. Me agarra del pelo y me inclina la cabeza para profundizar el beso mientras yo entro y salgo despacio de ella.

A pesar de que está empapada y apretando mi polla, yo estoy más concentrado en sus besos, en cómo gime y me tira del cabello, en cómo controla la situación mientras me empuja y se sube encima de mí.

Olivia parece un puto ángel cuando se sienta a horcajadas sobre mis caderas, se pone de rodillas y su coño queda alineado con mi pene, y luego baja para que vuelva a llenarla. Apoya las manos sobre mi pecho, clavándolas en los gruesos músculos a medida que rebota sobre mi miembro. Sujeto sus caderas, follando su coño, que me agarra como un puño, apretando los dientes al tiempo que un profundo gruñido escapa de mi garganta.

Grita encima de mí, arañándome el pecho con las uñas mientras sus paredes internas me aferran durante su orgasmo. Aunque está temblando, sigue rebotando sobre mi polla, tomando el control, se deja caer y se restriega contra mí.

—Quiero oírte gemir otra vez —me pide, inclinándose para agarrarme el cuello y bajando las caderas más deprisa, haciendo que se me pongan los ojos en blanco—. Deja que tu hermanita oiga tu voz. Quiero sentir las vibraciones en tu garganta mientras gimes para mí, Malachi.

Sus enérgicas palabras, la forma en que me corta el oxígeno y la fuerza con que se mueve encima de mí hacen que se me tensen las pelotas. Me he corrido hace poco, ¿qué cojones está pasando?

Me mareo, suelto otro gemido y la sujeto por el hombro para mantenerla quieta, expulsando hasta la última gota de semen en su interior.

Se desploma sobre mí y yo la estrecho entre mis brazos, con el corazón latiéndome en el pecho, jadeando para que me entre aire en los pulmones, sintiendo el sudor que se ha formado entre los dos.

Al cabo de unos diez minutos, se incorpora y me mira.

—Jesús, Malachi. ¿Qué demonios estás haciendo?

Podría estar preguntándome varias cosas: ¿por qué me follaste mientras estaba inconsciente? ¿Por qué me metiste un destornillador por el culo? ¿Las cadenas? ¿La araña? ¿Los cortes, mordiscos y quemaduras?

Tantas preguntas, y lo único que puedo hacer es mirarla mientras está sentada encima de mí, llamándome por mi nombre, voluntariamente sobre mi polla, y toda hermosa y mía.

Pero entonces recuerdo nuestra realidad y lo que ella cree que le hice hace años.

—Anna… mintió —suelto de forma abrupta, sintiendo que la rabia me invade al pensar en esa zorra y en cómo, por desgracia, no le partí el cuello en cuanto quedé libre.

—¿Mintió? —pregunta Olivia, frunciendo el ceño.

Asiento, enroscando el dedo en un mechón de su pelo.

—Tú f-f-f… —Me detengo, sacudiendo la cabeza con fastidio. Era mucho más fácil hablar con mi identidad oculta.

—Tómate tu tiempo —me dice con una sonrisa, cogiéndome la mano cuando la separo de su pelo y entrelazando nuestros dedos—. Podría escuchar tu voz todo el día. Solo… respira. Te escucho. Ve despacio.

—Tú f-fuiste mi primera vez. Te lo p-prometo. La… primera y… la única.

Al menos no se está riendo de mi forma de hablar. Está siendo paciente.

—Tenía la sensación de que todo era mentira. Mis amigas se

pusieron un poco raras conmigo después de las acusaciones sobre nosotros, y nuestros padres me hicieron negar que alguna vez hubiéramos intimado. Yo… A pesar de que te odiaba por lo que le hiciste a papá, te echaba de menos. Incluso he tenido la sensación de que eras tú todo el tiempo, pero quería que me castigaras. No te habrían encerrado si no fuera porque yo testifiqué. —Entonces frunce el ceño y me da una palmada en el pecho—. ¡Me has puesto una maldita araña encima, imbécil! —Señala su cuerpo, las iniciales quemadas con las cejas levantadas—. ¿De verdad? ¿Y por qué has tardado tanto en aparecer? Te soltaron hace meses.

Sonrío y levanto las manos, haciendo señas.

«Estaba esperando el momento oportuno».

Me coge de las muñecas y niega con la cabeza.

—No. Usa tu voz. Háblame.

—A mí… —hago una pausa, lamiéndome con nerviosismo los labios— no se me da bien.

—Se te daba perfectamente susurrarme una canción infantil al oído mientras tu monstruo se arrastraba por todo mi cuerpo.

—Te corriste —asevero, encogiéndome de hombros—. Te… gustó.

Ella esboza una amplia sonrisa.

—Es muy grave.

—Sí. —Vuelvo a levantar las manos—. Déjame… decir esto por señas.

Ella asiente y las observa con atención.

«No me arrepiento de haber pegado a papá. Hizo de mi vida un infierno sin motivo. Pero echo de menos a mamá y sé que tenemos una hermana pequeña. Parece simpática, aunque no pienso hablar con ella».

—Es simpática —confirma—. Creo que te gustará. Es muy habladora y está llena de energía.

«Entonces, la voy a odiar».

Pone los ojos en blanco.

—¿Eras tú el que dejaba bombones y flores en mi casa?

«Sí. También te follé mientras estabas inconsciente en el suelo de tu baño».

—Voy a fingir que no te he visto decir eso.

«Escribiste en tu diario que querías experimentar la somnofilia. Te corriste en mi polla y todo. Táchalo de tu pequeña lista».

Ella aprieta los labios.

—Vale. ¿Dónde estamos? —pregunta, cambiando de tema.

«Esta es nuestra casa. Sabía que querías vivir en un sitio apartado, y cuando vi este lugar, usé el dinero que me dio mamá para comprarlo. Ahora vivimos aquí. La renovaré y decoraré. Sé que ninguno de los dos quiere tener hijos, pero si alguna vez los tienes, hay habitaciones libres que puedo disponer para ellos. Incluso puedo comprarte un perro si qui…».

Me coge las manos para detenerme y yo frunzo el ceño.

—Malachi —dice, y su rostro palidece como un fantasma—. No quiero vivir aquí.

Libero las manos.

«¿Quieres vivir en otro sitio? Puedo venderlo, no pasa nada. Podemos estar juntos donde quieras».

—No. —Se aparta de mí—. Quiero decir…, no quiero vivir aquí… contigo. O en cualquier otro lugar contigo. Lo que ha pasado desde el festival no cambia el hecho de que casi matas a papá. No te perdono por eso.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —exclama, y una lágrima resbala por su mejilla—. ¿De verdad me estás preguntando eso? Porque no te quiero. Yo… Nosotros… No, Malachi.

—¿N-no me q-quieres? —tartamudeo las palabras, pero no me importa una mierda. Es una mentirosa. Está mintiendo y me niego a aceptarlo.

Me levanto de la cama, me acerco a mis pantalones y saco el móvil. Tardo menos de cinco segundos en encontrar uno de los mensajes de voz que me dejó y lo reproduzco mientras ella se sienta en la cama.

Se oyen unos sollozos y luego…

«Malachi, ¿dónde estás?». Hipa, como si estuviera hiperventilando. «No te encuentro por ninguna parte. Mamá me ha

dicho que te habían soltado hace unas semanas. ¿Por qué no has venido a buscarme?».

Olivia está llorando y veo cómo frunce el ceño, cómo se le hunden los hombros al escucharse a sí misma y cómo aparta la mirada mientras sigue sonando el mensaje de voz.

«Siento muchísimo no haberte protegido. Debería haberle dicho a todo el mundo lo que significabas para mí, y no lo hice. Me angustiaba que me miraran con otros ojos, y la gente decía que eras vulnerable y que estabas enfermo, que tu obsesión conmigo se debía a que querías poseer algo… a alguien. A mí. Y tenía miedo de que tuvieran razón». Solloza un poco más. «Quiero saber si alguna vez algo fue real para ti. Cualquier cosa. Si me dices que me quieres, que significo el mundo para ti, entonces admitiré que siento exactamente lo mismo. Porque lo hago, Malachi. Te quiero tanto que duele».

Apago el buzón de voz y doy un paso adelante, con el cuerpo temblando de rabia.

—Fue r-r-real. Todo f-fue r-real. T-todo era real. Significas el m-mundo p-para mí. Pero no me lo vas a d-d-decir, ¿v-verdad?

Agacha la cabeza y la sacude, y siento que todo mi mundo acaba de derrumbarse. Olivia se me escapa de las manos. ¿Qué cojones hago ahora?

—Lo siento —me disculpo, jodiendo la enunciación, pero ¿a quién narices le importa?—. Por lo de la araña. El cuchillo. Las cámaras. T-t-todo. Lo siento. —Cierro los ojos y suelto un suspiro—. Te necesito, Ol… —Me detengo, con el corazón tan acelerado que creo que podría pararse.

—Yo no te necesito —murmura, y siento como si me hubieran apuñalado en el pecho—. Me voy a casar pronto, Malachi. Firmé un acuerdo. No puedo echarme atrás. No lo haré. No tenemos ninguna oportunidad en esta vida, ¿no lo ves? —Se levanta y yo trago saliva y retrocedo mientras se envuelve el cuerpo con el edredón—. La sociedad nunca nos aceptaría.

Aprieto el teléfono con la mano.

—A la mierda la sociedad. —Creo que mis palabras nunca han sido tan claras como ahora—. A la mierda todos los que estén en

nuestra contra.

—Ni siquiera sabes amar como es debido. Tu diagnóstico lo demuestra. ¿Por qué iba a renunciar a un matrimonio por alguien que nunca podrá sentir lo mismo por mí?

Me quedo callado, porque tiene razón.

Mi versión del amor no es suficiente para ella: la quiero, de verdad, pero ¿cómo voy a saber lo que es normal y lo que no? Mi mundo gira en torno a mi hermana y siempre lo ha hecho. Y si esa no es una versión suficientemente buena del amor para ella, y no puedo hacerla feliz, entonces, ¿qué sentido tiene?

Revisa la cómoda y sacude la cabeza cuando ve que está llena de ropa que le he comprado en los últimos meses. Se pone la ropa interior y los calcetines y coge otras prendas. Se viste con unos pantalones de yoga y una camisa, que se abrocha hasta el cuello para ocultar las marcas que le he hecho. Después, se sienta en el borde de la cama, pasándose el pelo por encima del hombro.

Me quedo contra la pared, con las manos a la espalda, e intento pensar en todo lo posible para hacer que se quede. Por voluntad propia. Quiero que Olivia me elija.

Por favor, elígeme. Nadie me elige nunca.

Se levanta, se calza y se seca las lágrimas de debajo de los ojos.

—No le diré a nadie que te he visto —me promete, con la cabeza gacha—. Mamá querrá saber dónde he estado los últimos días, así que tendré que mentir e inventarme una historia. Si me dejas marchar, olvidaré lo que ha pasado. No hagas las cosas más difíciles, Malachi. Me voy a ir de una forma u otra.

No puedo responder. Solo clavo la vista en el suelo mientras ella avanza hacia mí y luego se detiene.

—Adiós, Malachi. Por favor, cuídate. Por favor.

Me está pasando algo raro. Me duele el pecho y siento una presión inmensa en los ojos, que están… húmedos. Creo que podría estar llorando por primera vez en mi vida.

Abre la puerta, pero me precipito delante de ella, bloqueándole la salida cayendo de rodillas, y le agarro las manos.

—Olivia —susurro con claridad—. Por favor, no te vayas. Por

favor, quédate conmigo.

Su cara está llena de tristeza, me mira como si fuera yo quien le rompiera el corazón, y sigue con los ojos la lágrima que resbala por mi mejilla.

—Por favor —suplico—. Acepta mi v-versión del amor. P-por favor. Te quiero, Ol-l-l…

Olivia no me dice que me quiere ni que se quedará conmigo. Solo me dedica una cálida sonrisa y retira la mano antes de pasar a mi lado.

No me doy la vuelta para verla salir de mi vida para siempre.

EPÍLOGO

Olivia

Dos semanas después

No reconozco a la persona que me devuelve la mirada al observar fijamente mi reflejo.

Mis ojos inyectados en sangre están hundidos; ni siquiera el maquillaje consigue disimular que mi cara parezca la de un zombi. Supongo que es lo que tiene no haber dormido nada y haber llorado toda la noche.

Mamá se pone delante de mí, con el rostro inexpresivo como el de una estatua, y me arregla los rizos a ambos lados de la cara. Le tiemblan las manos, la única señal de que siente algo mientras me prepara para mi futuro marido. Al fin y al cabo, lleva planeando este día desde que me adoptó; solo tenía que encontrar a alguien lo bastante rico, un miembro de la élite.

Qué suerte la mía.

El vestido blanco cuelga de un gran perchero. Está compuesto de un corsé con dos faldas, una para el largo y otra —una sobrefalda — para el volumen, que lo hará tan acampanado que me costará caminar.

En el pijama de seda que me ha hecho llevar mi hermana y que pica pone «Equipo Novia» y no veo el momento de quemarlo. He conseguido ocultar las marcas que Malachi me dejó en el cuerpo con corrector, pero las siento por todas partes. Son recordatorios de lo que dejo atrás, aunque quiero correr hacia él.

«Por favor, no te vayas. Por favor, quédate conmigo».

—No quiero hacer esto —le susurro a mamá—. No me obligues a casarme con Xander.

Me dedica una sonrisa, pero es falsa. Sus ojos brillan como el cristal.

—Ya hemos firmado el acuerdo, cariño. Xander es un hombre muy rico que cuidará de ti.

Lucho contra el nudo de mi estómago.

—¿Por qué crees que ahora tengo el pelo rubio? Es un imbécil controlador. Piensa que tengo que adelgazar y dice que no debo hablar a menos que se dirijan a mí. Es un cerdo sexista que necesita que le corten las pelotas.

Sus manos, que han estado arreglándome el pelo recién teñido, se detienen. Creo que está a punto de reñirme por mi lenguaje.

—¿Ha dicho eso? —pregunta en cambio.

—Sí —respondo—. Tengo los mensajes de texto que lo demuestran. No para de enviarme enlaces a pastillas para adelgazar e incluso insinuó que me pagaría implantes mamarios y una operación de nariz.

—Yo aceptaría lo de las tetas más grandes —interviene Molly.

—Cállate, tienes catorce años.

Mamá baja la mirada.

—No podemos echarnos atrás. Lo siento.

—Diles que el acuerdo está anulado. No quiero casarme con él. Me escaparé o me meteré una bala en la cabeza. Dile que tengo una ETS o que estoy embarazada de otro hombre. Cualquier cosa.

—Eso es dramático, Olivia.

—Mejor que estar en un matrimonio abusivo. Me mandas lejos para que me peguen por abrir la boca y luego me pisoteen cuando no me abra de piernas para él.

—Xander es un buen chico —replica ella débilmente.

—No es un chico, es mayor que yo. Y es un gilipollas.

Mi hermana me da la razón.

—A mí tampoco me gusta —dice, cruzándose de brazos y sacando la cadera—. Voto por que nos larguemos de aquí y vayamos a tomar un helado.

Levanto la mano.

—Lo secundo.

Mamá pone los ojos en blanco.

—Basta, las dos. Solo tenemos que superar este día. —Su voz vacila al final—. Lo siento. De verdad que lo siento. Tengo las manos atadas.

—¿Papá no puede hacer algo?

Me mira con severidad.

—Mantén a tu padre fuera de esto. Lo digo en serio.

Aprieto los labios.

—En cuanto pase por el altar, tú y yo hemos terminado, mamá. Nunca volveré a hablarte.

—Oh, vamos, Olivia. Tienes veintiséis años, actúa como tal.

Respiro hondo, queriendo herirla, golpearla donde más le duela y que no se le olvide. Me está vendiendo a un monstruo, así que lo menos que puedo hacer es arruinarle el día.

—Estaba con Malachi cuando intentabas llamarme.

—¿Qué quieres decir con que estabas con él?

—Quiero decir que *estaba* con él. —Trato de no ser muy explícita, ya que mi hermana adolescente está escuchando y ella no está al tanto de los detalles de su encarcelamiento. No del todo—. Y no me arrepiento ni un segundo.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué? —balbucea, buscando las palabras—. Casi mata a tu padre. Estás prometida. Es… ¡Es tu hermano, Olivia!

—Soy consciente de nuestra posición y de lo que ha hecho —contesto, apretando los dientes—. Perdió el control. No voy a defenderlo por atacar a papá, pero no somos parientes consanguíneos, así que no se ha infringido ninguna ley. No puedes impedir que lo quiera. —Dios, qué bien sienta decirlo. Un peso desaparece de mis hombros al instante y una sensación de calidez me invade el corazón—. Estoy enamorada de Malachi —digo con más firmeza, más para mí, y Molly chilla tapándose la boca con una mano. Se me acelera el corazón—. Deseo que esté ahí abajo esperándome y que impida esta boda. Ojalá me salve de Xander, ya que tú no estás haciendo nada para protegerme. Me has vendido toda mi vida. Vendiste mi virginidad… ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Ella agarra su collar.

—Estaba haciendo lo que creía que era mejor para ti y para la familia. Te estaba protegiendo.

—Tonterías. El único que lo hizo fue Malachi.

Llaman a la puerta y las tres nos giramos para ver a papá abriéndola de un empujón e introduciendo su silla de ruedas. Se detiene al verme, y algo pasa por sus ojos que no logro adivinar. ¿Tristeza?

—¿Puedo hablar con Olivia? ¿En privado?

Mamá y Molly se van, aunque no antes de que esta última se incline y me bese la mejilla.

—Debería darme asco que estés colada por nuestro hermano de acogida, pero no es así. Creo que sí aparecerá.

Me ruborizo y le sonrío.

—No creo que tenga tanta suerte.

Ella se encoge de hombros.

—Ya veremos.

Al salir, le revuelve el pelo a nuestro padre y él la aparta de un manotazo, y ambos se ríen.

La puerta se cierra y respiro hondo.

—No quiero esto.

—Me doy cuenta. Lo llevas escrito en la cara. ¿Por qué no quieres casarte con Xander?

Se me hunden los hombros.

—Es horrible, papá.

—La verdadera razón —replica.

Me quedo paralizada, sin pestañear, cerrando las manos en puños.

—Es horrible de verdad. Le estaba contando a mamá que ya me habla como si fuera basura.

—¿Te ha hecho daño?

Sacudo la cabeza.

—Pero creo que lo hará. Él… envió un equipo a mi apartamento para teñirme el pelo hace dos días, porque pensaba que yo era demasiado sosa, y les hizo cambiar mi vestuario por completo.

Sus fosas nasales se dilatan.

—¿Algo más?

Me tiembla el labio inferior. Admitirle que su atacante es el dueño de mi corazón es la traición definitiva. Sin embargo, tengo el presentimiento de que ya lo sabe.

Se aclara la garganta y rueda un poco hacia delante.

—Puedes decírmelo.

—Lo quiero —confieso, con las palabras rotas en la garganta mientras una lágrima resbala por mi mejilla—. A Malachi.

El hecho de que su expresión no cambie me dice mucho.

—Sé que te parece mal; sé que no debería estar enamorada de alguien a quien llamo hermano, pero no puedo evitarlo. Lo amo desde siempre. No… no puedo recordar un momento en el que no haya estado enamorada de él. Incluso cuando testifiqué, me arrepentí al instante. Le di la espalda cuando estaba vulnerable. Desde entonces vivo en una pesadilla.

Suspira, asintiendo.

—Está enfermo, Olivia. No es capaz de hacerte feliz.

—Pero me hace feliz. —Sacudo la cabeza—. Casi te mata, y yo sigo sin poder desenamorarme de él. —Lo miro con el rostro acongojado al desahogarme—. Soy una hija horrible.

—Eres humana —dice, suavizando el tono—. Ven aquí, ángel.

Avanzo, agachándome para que pueda cogerme la mano.

—Voy a sacarte de esto. No necesariamente para que corras a los brazos de Malachi, pero quiero que te liberes de esta vida. Tu madre insiste en el poder y las tradiciones. Firmó el acuerdo sin que yo lo supiera.

—¿Qué pasa si no me caso con Xander?

—La verdad es que no lo sé. Podemos averiguarlo después de la ceremonia. Su familia es bastante peligrosa. No quiero que salgas herida si estalla una guerra.

—Me va a hacer daño a pesar de todo. Después de la ceremonia, é-él…

Me arrastrará a la *suite* nupcial y me follará violentamente. No, gracias. Me lanzaré felizmente desde el tejado antes de que pueda acercarse a mí. La muerte es una opción mejor.

Respiro hondo, sin ver otra salida a menos que sea yo en una bolsa para cadáveres.

—Iré, pero, por favor, ayúdame a divorciarme de él. Y prométeme que no dejarás que mamá controle a Molly como lo hizo conmigo cuando era pequeña. —Bajo la voz, aunque hablo con firmeza—. Prométemelo.

—Te lo prometo —responde, sonriendo débilmente—. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para protegeros a ti y a tu hermana.

Lloro durante un minuto y luego me limpia debajo de los ojos con una servilleta.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto—. ¿Por lo que siento por Malachi?

—Nunca podría enfadarme contigo. ¿Estoy atónito por tu decisión sobre con quién quieres estar? Desde luego. Realmente ves lo bueno en él.

Asiento.

—Puedo intentar perdonarlo. Por lo que sé por los detectives privados que he contratado para que lo sigan, empezó a ir a terapia hace dos semanas.

Espera, ¿papá tenía detectives privados siguiendo a Malachi? ¿Entonces ya sabe que estaba con él? Tal vez mi hermano los esquivó, o quienquiera que haya contratado es pésimo en su trabajo, porque técnicamente me secuestró.

—¿Así que ya sabías que yo estaba…?

—No se lo dije a tu madre, y sabía que él no te haría daño. Aparté a mis detectives poco después de que hablara contigo en su moto.

A pesar del pánico que siento por dentro, siento una presión en el pecho.

—¿Has dicho que ha empezado terapia?

—Sí, ángel. Ahora también ve a un logopeda. Solicitó información el día que volviste a casa y me aseguré de que lo vieran al día siguiente. Eso me indica que está tratando de mejorar. Hace años que queremos esto para él. Incluso le han recetado medicación.

—Nunca quiso que lo medicaran. Le gustaba tener el control.

—Nunca tuvo el control —contradice papá—. Solo era muy

bueno ocultándolo.

Alguien llama a la puerta, informándonos de que el novio espera impaciente a su novia.

Me levanto y papá me mira.

—Quiero intentar hacer las paces, pero no será de un día para otro. Me cambió la vida para siempre. —Hace un gesto hacia su silla —. No creo que pueda perdonarlo fácilmente.

—Si él lo intenta…, ¿podrías intentarlo tú también? —Vuelvo a limpiarme debajo de los ojos y respiro—. Por mí. ¿Por favor?

Aunque sé que es egoísta pedirlo, ¿qué otra cosa puedo hacer? Estoy a punto de ser arrastrada lejos de esta vida, como Xander me hizo saber tan amablemente cuando se presentó en mi casa anoche y anunció que nos mudaríamos a Canadá por su nuevo negocio la próxima semana. Si Malachi al menos tiene a papá de su lado, quizá esté bien. Quizá, con apoyo a su alrededor, se adapte.

Papá asiente y me dice que me tome unos minutos para calmarme y que nos veremos en la entrada del salón donde se celebra la ceremonia. La puerta se cierra con un clic y echo un vistazo a la habitación vacía.

Me espera un futuro cruel y horrible. ¿Por qué no me quedé con él en aquella granja del bosque? ¿Por qué no lo besé y le confesé que estaba locamente enamorada de él?

—¿Me estás mirando? —lanzo la pregunta en voz alta.

Silencio.

Me giro en el acto, buscando una cámara.

—¿Planeas impedir la boda? Por favor. Por favor, por favor, por favor, Malachi. Lo siento. —Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Tampoco hay sombras escondidas en la esquina—. Debería haberte elegido a ti.

De todos los errores que he cometido en mi vida, no elegirlo ha sido el peor. Me suplicó de rodillas con lágrimas en los ojos, algo que nunca pensé que presenciaría, y me alejé de él. No luché. Ni siquiera intenté que lo nuestro funcionara.

Malachi, a pesar de todas sus locuras, se merece algo mejor que yo.

Mamá ha ganado. Me preparó para este día y, como la hija

obediente que soy, tengo demasiado miedo de decepcionarla, de arruinar sus planes después de que me salvara de mi antigua vida.

Es lo único en lo que puedo pensar mientras me pongo el vestido y me miro en el espejo que va del suelo al techo. Debería estar llorando de felicidad, emocionada pero nerviosa, esperando con impaciencia pasar el resto de mi vida con el hombre al que amo.

Pero no es así.

Diez minutos más tarde, la cola de mi vestido de novia se arrastra por la gran escalera. Mi padre espera al final, y agarra su bastón para levantarse de la silla de ruedas. Lo mantendrá en pie hasta que termine de acompañarme al altar. Sonríe cuando me ve con mi vestido, el que mamá me obligó a ponerme aunque yo dije que lo odiaba.

Todo el mundo me espera: mi futuro marido, que probablemente haya olvidado mi nombre, y mi futura familia, a la que le importa más el estatus que cualquier otra cosa.

Molly es una de mis damas de honor. Se unió a la familia poco después de que Malachi ingresara en prisión. Al principio, los tribunales no estaban seguros de si ponerla al cuidado de mi familia, pero se lo ha pasado muy bien con nosotros.

Le hubiera gustado conocer a Malachi. Sabe que está un poco loco y que es violento, que le dio una paliza a papá. Pero cree que se desmayó, que lo que le ocurrió no fue intencionado. Comentó que le parecía que era un hermano mayor divertido por las fotos que le enseñé, y lo admito, realmente lo fue. Lo hacíamos todo juntos. Dejando a un lado todas las cosas que no deberíamos haber hecho, también era mi mejor amigo.

Esos ocho años sin él fueron una tortura, ¿pero las dos últimas semanas? Un infierno.

Entró en mi apartamento al día siguiente de alejarme de él y se llevó todas las cámaras. Dejó una nota diciéndome que había dibujado un bigote en la cara de mamá hace meses y que debía limpiarlo, y que había metido droga en todas mis botellas de vino.

Apagó su teléfono, lo desconectó.

Por mucho que no pueda estar con él, creo que me habría encantado que me vigilara. Aunque sé que ya no lo hace.

Simplemente… se ha ido. Ni siquiera ha habido comunicación entre nosotros.

Tomé la decisión equivocada.

Ahora no puedo hacer nada más que enganchar mi brazo con el de mi padre y caminar.

—Estás preciosa —comenta papá—. Prometo sacarte de este acuerdo. Solo sonríe y mantén la calma.

Intento hacerlo, pero fracaso.

No levanto la vista mientras nos acercamos a las puertas dobles. Se oye música al otro lado. Me detengo, respiro hondo cuando empieza *Here Comes the Bride* y las puertas se abren para mostrar a todos los invitados sentados en sus sillas. Los observo, buscando un pelo negro, una mueca, una sonrisa pícara o un guiño, pero él no está aquí. Ojalá estuviera.

—Respira, ángel.

Recorro la mitad del pasillo antes de que mis pulmones se rindan y el pánico se apodere de mí. Me detengo bruscamente, haciendo que mi padre casi tropiece con su bastón, y lo miro.

—No… no puedo hacerlo.

—Olivia —habla una voz severa, y alzo la vista para encontrarme a Xander mirándome—. Camina hacia mí. Ahora.

Me giro hacia papá.

—Por favor, déjame ir.

Parece perdido, alternando la mirada entre mamá y yo. Los miembros de la familia de Xander me miran como si fuera una mocosa malcriada. Abigail, Molly y Anna están de pie junto a Xander con sus vestidos de dama de honor y ninguna de ellas parece sorprendida, más bien satisfechas.

Xander sacude la cabeza.

—Sigue andando, Olivia. No me avergüences.

Molly lo mira con el ceño fruncido.

Mamá se levanta de su asiento y, por primera vez en mucho tiempo, no me obliga a seguir. Suspira y me hace un gesto con la cabeza.

—Vete —dice papá, besándome la mejilla—. Nos ocuparemos de ellos. Sé feliz, ángel.

Dejo caer las flores demasiado caras que llevo en la mano, me agarro la parte delantera del vestido, dándome la vuelta, y salgo corriendo de allí. Me quito los tacones, para no resbalarme, y el velo mientras salgo corriendo por la entrada.

Giro y miro a mi alrededor buscándolo, pero no lo veo.

—¡Malachi! —grito, me desabrocho la banda de la cintura para quitarme la sobrefalda y la dejo caer mientras corro hacia las puertas, salgo por ellas y jadeo haciéndole señas a un taxi para que me lleve al lugar al que me llevó en Halloween.

A su casa. La nuestra. El lugar del que me alejé.

Mi cuerpo tiembla incontrolablemente mientras veo cómo la ciudad desaparece y es sustituida por árboles. ¿A qué distancia está? Pasan diez minutos. Veinte. Cincuenta. Una hora.

Solo sé la dirección porque tuve que llamar a un taxi cuando me fui, dejándolo allí, y el conductor supo localizarme.

Salgo del coche en cuanto llego a mi destino y me detengo cuando veo a Malachi de pie junto a la verja metálica, con la incredulidad reflejada en el rostro. La empuja para abrirla y da un paso hacia mí.

No lleva camiseta. Tiene la cara y el pecho relucientes después del entrenamiento y el pelo negro alborotado, y los pantalones le cuelgan a la altura de las caderas.

Malachi ha sido para mí desde el principio. Es mi para siempre. Mi cielo y mi infierno.

—¿Olivia? —pronuncia mi nombre con claridad. Con mucha claridad y pureza y lleno de amor.

Suelto un grito y corro hacia él, lanzándome a sus fuertes brazos, que me rodean al instante. Sus ojos se abren de par en par, escrutando mi cara y se posan en mi pelo rubio.

—¿Qué…?

—Eres mío, Malachi. Eres mío y yo soy tuya, y te quiero más de lo que las palabras pueden explicar. Por favor, perdóname. Por favor. Te deseo. Quiero estar contigo, construir una vida contigo y crear recuerdos contigo. Quiero despertarme cada mañana contigo a mi lado. Quiero que me persigas por estos bosques y me folles contra un árbol. Quiero todo lo que tienes para darme. Todo. Cualquier

cosa. Porque te elijo a ti. Yo…

Malachi me besa hasta hacerme callar. Es un beso reivindicativo que me deja sin aliento.

Sonríe contra mis labios.

—Te quiero, Olivia.

Suelto una risita y le rodeo la cintura con las piernas, con la cara dolorida de tanto sonreír.

—Yo también te quiero. ¿Me llevarás dentro de nuestra casa y me demostrarás cuánto me quieres?

Niega con la cabeza y me baja hasta dejarme en el suelo.

—Quiero arrancarte ese puto vestido del cuerpo y luego hacerte sangrar sobre él.

Las mariposas revolotean rebeldes en mi interior y mi pecho sube y baja con la anticipación.

—Te reto —lo provoco—. Te reto a que me persigas y me hagas suplicarlo.

Malachi gime y me agarra de la mandíbula, dándome un fuerte beso en la boca antes de empujarme hacia atrás, sonriendo y haciendo un gesto hacia el bosque.

—Corre, pequeña desconocida.

EPÍLOGO EXTENDIDO

MALACHI

Olivia desaparece en el bosque, con ese puto vestido pegado a la piel. El vestido que arrancaré de su cuerpo en cuanto la atrape.

Dejaré que corra, que se exalte y le infundiré un poco de miedo y paranoia antes de reclamar lo que es mío por derecho.

Respiro, con las fosas nasales dilatadas, conteniendo la rabia que me produce la idea de que se case con otro. Le estaba dando espacio para que pensara en su decisión mientras seguía observándola desde lejos. Había planeado ahorcar al bastardo con su propia corbata la noche de bodas. O echar abajo la puerta de su *suite* de luna de miel y volarle la puta cabeza por pensar siquiera que podía tener a Olivia.

Ella es mía. Ha sido mía desde el momento en que nos conocimos. Y seguirá siendo mi maldita propiedad.

Yo seré el que la mantenga a salvo, la coja de la mano cuando esté asustada, se la folle cuando lo necesite. La besaré y le recordaré que no soy su verdadero hermano; no soy su hermano de sangre.

He aceptado que estoy enfermo, porque me encanta cuando me llama así mientras se introduce mi pene como la mejor hermanita que hay.

El mundo puede irse a la mierda, y nuestra familia solo debe aceptar que estemos juntos.

Vuelvo a entrar en casa. En solo catorce días, la he renovado casi por completo. Tenía problemas para dormir, así que necesitaba la distracción, algo que me mantuviera ocupado mientras observaba los monitores que recubrían una de mis paredes.

Abro la caja de herramientas y sonrío al ver el destornillador.

Estudio la forma del mango, le doy dos vueltas en la mano y cierro la caja de golpe.

Encima de la chimenea hay una foto nuestra en un marco que hice con uno de los árboles que talé. En ella, Olivia me sonríe y yo intento apartar su cara. Recuerdo que acababa de susurrarme algo obsceno al oído, probablemente algo relacionado con nuestras lecciones.

Las lecciones.

¿Es posible que la convenza para que me enseñe como antes? Me haré el inocente felizmente mientras me obliga a arrodillarme y me enseña a comerle el coño otra vez.

Aunque es cierto que era inexperto, nunca fui un estúpido. Me había masturbado viendo porno y me había sentido insatisfecho, pero no había apartado la vista. Me había quedado escondido en su dormitorio mientras ella se tocaba y se corría, aprendiendo desde las sombras lo que le gustaba.

No me importaba ser virgen a los diecinueve años. Había algo más importante que follar con cualquiera que se me echara encima.

Olivia era más importante. Sabía que debía esperar. Sabía que un día, aunque estuviéramos en la puta treintena, enterraría mi polla en mi hermana y la haría gemir mi nombre muy alto. Tendría el sonido en mis oídos hasta el día de mi muerte.

Nunca he tenido miedo de morir, es inevitable. ¿Pero pensar en morir y dejar atrás a Olivia? ¿Dejarla con toda la toxicidad venenosa del mundo? Eso me aterroriza. Ella no puede confiar en nadie, especialmente en mamá.

Sin embargo, puede confiar en mí. Siempre podrá hacerlo.

Abro de un empujón la puerta trasera y echo un vistazo al bosque. Han pasado diez, quizá quince minutos. Estará entrando en pánico ahora que el sol empieza a ponerse y se acerca la noche. Pronto no podrá ver gran cosa.

¿Por qué me preocupa eso?

Agarro el destornillador, muevo el cuello de un lado a otro y lo crujo, sintiendo aún el roce de su beso en mis labios.

Necesito más.

Miro a mi alrededor en cuanto salgo lentamente al patio trasero.

Aún tengo que arreglarlo. Hay una moto a medio construir —un proyecto que mi terapeuta cree que me ayudará a concentrarme— y suministros que acabé por no utilizar mientras arreglaba la casa.

Abro la pequeña y chirriante verja de metal y me detengo a escuchar, pero lo único que oigo es el susurro de las hojas al levantarse por el viento y la llovizna que empieza a caer sobre las copas de los árboles.

Se avecina una tormenta.

—Dime, Olivia. —Mis palabras siguen siendo un poco torpes, pero más claras, ya que todo lo que he estado haciendo es hablar conmigo mismo y con un logopeda durante las dos últimas semanas —. Cuando te pusiste ese vestido, ¿te imaginaste que él te lo quitaba? ¿Te pusiste una liga de encaje para que él te la arrancara con los dientes?

Me estoy irritando con mis palabras. Me estoy enfadando. Pero no puedo parar.

—¿Te tocó?

Mi voz es baja, una amenaza, y creo que el corazón podría salírseme del pecho ante la idea de que alguien le ponga las manos encima. Ya me ocupé de los otros que se atrevieron a acercarse a ella cuando yo estaba encerrado. Por suerte, me aseguré de que nunca me pillaran y me enviaran de vuelta a la cárcel.

—Él nunca te haría sentir como yo.

Nadie podría hacerla sentir como yo. Jamás. Y si lo hacen, los mataré.

Oigo el chasquido de una rama a lo lejos y, en lugar de correr hacia ella, me burlo un poco más.

—Lloraste por mí. —Mis pasos son lentos, calculados, y me acerco a donde está ella, rodeando con fuerza el mango del destornillador—. Te observé —digo en voz más alta, con los ojos fijos en la oscuridad, sabiendo que se esconde detrás de un gran tronco—. No tenías ni idea de que estaba ahí. Esperando. Joder. Siempre esperándote, Olivia.

La lluvia se hace más intensa, empapándome, las gotas caen de los mechones de pelo que cuelgan sobre mi frente.

—Ahora te toca a ti esperar, hermanita. Espero que eso te mate.

Espero que estés temblando en tu vestido de novia, preguntándote cuándo saldré de entre las sombras, te cogeré y te follaré contra un árbol. —Mi polla se tensa contra mis calzoncillos, jodidamente deseosa de estar dentro de ella—. Primero me follaré tu hermosa boca. Luego me enterraré profundamente en tu culo.

Se oye un gemido y sonrío.

—Me gusta cuando te asustas y luchas contra mí como si pudieras ganar. Nunca tuviste oportunidad de vencerme, Olivia.

Acelero el paso al oír el chasquido de más ramas. Está corriendo.

Giro el destornillador en la palma de mi mano. En cuanto veo el destello blanco de su vestido de novia, empiezo a perseguirla. Aprieto los dientes y esquivo las ramas, agachándome cuando ella se detiene e intenta lanzarme una, fallando por un centímetro. Grita y vuelve a correr.

Veo la sonrisa en su cara.

Mi querida hermana es casi tan sádica como yo. Le gusta que la cacen, la atrapen y se la follen. Una vez me dijo que quería que la persiguieran por un cementerio, pero, por desgracia, este bosque tendrá que servir. La perseguiré aquí todos los días por el resto de nuestras vidas.

La linde está a la vista. Hay una pequeña caída a un río por delante. ¿Saltará?

El corazón me late con fuerza cuando me dejo de tonterías y la persigo como es debido. La alcanzo enseguida, la agarro por el pelo y la arrastro, levantándola del suelo. Grita, me clava las uñas en la muñeca y me golpea las espinillas con los talones.

La empujo contra el árbol más cercano, aplastando su pecho contra él, y la sujeto con una mano, poniéndome el destornillador entre los dientes y tirando de la parte trasera de su vestido con la fuerza suficiente como para rasgarlo.

Ella gime y sigue golpeándome las muñecas con las manos para liberarse. Me encanta que pelee.

Vuelvo a tirar del vestido, rajando la tela hasta la parte baja de su espalda, y luego estiro la mano hacia delante, le pellizco un pezón duro y lo retuerzo.

Le tiemblan las rodillas, pero la sujeto del pelo y la mantengo erguida.

—Te he encontrado —le susurro al oído—. Ya nunca te dejaré marchar. —Le rompo más el vestido, haciendo que la tela caiga por sus piernas y se arremoline a sus pies—. Eres mía.

—Y tú eres mío. —Jadea, empujando su culo contra mí.

Sonrío, le doy la vuelta y le agarro la mandíbula.

—Tuyo. ¿Me prometes que no volverás a escaparte? Te perseguiré.

Olivia se lleva mi pulgar a la boca y lo chupa. Presiono su lengua y empujo hasta que noto que su garganta se contrae.

—Qué buena hermanita.

A pesar de que mi polla me suplica que me la folle, que la libere de mis pantalones y se la meta dentro, mantengo el pulgar en su boca y uso mi agarre para ponerla de rodillas.

—Sácamela —le exijo, quitándole mi dedo de la boca y arrastrándole el labio inferior hacia abajo—. Quiero que estos labios la rodeen.

La lluvia resbala por la copa del árbol y las gotas le caen en la cara mientras me mira y lleva la mano a la cinturilla de mi pantalón. Enrosca los dedos en el material y tira, y mi pene se libera.

Sus ojos vuelven a mirarme al rodearla con los dedos y miro el anillo de compromiso que lleva en el dedo.

Le sujeto la muñeca y le quito esa baratija, frunciendo el ceño.

—La única vez que llevarás un anillo así es cuando yo te lo ponga, ¿lo entiendes?

Ella asiente.

—Sí.

Lo aprieto en la mano y lo lanzo a través del bosque, sin importarme una mierda a dónde va a parar. Luego la agarro del pelo y le meto el pene a la fuerza en la boca. Se atraganta y se traga la mitad antes de volver a rodearme con los dedos, succionando alrededor de mi hinchada corona.

Pongo los ojos en blanco a medida que me chupa y mueve la cabeza, y la suelto, apoyando las manos en el árbol detrás de ella.

—Joder, qué bien se siente tu boca, Olivia.

El elogio la hace ir más rápido, chupando con más fuerza, usando la lengua para masajear la punta e introducirla más. Llego al fondo de su garganta y tomo el control, sujetando la parte posterior de su cabeza, empujando dentro y fuera.

Jadea cuando la saco.

—Me voy a correr dentro de ti —le digo, empujándola para que se tumbe sobre el vestido—. Abre las piernas. Déjame ver lo que es mío.

Sus piernas se abren, mostrándome su precioso coñito, que está cubierto por un trozo de tela empapada. Me arrodillo entre ellas y sus ojos se abren de par en par cuando recojo el destornillador que se me ha caído.

—Espera… —vacila, apoyándose en los codos.

—¿Mmm? —Agarro la parte interior de su muslo y muevo el mango sobre el material, frotando hacia arriba hasta su clítoris—. ¿Quieres que pare?

Entreabre los labios y sacude ligeramente la cabeza. Mi chica es muy valiente.

Cuando me inclino y arrastro la lengua por su coño, gime y vuelve a tumbarse. Le chupo el clítoris a través de la ropa interior, mordiendo y rasgando la tela para hacerle un agujero.

Cierro los ojos y saboreo su sabor. Toda mía.

Grita cuando le meto la lengua a la fuerza, después aparto la cara y le introduzco el mango del destornillador hasta el fondo, mordiéndome el labio inferior al ver cómo su coñito empapado, palpitante y necesitado se lo traga.

Intenta juntar las piernas cuando vuelvo a presionar su clítoris con la boca, gime y me tira del pelo.

Es tan perfecta. Empiezo a pensar que todo esto es un sueño. ¿Y si sigo en la cárcel y me lo estoy imaginando? No pasa nada. Mientras no me despierte nunca, no me importa permanecer en esta burbuja con ella.

En el momento en que comienzo a penetrarla con la herramienta, grita, arqueando la espalda. Sabiendo que se acerca su orgasmo, atrapo su clítoris entre los dientes y saco el destornillador, dejándolo caer para poder meterle dos dedos. Sus paredes internas

se aferran a mí a medida que los doblo y la follo duro y rápido con ellos mientras me deleito con su clítoris.

Su orgasmo llega y sus gritos resuenan en el bosque.

El sonido es suficiente para volverme loco. Me aparto del todo, me bajo los pantalones y los calzoncillos y me coloco entre sus piernas. Le agarro la cara.

—Me dejaste primero durante ocho años y luego me volviste a dejar. No habrá una tercera vez, Olivia.

—Nunca —replica desesperada, moviendo las caderas para que la punta de mi polla empuje contra su entrada y la haga gemir—. Por favor, Malachi.

—¿Lo sientes?

Ella asiente.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Te quiero. Siempre te he querido.

Mi nariz roza la suya al bajar la cara y la beso con delicadeza. Tomo su labio inferior entre los míos, chupándolo suavemente, y luego hago lo mismo con el superior.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —gime mientras empujo dentro de ella y siento cómo sus paredes estrangulan mi polla, con su orgasmo aún persistente—. Sí. Un millón de veces sí. Encontraremos la manera.

Joder. Esto está pasando de verdad. Olivia es mía.

Pone los ojos en blanco mientras me muevo dentro de ella. El vestido se está ensuciando y empapando tanto por la lluvia como por su coño. Voy más profundo, besándola con más fuerza, y desearía poder quedarme en este momento para siempre.

Sus piernas me rodean mientras la penetro, y siento que me sube un hormigueo por la espalda y que mis testículos están a punto de estallar. Ella se mueve conmigo, encontrándome a cada embestida, besándome, amándome como siempre he querido ser amado.

Nuestras frentes se tocan y nuestros torsos desnudos se rozan; sus pechos y sus pezones duros están atrapados entre nosotros.

—Te quiero —me susurra al oído, cogiéndome el lóbulo entre los dientes—. Te quiero, te quiero, te quiero. Siento mucho no haber

sido lo suficientemente fuerte, pero ahora lo soy. Por favor, perdóname.

Se me tensan los huevos y los músculos de todo el cuerpo cuando ella empieza a gemir más fuerte y otro orgasmo la recorre y sus ojos se ponen vidriosos y su agarre se vuelve doloroso. Sus uñas se clavan en mi piel a la vez que llora, gime y me suplica que me quede con ella.

Como si fuera a abandonarla alguna vez.

Después de llenarla con cada gota de mi semen, me quedo dentro de ella demasiado tiempo. Está temblando de correrse tan fuerte. Mantengo la cabeza apoyada en su hombro y su mano se desliza por mi espalda mientras me repite que soy suyo.

Estiro los brazos y salgo de su interior. Me sonríe con lágrimas en los ojos.

—Puede que tengas que llevarme a casa en brazos.

Me río y la beso. Suelta una carcajada cuando me levanto y la alzo en brazos, estrechándola contra mi pecho, dejando el vestido, el destornillador y mis pantalones de chándal en el bosque.

No me quita los ojos de encima.

Cuando entramos en casa, nos preparo un baño. Nos tumbamos en la bañera hasta que el agua se enfría, recordando los momentos que compartimos de pequeños. Después de comer, me la llevo a la cama y le hago el amor.

Nunca había hecho el amor. No tenía ni idea de lo que se sentía.

Me he follado a Olivia. La he reclamado, la he arruinado de formas que un hermano no debería, pero nunca he hecho el amor con ella.

Es… diferente. Lento. Sensual. Todo se intensifica.

No sabía que podía amarla más, pero lo hago.

Nos da la vuelta para ponerse encima, e incluso la forma en que me cabalga es suave, afectiva, y no puedo apartar los putos ojos de ella.

Nos corremos y después nos quedamos tumbados, abrazados. La situación es perfecta; no esperamos que pase algo malo.

¿Esto es lo que se conoce como ser feliz? Me gusta. Seguro que nuestros padres lo entenderán.

—Me preocupa lo que pueda hacer Xander.

Entrecierro los ojos.

—No se acercará a ti. Yo me encargaré de él.

—Estás empezando a recuperar tu vida, Malachi. Has estado en prisión casi una década. Por favor, no te involucres en esto. No debería haber sacado el tema. Xander no está en mi vida y nunca lo estará. Solo… quédate conmigo y olvídate del mundo. Por favor.

Me tiembla la mandíbula.

—No puedes pedirme que haga eso, Olivia. Desde que te conocí, me juré a mí mismo que te protegería. Hasta ahora he hecho un trabajo de mierda, así que no voy a quedarme sentado sabiendo que él está ahí fuera y es una amenaza.

Le tiene miedo. Debería hacer algo al respecto. No pude proteger a mi madre biológica de todos los traficantes y adictos que entraban y salían constantemente de mi casa. Lo único que podía hacer era esconderme todos los días y todas las noches debajo de la cama con mi mascota, una araña que nunca quería responderme cuando me dirigía a ella.

Era mi mejor amiga. Mi consuelo. Mi protectora. Pero nunca hablaba, así que ¿por qué iba a hacerlo yo? Si ella era feliz sin usar su voz, yo también podía serlo. Si ella podía esconderla y ser lo suficientemente valiente como para ocultarse debajo de mi cama y no llorar, entonces yo también.

Era el comienzo de mi nuevo yo.

Querían oírme gritar cuando, igual que pasó con Spikey hace ocho años, mataron a mi araña y me clavaron aquella aguja en el brazo, pero no lo hice. Aunque estaba hambriento, delgado y débil, al menos tenía poder sobre mi habla. No me lo quitarían, porque lo había escondido en un lugar donde solo mi hermana podía encontrarlo.

Querían oírme suplicarles que salvaran a mi madre, y yo no podía. Pensaron que era divertido hacerme mirar mientras moría en el suelo. No pude salvarla, pero puedo salvar a Olivia.

Ella me agarra la cara.

—No, Malachi.

Sí, Malachi. No pasa nada. Ella no necesita saber en qué

momento lo eliminaré de la ecuación. Tan solo verá las noticias de su desaparición y, para entonces, el asunto estará resuelto. Puede gritarme mientras me la follo.

—¿Me prometes que no harás nada que te meta en problemas? Papá puede arreglarlo todo.

—Mmm. Dime qué quieres en la vida. —Cambio de tema y bajo la cabeza, besando la punta de su nariz—. Dímelo, para que pueda dártelo.

—Solo te quiero a ti.

Le sonrío.

—¿Eso es todo?

—Toda mi vida, mamá me ha empujado al matrimonio hasta el punto de que no tiene sentido para mí a menos que me case contigo. ¿Y tener hijos? Nunca me he imaginado como madre, creo que se me daría fatal. Pero… —Levanta el hombro tímidamente—. Quizá algún día.

Se me borra la sonrisa.

Le daría todo lo que quisiera. ¿Pero un hijo?

—¿Y si son como yo?

Arruga la frente.

—A ti no te pasa nada.

—¿De verdad piensas eso? —Incluso yo sé que se equivoca. Por eso decidí ir a terapia; los medicamentos son un poco fuertes, pero puedo manejarlos. Haría cualquier cosa para ser lo suficientemente normal para Olivia—. Mi terapeuta dice que tengo mucho en lo que trabajar, pero que cambiaré. Lo prometo.

Sonríe, rodeándome el cuello con los brazos y acercando mi cara a la suya.

—Me encanta todo de ti. No quiero que cambies nunca —susurra.

La beso, a la única chica a la que he imaginado entregarle mi corazón. Puede que tenga un poco de maldad en su interior, que esté un poco roto y es posible que mi mente sea un poco salvaje, pero ella es su dueña.

Olivia es dueña de mi mente, mi cuerpo y mi alma. Lo era cuando éramos niños, cuando éramos adolescentes, cuando nos

rendimos y nos dejamos llevar. Incluso cuando la tenía encadenada en el sótano, me dominaba.

Se me metió en la cabeza que quería vengarme de ella. Ahora sé que solo quería que regresara a mi lado.

¿Y adivina qué?

La he recuperado. Ella me ha elegido.

Olivia realmente me ha elegido, y tengo la intención de quedármela.

FIN… ¿o no?